



EMMA G. FRASER

Mi
ladrón

Favorito

Mi ladrón

favorito



Emma G. Fraser

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Mi ladrón favorito*.

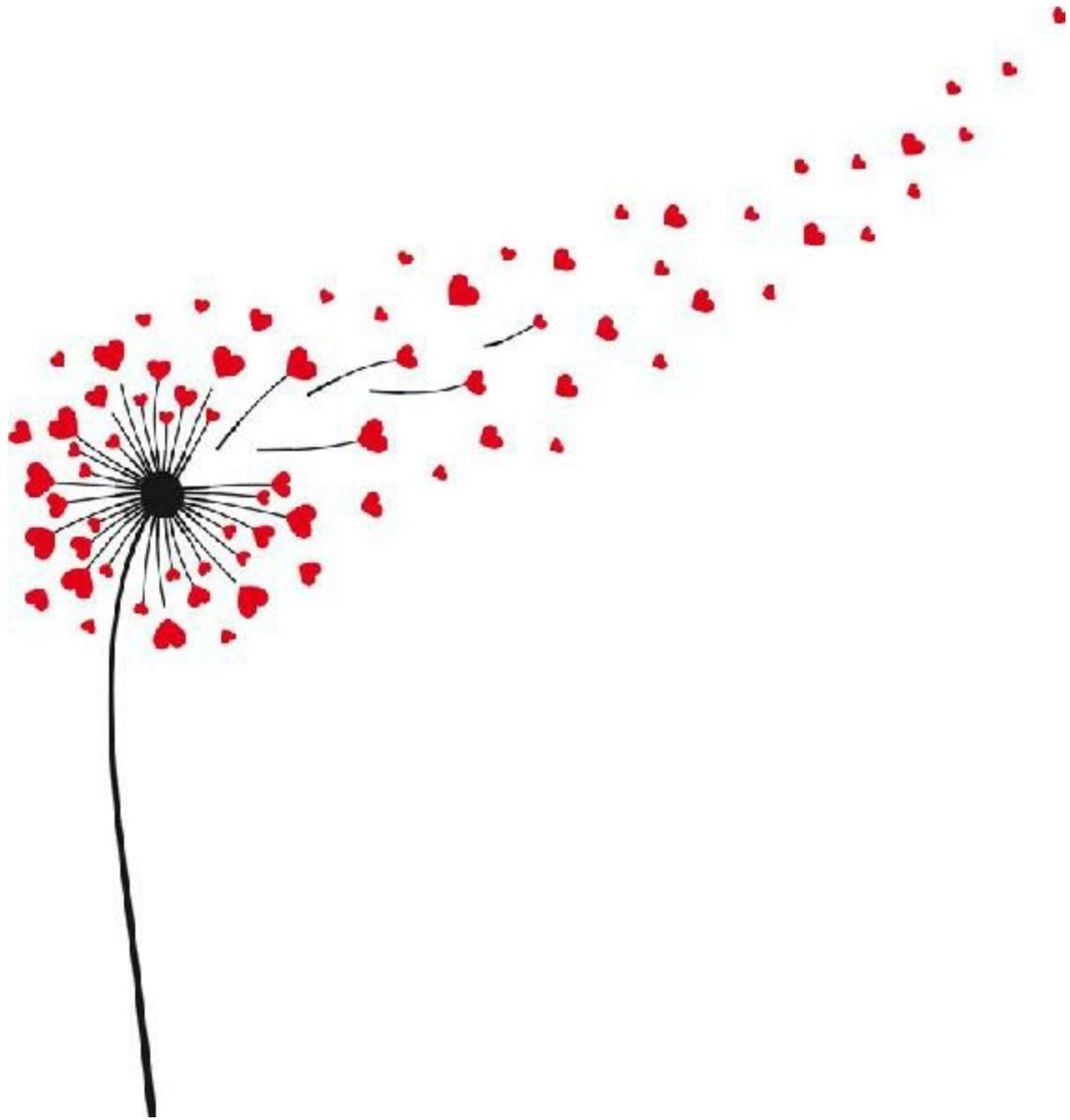
©Emma Fraser.

Diseño de portada: Ana B. López.

Ilustración tomada de Depositphotos.

Corrección y maquetación: Ana B. López.

Contacto: anabelncorrectoradetextos@hotmail.com



Prólogo

Resoplé cansada de esperar durante tanto tiempo en la terminal hasta que por fin pudiera subir al avión. Odiaba tener que llegar con horas de antelación al aeropuerto para embarcar. Sin embargo, lo que tenía entre manos me hizo sonreír de auténtica felicidad. Miré por enésima vez el billete de avión que guardaba en uno de los bolsillos de mi abrigo. Comprobé de nuevo que los datos reflejados en él estuvieran correctos: Vera Medina. Una enorme sonrisa apareció en mi rostro al leer mi destino. No podía creer que hubiera tenido la valentía de hacer esto sola, pero no me arrepentía de nada, y no estaba dispuesta a dejarme intimidar por viajar sola. Era la tercera vez que salía fuera de España en mis 25 años, y estaba deseando llegar a Escocia y adentrarme en el país del que tantas y tantas historias me habían tenido entretenida durante mi niñez y adolescencia.

Los megáfonos del aeropuerto ya habían anunciado la inminente salida de mi vuelo a Edimburgo. Respiré hondo y me coloqué en la fila que se había formado para entrar en el avión. Recordé los últimos acontecimientos de mi vida y no pude evitar sentir una punzada de dolor. Durante siete largos años había compartido mi vida con una persona que yo creía que era perfecta, sin embargo, de un día para otro todos mis planes se habían venido abajo al saber que mi novio me había estado engañando con otra chica durante meses. Creí a lo largo de las siguientes semanas que ese dolor jamás me iba a abandonar, sin embargo, llegó un momento en el que no podía aguantar más y tomé la decisión de marcharme a Escocia durante un tiempo para recuperarme totalmente de las heridas que aún estaban en mi corazón y que sangraban con tanta intensidad que parecían romperme por momentos.

Cuando le comuniqué mi decisión a mi familia, intentaron convencerme para que me quedara en España con la única excusa de que viajar sola podría ser un peligro para mí, sin embargo, ya había comprado el billete de ida, y no

tenía intención de regresar a los pocos días de marcharme. Además, me sentía agobiada con mi familia. Agradecía su apoyo en ese momento tan difícil para mí, pero llegó un momento en el que no me dejaban respirar tranquila y mi madre me llamaba casi a todas horas para preguntarme qué tal estaba.

Miré la pequeña maleta verde pistacho que me acompañaría durante toda mi aventura escocesa. Había decidido irme a finales de otoño a pesar de conocer el clima escocés en esta época del año, pero la verdad es que estaba acostumbrada a las temperaturas de Soria, mi tierra. Después observé mi indumentaria en uno de los espejos que había cercanos a mí y, durante unos segundos, comprobé que apenas quedaba nada de lo que había sido hasta hacía unos meses. Había perdido varios kilos desde que mi novio y yo rompimos, aunque no había perdido mis pechos sugerentes, algo de lo que siempre había estado muy orgullosa. El rostro lo tenía tan demacrado que apenas lograba reconocerme en el reflejo. Podía ver asomar las incipientes ojeras bajo mis ojos saltones. Siempre había escuchado que tenía unos ojos impresionantemente grandes y rozando casi el color negro. Mi melena castaña estaba también muy desmejorada y esa mañana apenas había tenido tiempo de rizarme ligeramente las puntas, ya que el nerviosismo por mi inminente viaje no me había dejado probar bocado. Para comenzar mi aventura, elegí unos pantalones vaqueros muy cómodos, un jersey de color rojo y mis inseparables zapatillas. Siempre me había gustado vestir cómoda y, en aquella ocasión, no iba a ser menos.

—El avión con destino Madrid-Edimburgo saldrán dentro de quince minutos por la puerta 23.

La voz del megáfono me sacó de mi ensimismamiento y vi que justo en ese momento se abría la puerta para embarcar.

—Venga, por favor —susurré para mí misma nerviosa por despegar y

llegar a mi destino cuanto antes.

Por fin pudimos movernos y desentumecer las piernas, que las tenía tan agarrotadas por los nervios que cuando comencé a caminar, creí que me rompería antes de llegar a la puerta de embarque. Antes de internarme por el pasillo no pude evitar echar una mirada hacia atrás para ver por última vez la terminal hasta que por fin me adentré en el túnel por el que había que transitar hasta llegar al avión. Desconocía cuánto tiempo estaría fuera de mi casa y alejada de mis familiares completamente sola, pero tenía la sensación de que iba a encontrarme a mí misma en Escocia, y algo más que aún desconocía, pero que me cambiaría la vida para siempre.

Capítulo 1

Tras poco más de tres horas de vuelo, aterrizamos en Edimburgo. Ahora el nerviosismo era aún mayor, ya que estaba deseando coger mi maleta y salir de allí para comenzar a vivir las primeras páginas de esta aventura. Vi a mi alrededor muchas caras llenas de ilusión que, al igual que yo, estaban deseando bajar de allí y llevar a cabo todo lo que se les pasara por la cabeza. Mi primer destino sería la estación de tren. Apenas pasaría unos minutos en Edimburgo, ya que había pensado recorrer esta ciudad antes de volver a España. Lo que más deseaba era conocer las Tierras Altas, lugares sobre los que había escuchado tantas y tantas historias en las películas y en los libros de amor que solía leer ambientados en este maravilloso país.

Cuando por fin pude pisar esta tierra con mis pies miré hacia todos lados con una amplia sonrisa en mis labios. A mi alrededor todo era un auténtico bullicio de gente, pero eran completamente ajenos a mí. Respiré hondo el aire húmedo que flotaba en el aire y llené mis pulmones de él. Con rapidez, me dirigí a la salida para tomar un taxi que me llevara a la estación de tren.

Casi media hora después, y después de pasar varios controles policiales, logré pisar la calle. Numerosos taxistas intentaban llamar la atención de los

recién llegados, por lo que me dirigí al que se encontraba más próximo a mí. Un hombre barbudo y pelirrojo me dio la bienvenida y me ayudó a cargar las maletas a su coche. A los pocos minutos, ya estaba recorriendo la distancia que separaba el aeropuerto de la estación de tren. Observaba desde mi asiento los increíbles paisajes verdes que se presentaban ante mí. No podía dejar de sonreír. Por primera vez en mucho tiempo, estaba realmente feliz y deseaba que esa sensación no me abandonara jamás.

Charlaba animosamente con el conductor. Este me explicaba las historias de algunos edificios que se cruzaban en nuestro camino hasta que, por fin, después de media hora, llegamos a la puerta de la estación.

Me bajé con prisa, ya que el conductor me había dado una hora aproximada de la salida del tren que me llevaría a Pitlochry y, según mi reloj, quedaba tan solo media hora para poder comprar el billete y encontrar el andén en una estación que era demasiado amplia y completamente desconocida para mí.

Con prisa, me interné entre el gentío que caminaba con tranquilidad buscando en los carteles la hora en la que saldría su tren. Esquivé a muchas personas hasta que, de pronto, un chico se cruzó en mi camino y no pude apartarme a tiempo, por lo que me choqué estrepitosamente con él. El impacto me hizo dar un par de pasos hacia atrás e incluso provocó que perdiera el equilibrio, aunque logré recuperarlo al instante. En un primer momento, no me di cuenta del tamaño del chico con el que me había chocado, sin embargo, cuando levanté mi mirada hacia él, me quedé sin palabras.

—Lo siento —dije casi tartamudeando totalmente estupefacta por su increíble belleza.

Lo vi sonreír, mostrándome una dentadura más que perfecta. Unos ojos

risueños de color esmeralda me recorrieron sin vergüenza, provocándome un intenso calor que se vio reflejado en mis sonrojadas mejillas. Aparté la mirada lo más rápido que pude, sin embargo, su boca grande y alegre me atrapó de tal manera que no pude desviar mis ojos de él. Después, paseé mi mirada por todo su cuerpo. Jamás había visto tan cercano a mí un cuerpo de aquellas dimensiones. Parecía estar esculpido directamente en piedra y sus músculos apretaban tanto su abrigo que parecían querer romperlo de un momento a otro. Sus manos fuertes se ajustaron la ropa, no sé si porque se sentía incómodo por mi escrutinio o para que viera cómo sus increíbles muslos rellenaban aún más sus pantalones vaqueros desgastados.

—Te gusta lo que ves, ¿no?

Su voz ronca me sacó del ensimismamiento en el que me había sumido sin querer. Abrí la boca un par de veces, aunque ningún sonido logró salir de mis cuerdas vocales. Sin embargo, la altanería que mostraba en su rostro cuando por fin logré mirarlo de nuevo a sus increíbles ojos esmeraldas me hizo volver a mi estado natural o, mejor dicho, al estado en el que me había sumido después del chasco que me había llevado con mi novio.

—¿Perdón?

El chico volvió a sonreír con más autosuficiencia y dijo:

—Que cuando quieras, puedes limpiarte la baba, guapa.

Me sentí tan humillada por sus palabras que una sonrisilla irónica apareció en mi rostro. Miré hacia otro lado intentando calmar la mala leche que acababa de inundar todo mi cuerpo. No obstante, no logré deshacerme de ella, por lo que no pude evitar contestarle:

—Vete a la mierda, gilipollas. Ni que fueras el último tío sobre la faz de la Tierra.

—Pues te has deleitado hasta la saciedad...

—Mira, llevo demasiada prisa como para seguir deleitándome —le hice una peineta—. Que te den.

Y sin más, lo rodeé y me dirigí enfadada hacia el mostrador donde había una pequeña cola para comprar el billete hacia Pitlochry. Frené de golpe al llegar allí y dejé las maletas con tanta fuerza que se cayeron a mis pies con tal estrépito que varias personas que había cerca de mí se giraron para ver qué ocurría.

Notaba mis mejillas aún sonrojadas por la excitación que me había producido aquel chico, aunque también por la arrogancia que flotaba a su alrededor.

—¿Qué se habrá creído el gilipollas? —susurré para mí al tiempo que me cruzaba de brazos malhumorada conmigo misma por haber sentido, durante unos segundos, una intensa excitación por ese chico y, además, ajena a la mirada que estaba posada en mi anatomía y que me taladraba de arriba abajo.

Después de casi veinte minutos haciendo cola y a punto de perder el tren, logré dar con el andén exacto. Casi todo el mundo había subido ya a sus asientos, por lo que no tuve que esperar mucho para encontrar mi asiento. Dejé la maleta con suavidad en el maletero que había justo al lado de la puerta de emergencia y eché un vistazo a mi alrededor. Después, miré en mi billete el número de butaca que se me había asignado y comprobé, tras echar un vistazo a la parte superior de los asientos, que estaba muy cerca de donde yo me encontraba. Con lentitud, me dirigí hacia allí. En ese vagón apenas

viajaba gente, por lo que al menos disfrutaría de algo de silencio para admirar el paisaje que deseaba fotografiar cuando abandonáramos Edimburgo.

Descubrí con disgusto que había alguien sentado enfrente de mi asiento, aunque estaba de espaldas a mí y no pude verle la cara hasta que me senté frente a él. Sin mirarlo, me desabroché el abrigo y lo dejé en el asiento de al lado. Y antes de levantar la mirada, un carraspeo y una risita de mi compañero de viaje me sacaron de mis pensamientos.

Cuando levanté la cabeza, creí que iba a caerme de mi asiento. Me quedé completamente paralizada. No podía creer mi mala (o buena) suerte. Sentí cómo mi corazón comenzaba a latir con una fuerza que parecía desgarrarme por dentro. De nuevo, sentí en mi interior un intenso calor que comenzó a subir por mi espalda hasta instalarse en mis mejillas, las cuales adquirieron un color rojizo agudo.

No podía creer que estuviera frente a mí el mismo chico con el que me había chocado en la estación hacía poco más de media hora. Me miraba con una intensidad que me traspasaba por completo y me hacía olvidar el motivo de mi visita a Escocia. Su sonrisa volvió a atraparme y, antes de volverme loca por ella, decidí apartar la vista de él y centrarme en el paisaje de Edimburgo, el cual estábamos comenzando a dejar atrás.

Me sentía incómoda frente a él. Tras más de diez minutos en completo silencio, aún podía notar sobre mí su penetrante mirada. Como siempre que estaba nerviosa, comencé a mover el pie, esperando que él apartara sus ojos de mi persona. Sin embargo, tras echarle una mirada de reojo comprobé que seguía en su empeño. Suspiré y me crucé de brazos. Pensé que lo mejor sería cambiarme de asiento, puesto que casi todo el vagón estaba vacío, pero mi obstinación podía más y llegué a la conclusión de que no tenía por qué irme de mi asiento por su culpa.

Armándome de valor, e intentando no mirarlo a los ojos, le devolví la mirada. Él aprovechó ese momento para sonreír de lado, por lo que tuve que desistir y mirar hacia otro lugar si no quería perderme en él. No estaba dispuesta a dejarme llevar de nuevo por mis sentimientos y caer en algo de lo que después pudiera arrepentirme.

—¡Cómo es la vida! —escuché que me decía.

Giré la cabeza para mirarlo. Intenté aparentar una valentía que no sentía, pero le quería demostrar que a pesar de lo que le había dicho en la estación, no le tenía miedo. Viajaba sola y sabía que no podía dar una imagen de cobardía, sino todo lo contrario, ya que cualquiera podría aprovecharse de eso.

—¿A qué te refieres?

—Pues que no pensaba volver a encontrarme contigo, preciosa. Creía que volverías a hacerme otra peineta, pero después de todo este rato, he llegado a la conclusión de que no volverías a hacerlo.

—¿Acaso te hace ilusión que te vuelva a enseñar mi dedo? —levanté mi mano y le hice otra peineta mirándolo a los ojos.

Él se rió sin dejar de taladrarme con su mirada.

—¿De dónde eres?

—Eso no es asunto tuyo —contesté moviéndome incómoda en mi asiento.

Miré hacia otro lado e intenté no hacer caso a su insistente mirada, que me derretía a medida que pasaban los minutos.

—Por tu acento, deduzco que eres española.

No contesté, tan solo chasqueé la lengua contrariada y aquello fue lo que

le hizo ver que había dado en el clavo. Lo vi sonreír aún más y se incorporó en su asiento para poner los codos sobre las rodillas y observarme más de cerca.

—¿Y qué haces tú sola en Escocia, preciosa?

Resoplé enfadada y le devolví la mirada.

—¿Te importaría dejar de llamarme preciosa?

—¿Qué pasa, te molesta? Solo digo la verdad. Incluso tu dedito es precioso.

—Pues sí, me molesta —dije tras ponerme en la misma posición que él e ignorando el comentario de mi dedo.

Nos quedamos mirando fijamente en aquella postura durante unos segundos. Me había metido tanto en el juego que no me había dado cuenta de lo cerca que nos encontrábamos el uno del otro. Cuando fui consciente de su cercanía, volví a incorporarme y carraspeé nerviosa. No me gustaban los sentimientos que me transmitía ese chico, pero me sentía tan atraída por él que por momentos no me importaba quemarme.

—Bueno, preciosa —hizo caso omiso a mis palabras y siguió llamándose como quiso—, ¿a dónde te diriges?

Apreté los puños con fuerza. Vi que se recostaba nuevamente sobre el sillón y cruzaba una pierna sobre la rodilla contraria al tiempo que inspiraba hondo, mostrándome todo el poderío de su descomunal pecho.

—Si te lo digo, ¿me dejarás en paz? —le pregunté con voz cansina.

El chico se encogió de hombros y sonrió.

—A Pitlochry —contesté a sabiendas de que no me dejaría en paz.

Lo vi arquear sus cejas con sorpresa.

—¡Vaya! —frunció el ceño—. Juraría que me persigues, preciosa.

No pude evitar que una carcajada saliera de mis labios.

—¿Seguirte? No me jodas.

—Pues no, no te jodo, pero cuando quieras joder... a mí no me importaría...

Vi que dirigió su mirada hacia mis labios y los miró con una intensidad que parecía besarlos en la distancia. Sin saber por qué, abrí la boca inconscientemente para después morderme el labio, un acto que pareció ponerlo nervioso, puesto que lo vi fruncir el ceño y, por primera vez en todo el tiempo, giró la cara para que no viera la perturbación que lo había inundado.

Aquel descubrimiento llamó mi atención y, para seguir el juego que él mismo había comenzado, no pude evitar picarlo para incomodarlo tal y como él había hecho conmigo. Quería pagarle con la misma moneda, sin embargo, no se me ocurría cómo hacerlo, por lo que seguí su ejemplo y me sumí en el más completo silencio para dedicarme a observar el paisaje el resto del viaje. Sin lugar a dudas, mi viaje había comenzado calentito, aunque aún no sabía que la llama me alcanzaría de tal forma que iba a quemarme viva...

Capítulo 2

Después de dos horas sumida en el silencio y en una incomodidad que podía cortarse en el aire, el tren comenzó a reducir su velocidad hasta que, por fin, comenzamos a ver las primeras casas más próximas a la estación. Cogí mi bolso y mi abrigo y me los colgué del brazo. Con premura, me dirigí hacia el maletero para coger mi equipaje. Antes de levantarme, le dirigí una última mirada hacia el chico que tenía frente a mí. Me di cuenta en ese momento de que desconocía su nombre, pero poco importaba, ya que estaba segura de que esa sería la última vez que lo viera, por lo que su nombre debía darme igual. Sin embargo, había algo en él que me llamaba, pero no entendía qué era.

Él me devolvió la mirada tan intensa como siempre al tiempo que guardaba un papel en uno de sus bolsillos. No obstante, vi algo en su mirada que me hizo pensar que estaba contrariado por algo. Sabía que había momentos en los que me había pasado con él, pero no quería tener tanta confianza con una persona a la que no conocía prácticamente de nada.

Ambos, en silencio, nos dirigimos hacia la puerta de salida. Sentía tras de mí sus pasos fuertes, además de sus ojos clavados en mi espalda. Tragué

saliva. No entendía por qué tenía los mismos sentimientos que la última vez que vi a mi exnovio, como si estuviera perdiendo algo importante de mi vida. No obstante, levanté la cabeza e intenté serenarme. No podía perder la ilusión que había puesto en mi viaje solo porque había conocido a un chico que me había hecho olvidar en un par de horas, en cierta manera, todo lo ocurrido semanas atrás. No sabía ni entendía por qué, pero un ligero sentimiento de tristeza estaba comenzando a invadirme a medida que mis pasos se aproximaban a la salida del vagón.

Cuando estábamos a punto de llegar a la puerta, el tren frenó de golpe y la sacudida nos hizo tambalear. Perdí el equilibrio debido a la sorpresa y estuve a punto de caer al suelo, pero unos brazos fuertes rodearon mi cintura y me impidieron salir despedida y caer sobre mis maletas. Con el corazón latiendo con fuerza, me giré para darle las gracias a mi salvador y comprobé que había sido mi pícaro compañero de viaje. Este sonreía por fin sin dejar de mirar mis labios, que estaban a escasos centímetros de los suyos. Durante unos segundos, deseé con fuerza que me besara, sin embargo, al instante estuve a punto de maldecirme a mí misma por deseárselo.

Me ayudó a incorporarme y me soltó.

—Gracias —susurré en medio de un suspiro.

Él se encogió de hombros y no dijo nada. Deseaba escuchar su voz por última vez y sin saber por qué me lancé a preguntarme algo que deseaba con todas mis fuerzas:

—¿Cómo te llamas?

—Te lo diré la próxima vez que nos veamos —dijo enigmáticamente antes de que las puertas del vagón se abriesen y desapareciera entre el gentío que esperaba en el andén a que todos los viajeros salieran de allí para ocupar ellos sus asientos.

Con una ligera sensación de derrota, me dirigí hacia el hostel que había reservado a través de internet. Según el mapa que había imprimido, estaba relativamente cerca de la estación, tan solo tenía que tomar la calle principal, ya que era un pueblo pequeño, y seguirla durante apenas cinco minutos.

Maleta en mano, tomé lo que parecía ser un atajo por detrás de las casas que daban a la calle principal. De esta manera, evitaba pasar por las aceras repletas de gente, ya que a esa hora había un inusual movimiento de turistas. La pequeña callejuela era muy estrecha, pero me dejaba paso suficiente para ir con tranquilidad. El aire que se respiraba en el pueblo era húmedo debido a la ligera llovizna que descendía. Sin embargo, adoraba sentir sobre mi cara las gotas que caían y mojaban todo a su paso. Observé el color de las flores y el verdor del césped tan cuidado que había en cada casa hasta que, por fin, llegué a la calle principal tras atravesar un pequeño cementerio repleto de cruces celtas.

Eché de nuevo una mirada al mapa y vi que estaba a punto de llegar a mi destino. Tan solo me separaban unos metros de él. En la distancia, logré ver el rótulo en el que ponía con letras bien grandes: Acarsaid Hotel. Respiré hondo y recorrí los pocos metros que me quedaban casi volando. Estaba deseando llegar y darme una ducha, además de descansar para descargar toda la tensión del viaje.

Cuando por fin estuve en la puerta, entré deprisa y hablé con el recepcionista de mi reserva. Tras darle mi nombre y comprobar que sí había una reserva, me pidió mi carnet de identidad. Al instante, abrí la cremallera de mi bolso y me dispuse a buscarlo. Miré todos los bolsillos y no logré

encontrar mi cartera con toda la documentación. Fruncí el ceño contrariada, ya que no había dejado mi bolso a solas en ningún momento. Mi corazón comenzó a latir deprisa al creer que alguien me lo había robado, pero ¿cuándo? No me había separado del bolso en todo el viaje y no había sentido ningún tirón ni nada por el estilo.

—Lo siento, pero no lo encuentro.

El recepcionista chasqueó la lengua en señal de contrariedad.

—Me temo que sin carnet no puedo darle la habitación reservada.

—Pero alguien me lo ha debido de robar o algo. Espere un momento.

Me dirigí hacia la mesa más cercana y puse el bolso sobre ella para mirar que la cartera no se hubiera metido en algún bolsillo más pequeño. Sin embargo, no había absolutamente nada.

—Maldita sea.

Durante unos segundos, sentí que mi viaje podría llegar a su fin si no encontraba la cartera, ya que en todos los hoteles reservados me pedirían la documentación. Los ojos comenzaron a escocerme debido a las lágrimas que estaba a punto de derramar. No me podía creer la mala suerte que tenía. Con rabia, vacié todo el contenido del bolso sobre la mesa y vi que había un trozo de papel entre todas mis cosas. Durante un segundo pensé que se trataba de alguna lista de la compra que no había tirado, no obstante, reconocí el papel enseguida. A mi mente vino la imagen del chico del tren escribiendo algo en un papel y después se lo guardó en el bolsillo del pantalón. Miré ese papel y descubrí con nerviosismo que era el mismo tipo de papel. Pero ¿cómo había llegado a mi bolso? No encontraba respuesta alguna para esa pregunta hasta que recordé el frenazo del tren justo antes de alcanzar la puerta de salida. Estaba segura de que en ese momento él abrió mi bolso y me sustrajo la

cartera.

—Cabrón...

Con rabia y el corazón acelerado, agarré el trozo de papel y lo abrí para ver qué ponía: «Lower Oakfield, 28. Ven si quieres recuperar lo que es tuyo, preciosa». Arrugué con fuerza el papel con mis manos. No me podía creer lo que habían leído mis ojos. Odié con todo mi corazón a ese chico por haberme dado el susto de mi vida.

—¡Será gilipollas! —lancé un grito al tiempo que volvía a meter todas mis cosas en el bolso.

Respiré hondo para intentar calmarme. El susto inicial había dado paso a una indignación y un enfado que tardaría bastante en olvidar. Me giré hacia el recepcionista, que me miraba con una mezcla de sorpresa y miedo y esperó a que fuera yo la que diera el paso para hablar.

—¿Sabe usted dónde se encuentra la calle Lowered Oakfield?

Al escuchar mis palabras, sonrió y suspiró aliviado por no ser él el centro de mi diana.

—Claro que sí. Es la calle que hay justo a la vuelta.

Con palabras casi ininteligibles por las prisas, le di las gracias y salí del hotel. Sin embargo, las maletas que arrastraba me ralentizaban el paso, por lo que me giré para regresar a la recepción y le pregunté:

—¿Le importaría que dejara mis maletas aquí? Será solo un momento. Tan solo el tiempo necesario mientras recupero mi documentación.

El hombre, sorprendido, asintió y se hizo a un lado para que dejara las maletas tras el mostrador para evitar que alguien se las llevara durante mi ausencia.

Ya libre de cargas, me dirigí hacia mi presa. Estaba realmente enfadada con la triquiñuela que había ideado para sacar la cartera de mi bolso. Aún recordaba el roce de sus manos en mi cintura cuando el tren frenó de golpe. En ese momento, había disfrutado ligeramente del contacto, aunque si hubiera conocido el final, le habría dado un mamporro para quitarle las ganas.

Torcí en la primera esquina a la izquierda y caminé con rapidez hacia el número indicado en la nota. No necesité buscar mucho la casa, ya que enseguida se cruzó en mi camino el número 28. Me quedé paralizada por la impresión y tuve que mirar dos veces más la nota arrugada que había guardado en mi bolsillo del pantalón. ¿Esa impresionante casa era la que buscaba? Un inmenso jardín precedía a la imponente vivienda de dos pisos y estilo victoriano que estaba construida en la parte más alta de la propiedad. Amplios ventanales daban luz a una de las casas más bonitas que había visto desde mi llegada.

Cuando me recuperé de la primera impresión, rodeé el césped para subir a la casa a través de los tablones de madera que dirigían a la entrada de la vivienda. Intentaba hacer el menor ruido posible. Pisaba con cuidado las tablas para evitar que crujieran y así alertar al propietario de la casa. Cuando me encontré frente al timbre, estuve a punto de dar media vuelta y regresar por donde había venido, ya que pensaba que el chico del tren me había gastado una broma para vengarse por el insulto que le dediqué en la estación de tren de Edimburgo cuando nos chocamos. Lo único que me incitaba para llamar era poder recuperar mi documentación, ya que sin ella no podría cruzar el país, ni siquiera regresar a España. Y... por qué no decirlo, la verdad es que me apetecía volver a verlo.

Con manos temblorosas, toqué el timbre y su sonido me sobresaltó. Durante unos segundos, dudé sobre si debía quedarme o salir corriendo, pero

esperé pacientemente a que la puerta de la casa se abriera.

Unos pasos acelerados me indicaron que alguien se aproximaba. Respiré hondo y solté el aire poco a poco para calmarme. Por fin, la puerta se abrió, mostrándome a mi ladrón particular con una amplia sonrisa en la cara. Sin saber por qué, mi corazón comenzó a latir con una fuerza inusitada. Parpadeé varias veces para que no se diera cuenta de la impresión que me había llevado al verlo solo con unos vaqueros puestos. El pelo aún le chorreaba, mojando su musculoso pecho y rodando por su vientre hasta desaparecer Dios sabe dónde... Sin pensar, me mojé los labios. Se me habían quedado resecos por aquella visión del *David* de Miguel Ángel mucho más fornido.

Carraspeé incómoda y le devolví la mirada. Intenté parecer indignada, pero me habían bajado las defensas al verlo semidesnudo.

—¿Deseabas algo? —me preguntó con descaro intentando mostrar una sonrisa inocente.

Aquello me hizo regresar a la realidad y recordar el mal rato que había pasado en el hotel tras comprobar que mi documentación había desaparecido por completo. Reompuse el rostro y lo acusé con el dedo.

—¡Me has robado la cartera!

Su sonrisa se amplió aún más y, tras echar una mirada de un lado a otro de la calle, me agarró del brazo y me empujó dentro de su casa. Trastabillé, aunque sus manos me ayudaron a equilibrarme. Me solté enfadada. Me parecía increíble la desfachatez con la que me trataba sin apenas conocerme. A veces me sentía pequeña a su lado, aunque no entendía cómo era posible que sacara mi lado más salvaje.

—¿Se puede saber qué coño haces? Yo solo he venido a por mi cartera, no a tomar té contigo.

Alargué la mano y agité los dedos con prisa. Levanté las cejas mientras lo miraba y le dije:

—¿A qué esperas?

—¡Qué pena! Pensaba que te había causado tan buena impresión que venías a visitarme, Vera Medina.

Escuchar mi nombre en sus labios hizo que me recorriera un escalofrío por todo el cuerpo, como si un rayo me traspasara. Sentí un cosquilleo en mi estómago y deseé escucharlo de nuevo cerca de mi oído. Sin embargo, me enfadé conmigo misma por desoír mis propios propósitos para este viaje y derretirme sin remedio ante este escocés del que yo aún desconocía su nombre.

Puse los brazos en jarra y resoplé. Sabía que estaba perdiendo la partida y era algo que no deseaba bajo ningún concepto.

—Vale, sabes mi nombre. ¿Cuál es el tuyo? ¿O vas a seguir sin querer decírmelo?

El aludido se echó a reír y se aproximó peligrosamente a mí para susurrármelo al oído como si hubiera escuchado mis pensamientos.

—Me llamo Caillen Sinclair.

A tan solo un palmo de mi cara, miró mis labios y, durante unos segundos interminables, deseé besarlo. Era tan desvergonzado y burlón que me encantaba estar en su compañía. No obstante, me pellizqué sin que él me viera para despertar del embrujo en el que me tenía Caillen.

—Muy bonito —le dije—. Ahora, devuélveme mi cartera.

—¿Qué pasa, no te gusta mi compañía? —me señaló la habitación que había a su derecha y mostraba un sofá—. ¿No quieres sentarte y así nos

conocemos mejor? Aunque sea un «gilipollas», puedo llegar a ser muy agradable.

La última frase me hizo sentir mal. No solía tratar así a la gente, pero desde los últimos acontecimientos de mi vida, reconozco que me había convertido en alguien más antipática y poco dada a las relaciones de amistad por miedo a que volvieran a hacerme daño.

—Siento haberte llamado gilipollas —me arrepentí—, pero te mostraste un poco chulito para mi gusto.

Caillen rió con ganas y no pude evitar volver a mirar los músculos que en ese momento se tensaban con la risa.

—Bueno, tú tampoco te cortaste con la mirada. Reconoce que me miraste de arriba abajo.

Miré hacia otro lado y carraspeé incómoda. No quería reconocerlo, pero sabía que tenía toda la razón del mundo. Mis mejillas se tiñeron de rojo al verme descubierta y sin saber qué contestar a sus palabras. Lo miré de nuevo y me sentí totalmente atraída por esa mirada de pillo y de color esmeralda. Me daba la impresión de ver reflejado en sus ojos el vasto territorio escocés, la fortaleza de su gente y su hombría. Era el chico más varonil que jamás me había cruzado en mi camino.

—Bueno, ¿qué, te quedas un rato y charlamos?

Sinceramente, era lo que más me apetecía, pero no quería perder mi alojamiento en el hotel, por lo que me disculpé lo más suavemente posible.

—Me encantaría, pero tengo que ir al hotel.

Me dio la sensación de que su mirada se ensombreció al escuchar mis palabras, pero intenté no hacer caso. Caillen asintió y se dirigió hacia un

pequeño mueble que había en el hall justo al lado de la puerta y sacó de ahí mi cartera.

—¿En qué hotel te encuentras?

Abrí la boca, aunque dudé durante unos instantes. Sin embargo, supe que no tenía por qué dudar de él, ya que no parecía mala persona.

—En el Acarsaid.

Caillen sonrió y dio una palmada.

—Está muy cerca —dijo misteriosamente—. ¿Y cuánto tiempo te quedas, Vera?

Al volver a escuchar mi nombre me temblaron las piernas contra mi voluntad.

—Solo dos días —le contesté al tiempo que cogía mi cartera y la guardaba en el bolso.

Enseguida me dirigí hacia la puerta. Por un lado, sentía una pena inmensa por marcharme. No quería despedirme de él, ya que, a pesar de todo, me había sentido muy bien a su lado. No obstante, debía continuar con mi camino. Sabía que me encontraría a mucha gente de la que me daría pena despedirme, pero no podía flaquear a la primera de cambio.

—Bueno, ha sido un placer conocerte —le dije con un nudo en la garganta.

Lo vi sonreír de nuevo.

—No tiene por qué ser una despedida.

Me encogí de hombros sin saber qué decir. Le hice un gesto con mi mano para despedirme y me marche por donde había venido. Al tiempo que bajaba

la rampa de acceso a la casa sentía que las lágrimas acudían a mis ojos, aunque no entendía el motivo de aquel lamento que mi corazón y mi alma lanzaban al aire.

Capítulo 3

Tras instalarme en el hotel sin más problemas, decidí darme una ducha caliente. Necesitaba relajar los músculos que se me habían agarrotado con el viaje y el susto que había pasado tras pensar que había perdido la cartera con mi documentación. Me encantaba la habitación que me habían asignado. Todo el suelo estaba cubierto por una moqueta de color verde que me permitía caminar sin zapatos con total libertad. Había un lugar destinado para tomar el té con una mesa, un par de sillas, un calentador para el agua y un par de tazas con pastas. Sonreí al recordar a Caillen y su invitación a tomar algo en su casa. Sin embargo, al instante me llevé las manos a la cabeza para intentar olvidarlo. No podía permitirme caer de nuevo en un enamoramiento tonto del que, seguramente, saldría quemada como había sucedido con Carlos meses atrás.

Necesitaba recuperar una estabilidad que creí haber perdido y me había prometido a mí misma volver a quererme como antes, ya que la ruptura con Carlos me había dejado la autoestima por los suelos. No obstante, no podía dejar de pensar en Caillen. Sabía que estaba mal y que no iba con mis pensamientos, pero era algo que no podía remediar. Había algo en él que me

llamaba y no me dejaba pensar en el resto de mi viaje por Escocia.

Me dirigí al cuarto de baño para secarme el pelo después de ponerme algo de ropa cómoda. Me miré en el espejo y me vi diferente. Había desaparecido de mi rostro ligeramente la mirada tan dura que me había acompañado en los últimos tiempos, aunque aún continuaba la tristeza y desconfianza hacia la gente.

Cuando me di cuenta, ya había anochecido y estaba tan cansada que ni siquiera me apetecía bajar al restaurante a cenar. Me tumbé en la cama y cerré los ojos con un suspiro. Deseaba que llegara el día siguiente para echar un vistazo al pueblo. Lo poco que había visto era realmente precioso y estaba segura de que me esperaban cosas mejores. Con esos pensamientos, me fui sumiendo poco a poco en un profundo sueño del que no desperté hasta la mañana siguiente.

Los primeros rayos de luz se colaron por la ventana y me dieron directamente en la cara. Guiñé los ojos debido a lo molesta que me resultaba la luz de lleno sobre mí. Me desperecé y bostecé. Había dormido como un tronco, ni siquiera había extrañado mi propia cama. Mis tripas comenzaron a rugir y recordé que la noche anterior me había acostado sin ni siquiera comer algo. Comencé a vestirme con prisas para desayunar lo antes posible y comenzar mi visita a Pitlochry lo antes posible.

Cuando estaba a punto de salir, comenzó a sonar el teléfono de la habitación. Me extrañó que me llamaran, ya que estaba segura de que no había hecho ruido como para que me llamaran la atención, y no tenía familia

en ese pueblo, por lo que me aproximé al teléfono casi con miedo de cogerlo. Descolgué el auricular y contesté. Al otro lado conocí la voz del dueño del hotel que me había recibido el día anterior y me informaba de que había alguien que preguntaba por mí.

—¿Está seguro? —le pregunté extrañada.

—Por supuesto, señorita. No me ha querido decir su nombre, pero me ha dado sus datos correctamente y la conoce bastante bien.

Fruncí el ceño, aunque enseguida se formó en mis labios una sonrisa tonta. ¿Sería Caillen? Me pregunté. Desde luego, no podía ser otro, ya que no había nadie más en ese pueblo que me conociera, ni siquiera mis amistades conocían mi deseo de viajar a Escocia, por lo que estaba segura de que era él. Sin poder evitarlo, sentí cómo mis manos comenzaban a sudar y un intenso escalofrío me recorría la espalda al tiempo que unos nervios agudos se instalaban en mi estómago.

El día anterior me había despedido de él creyendo que jamás volvería a verlo y que formaría parte de los recuerdos que me llevaría de este precioso país. Sin embargo, ahora volvía a mi hotel para esperarme. ¿Por qué lo haría? Me encogí de hombros contestándome a mí misma mientras salía de la habitación. Supuse que le había gustado el juego del día anterior y solo deseaba continuar con él, nada más. Mi parte racional así lo deseaba. Sin embargo, una parte de mi corazón que creí haber enterrado hacía meses esperaba algo muy diferente. Pero ¿por qué alguien tan atractivo como él iba a fijarse en alguien tan normal como yo? Yo no me veía extremadamente preciosa, como sucedía a varias amigas mías que parecían muñecas. Yo me consideraba como una más del montón, y siempre había pensado que los típicos guaperas y chulitos jamás pondrían sus ojos sobre mí, excepto para burlarse.

Suspiré y arranqué de mi mente las continuas preguntas que comenzaban a agolparse en mi mente. Bajé las escaleras despacio sin hacer ruido, aunque temía que los latidos de corazón sonasen más que mil tambores.

Cuando por fin pisé la planta baja del edificio, me dirigí hacia la recepción donde, efectivamente, un Caillen sonriente me esperaba charlando animadamente con el recepcionista. Este último, al verme llegar, me señaló y le dijo a Caillen que ya estaba allí, por lo que se alejó de nosotros para darnos intimidad en la conversación.

—Buenos días —dijo dando una palmada y mirándome de arriba abajo descaradamente.

Me sentí completamente tonta y torpe. Estaba tan guapo que no supe reaccionar a tiempo. Vestía unos pantalones vaqueros y una sudadera aterciopelada. Llevaba el pelo despeinado, no sé si porque había viento o su pelo era tan rebelde como lo parecía su dueño.

Me acerqué a él casi con incomodidad, sin saber qué decir. Quería saber qué hacía allí y qué quería, pero no sabía cómo preguntarlo para no parecer tan antipática como otras veces.

—Buenos días —respondí con un hilo de voz.

—Supongo que no has desayunado aún, ¿me equivoco?

—No, aún no.

—¡Estupendo! —dijo invitándome a salir—. Te voy a mostrar los mejores lugares de este pueblo.

Levanté las cejas sin poder evitar mi sorpresa. ¿Había madrugado solo para invitarme a desayunar? La verdad es que no sabía qué decir. Estaba deseando ir con él a cualquier lugar para estar más tiempo con él, aunque

sabía que a mi marcha de Pitlochry echaría muchísimo de menos su compañía y su atrevimiento. Sin embargo, siempre aparecía en mi cabeza el demonio malo para quitarme de la cabeza las ideas románticas que comenzaban a surgir en mi mente e introducía toda clase de malos pensamientos y escenas horribles haciéndome creer que Caillen se aprovecharía de mí para sacarme el dinero y abandonarme.

A pesar de todo, mi boca contestó antes de que pudiera pensar algo coherente y habló por sí sola.

—Vale —dije casi con el mismo entusiasmo que él.

Me puse la cazadora que portaba en el brazo y, tras cederme el paso y sujetar la puerta, salimos al frescor de la mañana para disfrutar de las primeras horas del día. El aire escocés penetró por mi nariz y aspiré para envolverme en el intenso olor a tierra mojada que flotaba en el ambiente.

Sentí de repente la mano de Caillen en mi cintura, que me señalaba el camino que debíamos seguir.

—Vas a probar el mejor bacon con huevos de toda Escocia.

—Con el hambre que tengo hasta un puñado de barro me sabría a gloria.

Caminamos durante varios minutos por la calle principal. Recordé que había hecho parte de ese tramo el día anterior para llegar al hotel. El pueblo ya había despertado y numerosos coches cruzaban de un lado a otro al tiempo que la gran mayoría de las tiendas ya estaban abiertas y con clientes en su interior.

—Es por aquí —la mano de Caillen tocó la mía para empujarme hacia una calle estrecha por la que cruzaba poca gente.

—Pero ¿a dónde vamos?

—Ya lo verás. Falta poco.

El ruido de los coches y la gente quedó atrás. Ahora nos dirigíamos por una calle que terminaba en camino y que salía del pueblo. Tuve unos instantes de pánico al creer que los malos pensamientos que había tenido antes de salir del hotel iban a confirmarse en unos minutos. Sin embargo, la mano de Caillen, que aún estaba en la mía, me transmitía una fortaleza y seguridad que hicieron que mis miedos quedaran atrás en el camino.

A los pocos metros, comencé a escuchar el sonido de agua cayendo. Al final, tras unos matorrales, asomó una pequeña cascada artificial que pertenecía a un bar que aún no había visto debido a que mis ojos estaban fijos en el agua. Me parecía tan bonito el lugar que ya me daba igual desayunar. Solo quería disfrutar y empaparme de la naturaleza. No pude evitar una sonrisa, que Caillen aceptó con un apretón en la mano que aún tenía cogida. Miré hacia allí y me sonrojé al ver mi mano aprisionada por sus increíbles dedos. Sin querer, pero consciente de que debía hacerlo, me solté con cuidado para no parecer desagradable y le ofrecí la mejor de mis sonrisas.

—Es un lugar precioso.

Me devolvió la sonrisa y me indicó el camino para entrar al bar.

—Aquí hacen una comida excelente.

Cuando abrí la puerta y vi la gente que había allí, estuve a punto de echar a correr en dirección contraria. La verdad es que el bucólico paisaje nada tenía que ver con el tipo de personas que frecuentaban ese bar. Me sorprendió que Caillen acostumbrara a venir aquí, ya que no parecía casar con él. Sin embargo, el camarero lo saludó con familiaridad y me confirmó que, efectivamente, Caillen había visitado ese bar en más de una ocasión.

Nos dirigimos hacia una de las mesas del fondo, desde donde podía

escucharse el sonido del agua cayendo por la cascada. Cuando por fin nos sentamos, no pude evitar echar una mirada a nuestro alrededor. La decoración del bar era típicamente motera con numerosos logos de varias marcas de motos. Toda la pared estaba forrada en madera, lo cual transmitía poca luminosidad a la estancia. La poca gente que había a esa hora de la mañana nos había mirado extrañados al pasar, aunque cada uno había vuelto a su rutina a los pocos segundos. Sin embargo, había una mesa al fondo del bar en la que había dos chicos que no nos quitaban los ojos de encima. Parecían tener nuestra edad, aunque sus rostros mostraban que habían vivido muchas más experiencias que nosotros. Su vestimenta era más que adecuada para el lugar en el que estábamos, y es que vestían con pantalones vaqueros rotos y chupa de cuero con el logo de lo que parecía ser un grupo de moteros.

Bajé mi mirada para evitar llamar su atención y le pregunté a Caillen:

—¿Vienes mucho por aquí?

Lo vi asentir.

—Sí, pero que no te asuste la decoración. John, el dueño, es un buen tío. Trabajó para mis padres hace tiempo.

—¿Y dónde están ahora ellos? —me sorprendió que viviera solo—. ¿Viven en otra ciudad?

Negó con la cabeza y una tristeza inmensa cruzó su rostro para después instalarse en sus ojos.

—Murieron en un accidente de coche —dijo con voz ronca.

Sus palabras me partieron el alma. Se notaba a leguas que había sufrido mucho, y aún lo hacía, por la muerte de sus padres. Me compadecí de él, aunque no supe qué decirle, ya que las típicas palabras de sentimiento por la pérdida no valdrían para confortarlo.

—No hace falta que digas nada —pareció leer mis pensamientos.

Asentí agradecida de que me evitase el mal trago. Le intenté sonreír, aunque me salió una mueca rara. Caillen me miraba intensamente en silencio. Parecía querer descubrir mis pensamientos y había momentos en los que me ponía tan nerviosa que creía que llegaría a adivinarlos.

Para disimular mi incomodidad, eché de nuevo una mirada hacia la mesa del fondo y vi que los chicos seguían mirándonos y cuchicheando entre ellos. Caillen no los podía ver, ya que se encontraba de espaldas a ellos, pero debido a la insistencia de las miradas no pude evitar preguntarle por ellos. Supuse que, si eran del pueblo, él los conocería y descubriría el motivo de tanta mirada.

—No mires, por favor, pero hay unos chicos al otro lado del bar y no hacen más que observarnos. ¿Los has visto cuando hemos entrado?

Caillen frunció el ceño y, disimuladamente, echó un vistazo hacia atrás. Se volvió de golpe y cerró los ojos al tiempo que se llevaba las manos a la cara.

—¡Mierda! —susurró.

Yo comencé a asustarme al ver su cara. Algo no iba bien. Estaba claro que los conocía y tenían algo entre ellos que yo desconocía y, para colmo, me encontraba en medio de lo que parecía ser un problema.

—¿Qué ocurre? —pregunté aún a sabiendas de que Caillen no me respondería con la verdad.

Lo vi recoger sus cosas y ofrecirme su mano para salir lo antes posible del bar. No contestó a mi pregunta y, si nos hubiéramos encontrado en otra situación, me hubiera soltado para quedarme totalmente quieta hasta que me contestara. Sin embargo, el rostro y la vestimenta de aquellos chicos me

habían acobardado hasta tal punto que me dejé llevar por el pánico y me aferré a la mano que me ofrecía Caillen.

Me levanté de prisa de mi asiento y, tras despedirnos con rapidez del dueño del bar, nos dirigimos hacia la puerta de salida. No obstante, estos, al ver nuestras intenciones de escapar lo antes posible de aquel lugar, se levantaron de sus asientos y se dirigieron con prisa hacia nosotros, cortando nuestro paso de golpe.

El que parecía ser el líder de los dos puso una mano en el hombro de Caillen para detenerlo y nos miró altivamente.

—¿Qué pasa, Sinclair? ¿Llevas prisa?

Caillen aferró mi mano con fuerza. No sabía si lo hacía por miedo o por la ira que se respiraba por todos los poros de su piel.

Yo me dediqué a mirarlos alternativamente. Ambos vestían completamente iguales y totalmente de negro. En sus chupas de cuero había lo que parecía ser el emblema de un cuervo. El líder tenía una pequeña cicatriz a la altura de la oreja derecha mientras que el otro tenía la frente totalmente rajada. Sin lugar a dudas, no era lo que esperaba encontrarme en este país, o al menos cruzarme con ellos y mantener una tensa charla como estaba observando en ese preciso momento.

El que se había quedado detrás de su amigo, me miraba de arriba abajo, inspeccionándome para descubrir qué tipo de relación me unía a Caillen y, después de ver que nuestras manos estaban enlazadas, llegó a una conclusión completamente errónea, ya que lo vi sonreír al tiempo que le daba un golpe en el brazo a su amigo.

—¿Te has traído a tu novia para que vea cómo eres realmente?

Yo estuve a punto de contestar, pero la voz atronadora de Caillen se alzó

sobre sus risotadas.

—A ella dejadla en paz.

Tragué saliva. Estaba claro que no tenían un problemita de nada, sino que lo que había entre ellos era más serio de lo que había pensado en un principio. Quería salir de allí corriendo y regresar al hotel para no salir más de allí hasta que llegara la hora de partir en el tren al día siguiente.

No me gustaban sus miradas inquisidoras ni el ambiente que habían creado solamente con su presencia. No pude soportar más esa tensión y empujé a Caillen para salir de allí lo antes posible.

—¡Vámonos!

No obstante, la mano maloliente del líder me agarró del brazo y lo apretó con fuerza. Dibujé una mueca de dolor en el rostro que no pasó desapercibida para Caillen, que enseguida me soltó de su amarre.

—Ni se te ocurra tocarla —lo amenazó Caillen con voz ronca—. Esto es entre tú y yo, así que déjala en paz.

El aludido se echó a reír.

—¡Mira cómo defiende a su novia, Robert! —le dijo a su compañero—. ¡Qué bonito!

—¡Ya está bien, muchachos!

La voz de John se dejó escuchar por encima de las risas. Giré la cabeza hacia él y lo vi salir de entre la barra con un bate entre sus manos.

—No sé ni cuántas veces os he dicho que no quiero peleas en mi bar —lo vi dirigirse a los dos que nos molestaban—. Esta es la última vez que os sirvo. Largaos de aquí.

Caillen se mantuvo en silencio los pocos segundos en los que los aludidos se pensaban una respuesta. El tiempo se me hizo eterno hasta que, por fin, en silencio, se marcharon, aunque no quisieron dejar pasar la oportunidad de amenazar a Caillen y se acercó peligrosamente a su oído para decirle:

—Esto no ha quedado aquí, Sinclair.

—Cuando quieras, Campbell —contestó.

Este me dirigió una mirada de odio antes de salir del bar. En sus ojos había una amenaza más que clara por su parte hacia nosotros, aunque di las gracias de que mi estancia en Pitlochry terminara al día siguiente.

Al mismo tiempo que la puerta del bar se cerraba, un trueno ensordecedor pudo escucharse cerca del pueblo. Una tormenta estaba cerca y supuse que no era más que el comienzo de la guerra desatada entre ellos.

Con las manos temblando de ira, Caillen se dio la vuelta y me dirigió una mirada penetrante. Me puso aún más nerviosa aquel repaso. No quise que descubriera que estaba realmente aterrada, por lo que le dediqué una falsa sonrisa para intentar animarlo. Él supo que no era verdadera y me dijo:

—Lo siento, no quería involucrarte en esto.

—No te preocupes, ya ha pasado.

La mano de John cayó sobre mi hombro como una losa, sobresaltándome tanto que me giré asustada hacia él. Me pidió disculpas enseguida y nos invitó a tomar el desayuno ahora que los que nos molestaban se habían marchado.

Tuve la sensación de que John sabía algo del problema que había entre ellos, pero esperé pacientemente a estar solos para pedirle explicaciones a Caillen. Sin embargo, este se me adelantó y me dijo:

—Perdona el numerito. Será mejor que lo olvides —con esas palabras dio por zanjada la conversación.

Lo observé fijamente durante unos minutos. Lo vi incomodarse con mi mirada, por lo que finalmente la aparté. Estaba claro que no deseaba contarme lo que ocurría, pero merecía una explicación sobre lo que mis ojos acababan de contemplar. Además, ya estaba metida en el ajo, por lo que al menos tenía que saber a lo que me había enfrentado indirectamente.

Caillen negó con la cabeza cuando le planteé mis pensamientos.

—No quiero que te metas en esto. Patrick Campbell es muy peligroso y no quiero que te haga daño.

Cuando escuché esas últimas palabras, sentí como si un gusanillo me recorriera el cuerpo. Sentí un escalofrío, pero no por el miedo que me podía provocar la situación, sino porque Caillen estuviera preocupado por mi seguridad. A pesar de las amenazas implícitas, al lado de Caillen me sentía segura. Había algo en él que me hacía confiar a pesar de no conocerlo de nada.

La llegada de John un sendos platos de bacon con huevos interrumpió nuestros respectivos pensamientos.

—Invita la casa, chicos.

—Gracias, John —dijo Caillen con su mirada aún fija en mí.

Incómoda, cogí un tenedor y un cuchillo para dar buena cuenta de la comida, sin embargo, su mirada me traspasaba y, finalmente, lo miré y le pregunté:

—¿Qué ocurre?

—¿No estás asustada?

—¿De qué tendría que estarlo?

Pareció dudar sobre la respuesta hasta que dijo:

—De mí.

Sonreí sinceramente y negué con la cabeza.

—Haría falta algo más para que te tuviera miedo.

Lo vi fruncir el ceño y di por finalizada la conversación. Mi respuesta era verdadera. Había pasado miedo, pero no por su culpa, y ni mucho menos tenía miedo de él. A pesar de lo que había visto, no dudaba de que pudiera hacerme daño. Al contrario, me trasmitía tanta seguridad que estaba segura de que a su lado no podría ocurrirme nada. No obstante, no deseaba contarle estos pensamientos, ya que pensaba que sería alimentar su ego. Sonreí mientras degustaba el magnífico desayuno. Caillen tenía razón: en ese bar servían el mejor bacon de toda Escocia.

Capítulo 4

Después del desayuno, el carácter de Cailen había vuelto a ser el que era. Parecía haber olvidado el encontronazo del bar, y yo se lo agradecí mentalmente por ello. Al menos no me llevaría un mal recuerdo de él.

Lo vi frotarse las manos al tiempo que sonreía de lado. Sentía que me derretía con ese movimiento, ya que sus músculos se hacían notar bajo la ropa y llamaban mi atención todo el rato.

—Te voy a llevar a mi rincón favorito.

—¿Eh? —salí de repente de mi ensoñación y sé que él se había dado cuenta de que lo miraba atentamente. Sonrió y dije enseguida para disimular—. Vale.

De reojo, vi que se adelantaba en el camino y se puso ante mí caminando hacia atrás.

—¿Qué pasa, Vera? ¿No puedes resistirte a mí? —lo vi henchirse de orgullo, al igual que sus músculos, y una risa contagiosa salió de mi garganta.

—Claro que no. Me tienes loquita de amor. ¿No ves el reguero de babas

que voy dejando? —le señalé el camino que habíamos andado.

Estuvo a punto de contagiarse por mi risa, pero mantuvo su pose chulesca y siguió caminando hacia atrás. Después dijo algo entre dientes, aunque pude leer sus labios y creo que dijo:

—Ya caerás.

Simulé no haber entendido nada y continuamos por el camino sin asfaltar. La vegetación se abría paso ante nosotros y un campo de golf nos recibió a nuestra izquierda. Sin embargo, cruzamos de largo y no nos detuvimos hasta llegar a un puente colgante sobre un gran río. Me maravillé con la vista que se me ofrecía ante mis ojos. Miré a Caillen y este sonreía por mi sorpresa. Me indicó con una mano el camino para subir al puente, y no dudé un instante en seguirlo.

—¡Es precioso!

Diminutas gotas de lluvia comenzaba a caer sobre Pitlochry, pero no me importaba. El aire que se respiraba en ese lugar era tan puro que me animaba a seguir a pesar de la lluvia.

Cuando estábamos a mitad de camino, paré un momento y me asomé por la barandilla. Calculé que había al menos diez metros de caída al agua, que corría con fuerza en ese momento. Al instante, sentí las manos de Caillen en mis piernas y me levantó. Cuando dejé de sentir bajo mis pies los peldaños del puente, estuve a punto de morir del susto. Ya no podía agarrarme a la barandilla y solo era consciente del agua que corría desbocada bajo el puente. Grité con fuerza e intenté patalear a Caillen, pero sujetaba con demasiada fuerza mis piernas y apenas podía moverme.

Escuché sus carcajadas por encima de mis propios gritos. Enseguida, fue bajándome poco a poco aún pegada a su cuerpo, y pude sentir todos y cada

uno de sus músculos desde mis rodillas hasta mi espalda. Un intenso calor me recorrió el cuerpo al sentirlo tan cerca de mí. Finalmente, mis pies volvieron a posarse sobre el puente, pero mis manos estaban sobre las de Caillen, y no podía quitarlas de allí a pesar de que mi cerebro me pedía a gritos lo contrario. Mi corazón parecía calmarse poco a poco al descubrir que todo había sido una broma, sin embargo, la boca de Caillen, que estaba pegada a mi cuello, volvió a aumentar mis pulsaciones.

—Y ahora ¿tienes miedo de mí? —preguntó en un ronco susurro.

Abrí la boca para contestar, pero solo pudo salir un suave gemido mientras un intenso escalofrío me recorría el cuerpo hasta instalarse en mi vientre. Tragué saliva y dije:

—No —apenas fue audible, pero suficiente para la cercanía que teníamos.

Sus manos recorrieron mi cintura en una caricia tan dulce que parecía pertenecer a otra persona diferente a la que conocía. Cuando estaba a punto de darme la vuelta y besarlo, sus manos se separaron de mi cuerpo. No pude evitar una mueca de disgusto en mi cara, pero la cambié enseguida para evitar que se diera cuenta de ello.

Me mordí el labio con intensidad, casi prefería sentir dolor a lo que estaba comenzando a crecer en mi interior. Caminamos hasta el final del puente casi en silencio. Lo miraba de reojo, y descubrí que él hacía exactamente lo mismo. Me hubiera gustado conocer lo que pasaba por su mente en esos momentos, pero tuve que conformarme con sus miradas, que decían más de lo que deseaban.

Durante horas, recorrimos Pitlochry conociendo lugares tan novedosos para mí que no podía evitar fotografiarlos para el recuerdo. Incluso hubo momentos en los que fotografiaba a Caillen cuando él no se daba cuenta.

El día pasó tan rápido que apenas nos dimos cuenta de que la hora de la cena estaba próxima. Ni siquiera recordamos en ningún momento lo que había sucedido en el bar, aunque cada uno pensaba en ellos a veces y al menos yo tenía la sensación de que nos observaban. Sin embargo, intenté disfrutar todo el día lo máximo posible. A medida que se aproximaba la noche, sentía que me iba sumiendo en una profunda tristeza. Por una parte, deseaba con todas mis fuerzas marchar para conocer nuevos lugares de Escocia. Sin embargo, por otra, sentía que si me alejaba de allí sería aún más infeliz que los últimos meses, ya que en un solo día había vivido mucho más de lo que esperaba y había olvidado por completo el motivo de mi viaje. Me sentía tan a gusto con Caillen que no quería que desapareciera de mi vida para siempre. Había conocido aspectos tan contradictorios en él que deseaba quedarme para conocerlo a fondo y ver su verdadero corazón, no lo que mostraba al mundo.

No obstante, mi visita a Pitlochry estaba llegando a su fin, y con él se quedaba una parte de mi corazón que era demasiado grande como para seguir viviendo sin ella durante el resto de mi vida.

Caillen me acompañó hasta la puerta del hotel. Lo veía cejijunto durante todo el rato, y apenas cruzaba un par de palabras. Al parecer, estaba tan sumido como yo en sus pensamientos, y una gran parte de mí deseaba ser yo la que ocupara su mente. Lo miré a la cara. Quería grabar ese momento en mi retina para siempre y no olvidarlo jamás. Él me devolvió la mirada. Ambos nos encontrábamos parados en mitad de la acera totalmente solos debido a la intensa lluvia que caía desde hacía varios minutos. Nuestras ropas comenzaban a mojarse y pesar más de lo normal, pero ni siquiera notaba en mi piel el frío que calaba mi ropa. Los deseos de llorar eran demasiado fuertes, pero no quería mostrar debilidad ante Caillen. Este me miraba intensamente, y paseaba sus ojos desde los míos hasta mis labios, y vuelta a

empezar.

Tragué saliva, pero no pude articular palabra, ya que sentía mi garganta como si estuviera seca y no pudiera mover la lengua. Finalmente, para evitar una larga despedida, carraspeé y alargué la mano abierta para estrecharle la suya.

—Gracias por enseñarme Pitlochry, lo he pasado genial.

Caillen miró mi mano y la cogió sin dejar de mirarla. Para mi sorpresa, se la llevó a los labios y depositó un suave beso en ella, como si temiera romperla. Después me miró a los ojos y asintió.

—Ha sido un verdadero placer, Vera.

Un relámpago nos iluminó, seguido de un trueno. Miré hacia el cielo y no pude ver la mueca de disgusto y tristeza que cruzó el rostro de Caillen en ese momento.

—Parece que la noche se pone fea —susurré.

—Es normal en este tiempo —se alejó de mí un par de pasos y dijo—: Espero que disfrutes de tu viaje.

Y sin decir más, se dio media vuelta y se alejó. Yo me quedé completamente parada en el sitio, calada hasta los huesos y con un temblor que nada tenía que ver con el frío, sino con la amarga despedida que acababa de tener con Caillen. Sin poder aguantar más, dejé salir las lágrimas que luchaban por mezclarse con el agua de lluvia que mojaba mis mejillas.

—Adiós —susurré mientras mi mirada seguía fija en el camino por donde había desaparecido Caillen.

Sentía como si me hubieran arrancado el corazón. Hacía meses que esa sensación había aparecido dentro de mi ser, aunque tenía la sensación de que

en ese momento era más fuerte que entonces. Una presión en el pecho me ahogaba. Respiraba con dificultad al tiempo que rememoraba los momentos vividos desde mi llegada a Escocia. Un simple choque me había cruzado en el camino de Cailen, y fue un encuentro tan fuerte que sentía descarrilar los cimientos que había intentado levantar de nuevo en mi vida.

Respiré hondo, llenando mis pulmones de ese intenso olor a tierra mojada que flotaba en el ambiente. Quería calmarme antes de entrar de nuevo en el hotel y, cuando por fin logré hacerlo, di media vuelta y me interné cuanto antes de mi dormitorio.

En cuanto mis pies tocaron la habitación, me desnudé y me dirigí a la ducha para entrar en calor. Tiritaba tanto que la mandíbula había comenzado a dolerme. Cuando el chorro caliente empezó a mojar mi piel, me relajé poco a poco. Mis músculos comenzaron a desentumecerse y pude respirar con tranquilidad.

Recogí todas mis cosas para tenerlas preparadas a primera hora de la mañana, que era cuando salía mi tren hacia Inverness. Estaba nerviosa y el espíritu del viaje volvió a mí, haciéndome olvidar ligeramente el recuerdo de Cailen de mi mente.

Capítulo 5

Durante gran parte de la noche tuve pesadillas horribles que no pude recordar cuando me desperté. Eché un vistazo a través de la ventana y vi que aún era de noche, por lo que miré el reloj de mi móvil para saber la hora que era. Suspiré cuando vi que aún eran las cinco de la mañana. Aún quedaban unas horas más de sueño, pero la tormenta que había desatada fuera era tan intensa que los rayos iluminaban toda la habitación, y los truenos me impedían dormir.

Me aproximé a la ventana y vi un reguero de agua que corría por la calle. Me sorprendió ver que las luces de las farolas tintineaban a medida que la tormenta descargaba su furia sobre Pitlochry. En ese momento, tuve un mal presentimiento que me mantuvo despierta el resto de la noche. Me abrigué con una manta y me senté en la silla que había al lado de la ventana y allí dejé pasar las horas. Un pensamiento se había instalado en mi interior haciéndome creer que el viaje estaba próximo a llegar a su fin, y la tormenta desde luego no ayudaba a pensar lo contrario.

Bebí algo de agua para despejarme e intenté descansar lo máximo posible antes de que los primeros rayos de sol comenzaran a aparecer por el

horizonte. Suspiré cuando por fin se hizo la luz. La tormenta había pasado y, por lo poco que pude ver por la ventana, descubrí que había causado demasiados estragos, ya que un árbol próximo al hotel había caído y varias ramas cortaban algunos tramos de calle.

Me cambié de ropa con prisa y recogí mis cosas. Bajé hasta la recepción y durante un segundo anhelé que Cailen se encontrara allí como el día anterior. Sin embargo, mis deseos no fueron cumplidos y en recepción no había nadie más que el dueño, que me saludó con una sonrisa.

—¿Ha disfrutado de su estancia? —me preguntó.

—Por supuesto.

—Estoy seguro de que la veremos más veces por Pitlochry.

Lo miré sin entender y me guiñó un ojo. Le sonreí a pesar de que no sabía a qué se refería, pero no quería indagar más, ya que me daba pena dejar el pueblo. La luz tintineó sobre nosotros y miré hacia arriba.

—Ha estado así durante toda la noche. Incluso ha habido varios cortes de luz.

Un pensamiento negativo regresó a mi mente.

—¿Y esto podría hacer que no salieran los trenes?

Lo vi encogerse de hombros.

—Puede ser. No sería la primera vez que ocurriera, ya que al estar la luz así podría irse en cualquier momento y parar los trenes.

En mi rostro se reflejó una profunda preocupación. Si los trenes no salían hacia sus destinos, podría quedarme sin viaje. Y encima había pagado todos mis hoteles en España. No podía perder el tren por nada del mundo.

—Tranquila —me dijo al ver mi preocupación—. Seguro que todo está bien.

Asentí e intenté simular una sonrisa, aunque solo logré dedicarle una mueca indescifrable.

Firmé los papeles antes de mi marcha y, tras un desayuno rápido, cogí mi maleta y me marché rumbo a la estación de tren.

Cuando salí a la calle, lo primero que me vino a la mente fue la imagen de Caillen en ese mismo lugar despidiéndose de mí. Sentí un nudo en la garganta, pero miré hacia adelante y crucé la calle. Miré hacia todos lados y me llamó poderosamente la atención que las calles estaban vacías. No sabía si era por la tormenta o porque aún no habían abierto las tiendas. Sentí un escalofrío por la soledad. A pesar de que estaba segura de que no ocurriría nada, había algo en mi interior que me hacía estar alerta ante cualquier persona o ruido extraño.

Caminé con rapidez. Aunque aún quedaba media hora para la salida del tren, prefería estar esperando en la estación y acompañada a estar por la calle completamente sola y con esa sensación tan escalofriante. Caía una lluvia fina, aunque no calaba la ropa y a lo lejos podían escucharse aún los truenos que se habían alejado de Pitlochry. Me dirigí por el mismo camino que había tomado cuando llegué al pueblo y acorté la distancia por el cementerio y un camino estrecho que había en la parte trasera de las casas.

El ladrido de algunos perros fue el único sonido que me acompañaba, además del ruido que hacían las maletas al rodar por el suelo. A lo lejos vi el cartel que indicaba la llegada a la estación de tren. Apreté el paso para llegar cuanto antes y cuando estuve ante la puerta de entrada, un cartel llamó mi atención. Estuve a punto de no leerlo, pero como llevaba tiempo de sobra me paré en seco.

Mi corazón comenzó a latir con fiereza tras leerlo y releerlo una y otra vez. No podía ser. Sentía que mis piernas temblaban ante lo que mis ojos veían. Para confirmar lo que indicaba el cartel, entré casi corriendo en la estación. No había nadie en la taquilla comprando billetes, por lo que el hombre que trabajaba allí me atendió enseguida.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó amablemente.

—He leído en el cartel que hoy no saldrán los trenes en toda Escocia.

—Efectivamente —contestó tras un chasquido con la lengua—. La tormenta ha afectado notablemente en los generadores de luz de todo el país y no podrán salir los trenes hasta que se solucionen los problemas.

Las manos me temblaban sobre el mostrador. No podía creer mi mala suerte. Perdería el dinero pagado por todos los hoteles y no me los reembolsarían a pesar de ser una causa de fuerza mayor.

—Pero tengo que llegar a Inverness hoy mismo.

—Lo siento, señorita. Puede buscarse otra forma de viaje —había cambiado el tono y ahora se mostró más seco.

Resoplé enfadada. Le di las gracias y salí de la estación. Miré desilusionada las vías del tren con la vana esperanza de que apareciera uno de ellos rumbo a Inverness y pudiera subir en él. Sin embargo, el silencio fue lo único que contestó a mi plegaria. Bajé los escalones y volví a arrastrar las maletas por el mismo camino hacia el hotel. Esperaba que nadie hubiera ocupado la habitación que había tenido este par de días y pudiera quedarme al menos un día más hasta que todo volviera a funcionar con normalidad.

Caminaba arrastrando los pies y mirando al suelo. Ni siquiera escuchaba el sonido cansino de las maletas por el suelo, solo escuchaba mis propios pensamientos maldiciendo la tormenta de la noche anterior. Me paré durante

unos momentos y me pasé la mano por la cara. Comenzaba a sentir un creciente dolor de cabeza y estaba segura de que iría a más a medida que pasaran las horas si no se solucionaban pronto los problemas en la red eléctrica.

De repente, vi salir a alguien del final de la valla de una de las casas. Al principio solo fui consciente de su sombra, pero cuando levanté la mirada y lo reconocí mis piernas pararon en seco. Me quedé petrificada al verlo. Un escalofrío me recorrió la espina dorsal y sentí auténtico pánico. Nunca antes había tenido esa sensación dentro de mí. Era algo nuevo, pero sabía lo que era. Tenía ante mí a Patrick Campbell, el chico con el que habíamos tenido un encontronazo en el bar la mañana anterior.

Me miraba en silencio con una sonrisa sádica en los labios. Llevaba la misma ropa del día anterior y apenas había modificado su actitud durante ese día. Se mostraba altivo y peligroso, conocedor de que en ese momento tenía la sartén por el mango, ya que yo estaba completamente sola e indefensa.

Tragué saliva y di un paso hacia atrás. Sostenía las maletas con fuerza, ya que temía que me las robara, pero no fui muy lejos. Mi espalda chocó contra un muro que parecía ser de piedra, pero que no era más que el otro compañero que lo acompañaba el día anterior, Robert.

Solté las maletas. Estaba dispuesta a dejarlas allí y perderlas para salir corriendo en busca de ayuda, pero ambos me habían cercado, impidiéndome salir de ese camino. Sabía que gritar para pedir ayuda sería imposible porque nadie me escucharía. Sin duda, habían acertado en su elección para acorralarme.

—¿Qué queréis? —les pregunté intentando aparentar una calma que no tenía.

Patrick sonrió aún más y se aproximó a mí. No quería dar la espalda a

ninguno de los dos, pero si quería mirarlo a él, debía girarme.

—¿Qué pasa, preciosa, tu novio te ha dejado sola?

Me miraba con una intensidad que me repugnaba. Sus ojos recorrieron mi cuerpo de arriba abajo deteniéndose en ciertas partes de mi anatomía, lo cual incrementaba el asco que me daba.

—Mira, no sé qué tienes con Caillen, pero no es asunto mío. Trátalo con él y a mí déjame en paz.

Negó con la cabeza al tiempo que chasqueaba la lengua y se acercaba demasiado a mí. Di un paso hacia atrás y volví a sentir contra mi espalda el pecho de Robert. Al instante, quedé a una corta distancia de ambos.

—No. Podría darle una paliza y matarlo, pero tengo ante mí un bocado más apetecible y que le hará más daño que unos huesos rotos.

Sentía una opresión en el pecho que me impedía respirar con normalidad. Intenté ver alguna vía de escape, pero no podía salir de allí. El pánico se apoderó de mis músculos, impidiendo que pudiera moverme para escapar.

De repente, sentí las manos de Robert en mi cuerpo. Una de ellas me sujetaba de la cintura mientras que la otra se posó en mi boca para ahogar el grito de auxilio que estaba a punto de salir de mi garganta. Intenté liberarme por todos los medios, pero Robert tenía demasiada fuerza para mis músculos agarrotados. Patrick acortó la distancia que lo separaba de nosotros y comenzó a manosear mi cuerpo. Sentí una arcada que fue sofocada por la mano que aprisionaba mi boca. Lancé mis manos contra la cara de Patrick y logré arañarle la cara. Este lanzó una exclamación al tiempo que se separaba de nosotros para comprobar el hilillo de sangre que le recorría la mejilla.

Me miró asombrado por mi proeza, y yo aproveché la oportunidad para lanzarle una patada a la pierna de Robert, pero calculé mal y no logré mi

objetivo. En ese instante, Patrick volvió a la carga y cerrando los dedos contra la palma de la mano, me dio un puñetazo en el estómago que me cortó la respiración durante unos segundos.

Robert me soltó y caí al suelo como si de una muñeca de trapo se tratase, intentando recuperar una respiración normal. Durante unos instantes, perdí el enfoque de la vista y no vi venir una patada a mi costado. Lancé un grito de dolor y me retorcí en el suelo.

—Sinclair va a pagar muy caro lo que nos hizo.

—Puede ser —escuché una voz familiar—, pero tú desearás no haber nacido.

Desde el suelo, levanté la vista y vi aparecer a Caillen. La expresión de su rostro me sorprendió ya que parecía estar poseído por una furia que era incapaz de controlar. Lo vi levantar el puño y estrellarlo sobre la cara de Patrick. A mis oídos llegó el sonido del hueso al romperse, y al instante, un torrente de sangre salió por su nariz. Este gritaba con rabia intentando detener la hemorragia, momento que aprovechó Robert para lanzarse contra Caillen, que lo recibió con golpes y patadas hasta que lo hizo sangrar. Finalmente, como pudieron, ambos corrieron calle abajo lanzando maldiciones y amenazas a Caillen, aunque este no hizo caso y corrió hacia mí para ayudarme a levantar del suelo.

—¿Estás bien? —el tono de su voz reflejaba la preocupación que sentía en su interior.

Me hubiera gustado responder afirmativamente, pero tenía cortes en la cara que me escocían a rabiar y que no sabía cómo me los había hecho, además de una fuerte presión en el costado que, por un momento, creí que me habían roto un par de costillas.

No fui capaz de contestar, tan solo negué con la cabeza y dejé salir las lágrimas que habían llegado a mis ojos debido al miedo y al dolor.

—Déjame que te ayude, por favor.

Sin embargo, me solté de sus manos con furia. Lo miré con ojos llorosos y le dije:

—Déjame en paz. Ya has hecho bastante.

Se acercó de nuevo a mí para intentar sostenerme, ya que apenas podía mantenerme totalmente erguida.

—Lo siento, jamás querría que te hicieran daño. Te lo juro.

El tono de su voz se suavizó y lo miré a los ojos. En ellos descubrí lo que sentía en ese momento y dejé caer todas mis defensas. Vi que tenía tanto miedo como yo y que sufría por verme en ese estado y no haber llegado antes para evitarlo. Acepté su ayuda y volvió a pasar su mano por mi cintura para sostenerme.

—Ven a mi casa y te curaré esas heridas.

—Vale —acepté—. Perdona que te haya hablado así. No quería hacerte daño.

—Tienes razón, es culpa mía. Te he involucrado, y eso era lo último que quería.

Lo vi coger mis maletas con la mano que le quedaba libre y me condujo con delicadeza hasta su casa. Los viandantes que comenzaban a salir a las calles nos miraban extrañados y sorprendidos, pero yo bajé la mirada al suelo y olvidé que estaban a nuestro alrededor.

Caillen estaba también sumido en sus pensamientos. Caminábamos en

completo silencio, tan solo roto por el cántico de los pájaros y los coches. El camino hacia su casa se me hizo eterno a pesar de que se encontraba a poco más de cinco minutos del lugar en el que me había encontrado.

Sentía su mano sobre mi cintura con tanta seguridad que no temía caer al suelo de nuevo. Además, guiaba mis pasos con ternura, como si temiera romperme en cualquier momento. Cuando llegamos a su casa, nos dirigimos hacia el salón. Apenas logré fijarme en la decoración, pero todos los muebles eran de estilo moderno y blancos. Me ayudó a sentarme en el sofá y se alejó de mí para echarme un vistazo.

—Espera aquí, voy a por algo para curarte las heridas de la cara.

Asentí y lo vi dejar a un lado mis maletas. Sus pasos se alejaron de allí y eché un vistazo a mi alrededor. Era una casa realmente preciosa. Se notaba la mano de una mujer en la decoración y supuse que su madre había sido la artífice de aquello antes de morir. Me sorprendió no ver una televisión en el salón, pero supuse que la habría en otra estancia de la casa. Las estanterías de mi alrededor estaban repletas de libros de diferentes temáticas.

A los pocos minutos, Caillen volvió a aparecer en el salón y traía con él unas gasas, algodón y agua oxigenada. Se sentó en silencio a mi lado y se dispuso a limpiarme las heridas.

—No hace falta que lo hagas. Me encuentro mejor y puedo hacerlo sola.

Caillen negó en rotundo mirándome a los ojos.

—Esto es culpa mía y soy yo quien debo hacerlo.

A pesar de que imprimió en sus gestos todo el cariño, no pude evitar una mueca de dolor cuando el algodón tocó mi rostro. Se tomó su tiempo para curarme y supuse que evitaba a toda costa hablar para no tocar el tema, pero yo ya estaba cansada de esperar y necesitaba respuestas a todo lo sucedido.

—¿Por qué tienes problemas con Patrick Campbell?

Caillen respiró fuerte y me quitó la mirada con rapidez.

—No puedo contártelo.

—No se lo voy a contar a nadie.

Caillen sonrió ligeramente.

—No es por eso.

Lo observé durante unos momentos y vi que se debatía consigo mismo. Una parte de él deseaba contar lo que le ocurría, lo que le preocupaba y llevaba sobre sus hombros desde hacía tiempo. Sin embargo, en sus ojos vi reflejado un miedo atroz que jamás pensé que guardaba en su interior. Parecía un niño que no tenía nada ni nadie a quien dirigirse en caso de tener problemas. Hasta ahora había visto su parte chulesca, pero no me había detenido a comprobar qué había bajo esa capa de rufián.

Caillen carraspeó y finalmente levantó la mirada.

—El día que cumplí quince años Patrick contactó conmigo. Yo era muy rebelde y al parecer era perfecto para el trabajo que me ofreció. Nunca quise saber nada de la empresa de mis padres y en ese momento creí que era lo mejor que podría encontrar. Ganaría dinero fácil y trabajaría poco, así que acepté sin dudar.

—¿Y qué tendrías que hacer?

—Ayudaría a Kendrick Scott, su jefe, a pasar droga a Pitlochry. Al principio lo vi sencillo, pero a medida que pasaba el tiempo, la policía se dio cuenta de que nos traíamos algo entre manos, por lo que quise dejarlo antes de que me pillaran y me encarcelaran.

Caillen calló durante unos segundos. La voz parecía habersele quebrado y apretaba las manos con tanta fuerza que los puños se quedaron blancos.

—Un par de días después mis padres murieron en un extraño accidente de coche. El día de su entierro se acercó a mí uno de sus hombres y me dio una carta en la que me explicaban que ellos eran los responsables del accidente. Querían que siguiera con ellos, pero lo dejé completamente. Me advirtieron que me matarían a mí también si iba a la policía y contaba todo.

—¿Y tu jefe no ha vuelto a molestarte?

—No.

Fruncí el ceño extrañada y sentí lástima por él. No podía ni imaginar el dolor que había tenido que soportar desde la muerte de sus padres. Sin embargo, había algo que no llegaba a entender...

—Pero Patrick dijo en el bar que les robaste algo.

Caillen sonrió y se hinchó de orgullo.

—Bueno, cuando me enteré de que la muerte de mis padres fue por su culpa, me colé una noche en su guarida y robé unos papeles importantes que lo incriminaban con la llegada de la droga al pueblo. Lo detuvieron y lo encarcelaron. Robert y Patrick se quedaron sin trabajo y desde entonces me tienen esa inquina a pesar de que se libraron de la cárcel.

—¿Y por qué ellos no fueron a la cárcel?

—No dije sus nombres.

—¿Y aún habiéndoles hecho un favor te siguen odiando?

Caillen asintió en silencio.

—¿Y si ese hombre sale a la calle?

—La policía me pondría vigilancia.

Asentí en silencio, pero no me sentía capaz de articular palabra. Me había quedado de piedra con el relato. Incluso había llegado a olvidar el dolor del costado. Caillen me miraba y esperaba algún tipo de reacción por mi parte. Sin embargo, estaba tan anonadada que solo pude bajar la mirada. Era un relato que parecía pertenecer a una película de serie B, no obstante, era tan real que Caillen había sufrido demasiado por ello.

—Ahora me gustaría hacerte una pregunta —su voz me sacó de mis pensamientos, lo miré y esperé la cuestión—. ¿Ahora sí tienes miedo?

Sonreí y le palmeé la pierna varias veces.

—Hace falta mucho más para acobardarme.

Me devolvió la sonrisa y no me quitó ojo de encima.

—¿Qué hacías cerca de la estación tan temprano? —pregunté para cambiar de tema.

—Me había enterado del corte de suministro a la red ferroviaria y me imaginé que te quedarías en el pueblo.

—¿Fuiste a buscarme? —la sorpresa en mi rostro era evidente.

Caillen asintió incómodo y se removió en el asiento. Lo vi levantarse y aproximarse a la ventana, dándome la espalda. Se cruzó de brazos y miró a través de ella con un entusiasmo fingido.

Me eché a reír por su actitud y aquello llamó su atención, puesto que me miró de reojo con el ceño fruncido.

—¿Y por qué fuiste? —el carácter se me había vuelto a animar y no resistí las ganas de picarlo.

Caillen se tomó su tiempo para contestar y, finalmente, cuando yo ya había perdido la esperanza de que me contestara, dijo:

—Porque había pensado llevarte yo mismo a Inverness.

Su respuesta me dejó de piedra. ¿En serio? ¿Se tomaría tantas molestias solo para que yo no perdiera gran parte de mi viaje? Agaché la mirada en silencio para que no viera las lágrimas que asomaban en mis ojos. Me parecía un detalle demasiado bonito por su parte y no sabía si debía aceptarlo. Me enterneció tanto ese gesto que no sabía cómo interpretar lo que sentía dentro de mí. Tal vez estuviera cogiéndole cariño por su forma de ser o por haber tenido el detalle de enseñarme Pitlochry o por haberme salvado de Patrick, pero estaba segura de que había algo más por lo que estaba tan contenta por su ofrecimiento, y tenía miedo incluso de pensarlo por si al final volvía a sufrir como hasta entonces.

—¿Lo dices en serio?

La verdad es que la sola idea de pasar más tiempo con él me atraía de tal manera que no quería dejarlo pasar. No me importaba conocerlo de apenas un par de días, pero había conocido más de él en este poco tiempo que de mucha gente que conocía de toda la vida y luego me habían apuñalado por la espalda. Me apetecía tirarme a la piscina y si la encontraba vacía, ya hallaría la manera de limpiar y curarme las heridas.

Caillen se giró lentamente y me miró de lado. El color de su mirada me volvió a atrapar y creí sumergirme en un mar que parecía estar tan lleno de dudas como el mío propio. Asintió muy serio y esperó pacientemente a que pensara su propuesta. Sin embargo, no tenía nada que pensar y le dije:

—De acuerdo, pero con una condición.

Caillen levantó las cejas sorprendido.

—Que me acompañes no solo a Inverness, sino que me enseñes los mejores lugares de Escocia.

Sonrió y aceptó el trato.

—Será un placer...

En su mirada volví a ver ese brillo especial que tenía desde que lo conocí, además de un aire pícaro que me encandilaba. Además, había arrastrado las palabras de tal manera que parecía haber como una amenaza implícita en ellas, aunque no llegué a comprenderlo del todo.

—Pero primero necesitas reponerte de los golpes.

Fruncí el ceño al tiempo que negaba con la cabeza. Intenté levantarme, pero de nuevo apareció el dolor del costado. La respiración se me cortó sin poder evitar una mueca de dolor. Sin embargo, mi obstinación era mayor que el dolor y lo intenté de nuevo.

—No hace falta que me demuestres algo. No nos vamos a ir hasta que no hayas descansado un poco.

—Si nos quedamos, perderé la reserva del hotel. Y no estoy dispuesta a ello.

Haciendo caso omiso del dolor, me levanté finalmente y, aunque no pudiera estirar mi cuerpo del todo, me encaré a él para dar más intensidad a mis palabras, aunque por su cara deduje que más bien le hice gracia...

—Siéntate y dame diez minutos para cambiarme y hacer la maleta.

Sonreí agradecida y le pedí que se diera prisa, pues estaba deseando abandonar Pitlochry y recorrer con él las carreteras de Escocia en busca de aventuras y nuevos recuerdos felices que añadir a mis pensamientos.

Capítulo 6

Después de media hora de preparativos, Caillen y yo montamos en su magnífico coche deportivo de color negro y nos dirigimos hacia el norte. Reconozco que estaba realmente nerviosa, incluso más que antes de tomar el avión que me traería a este maravilloso país. Sentía que estaba viviendo una verdadera aventura, ya que creí antes de venir que al viajar sola llegaría a aburrirme, sin embargo, me alegraba haber chocado con Caillen aquel día en Edimburgo y habernos vuelto a cruzar en nuestros caminos. Parecía que el destino quería que pasáramos unos días juntos y nos conociéramos más, aunque había momentos en los que temía a ese destino.

Caillen hablaba animadamente y me contaba anécdotas vividas en algunos lugares que visitábamos antes de nuestra llegada a Inverness. Por lo que me contaba, había vivido muchísimo a pesar de tener la misma edad que yo, y no pude evitar un sentimiento de culpa al haber pasado gran parte de mi vida casi encerrada en casa debido a la importancia que le había dado a mis estudios en aquellos momentos. Sin embargo, eso me animaba aún más a vivir ese viaje como si fuera el último y a disfrutar todo lo que me había perdido en gran parte de mi juventud.

Bajé la ventanilla y, a pesar del frescor del día, disfruté al sentir sobre mi cara el aire puro de las montañas. Me agradaba mucho la compañía y el lugar en el que nos encontrábamos. Las montañas nos rodeaban y apenas había tráfico en la carretera. El otoño teñía de un color especial la hierba y los árboles, que brillaban con las gotas que aún sostenían sus hojas desde el día anterior. Las tonalidades amarillas y verdosas se fundían unas con otras dotando a las montañas de un colorido espectacular.

Cailen me miraba constantemente para ver mis reacciones ante lo que nos cruzábamos en el camino. Durante un momento, nos vi como cualquier pareja de novios que va a pasar un fin de semana a la montaña para desconectar. En ningún momento, dábamos la sensación de habernos conocido hacía unos días y que solo me acompañaba en mi viaje porque no había trenes que me llevaran a mi destino. Y eso, en lugar de provocarme pánico, me atrajo como nunca lo había hecho.

El dolor que me habían producido los golpes había desaparecido poco tiempo después de salir de Pitlochry. No sé si porque estaba pendiente de otras cosas y había olvidado por completo el mal rato pasado con Patrick, pero estaba disfrutando como nunca.

Cuando llegamos a Inverness, comimos en un restaurante cuyo dueño era español y le mostré a Cailen la buena comida española. Recorrimos la ciudad y los monumentos más interesantes de la misma. Antes de dirigirnos finalmente al hotel para descansar. Los pies me dolían horrores de la caminata que llevábamos en el cuerpo, pero estaba pletórica por todo lo que mis ojos habían visto y mi cámara había fotografiado sin cesar.

Cuando por fin estuvimos frente al hotel, saqué de mi bolso el resguardo de la reserva, sin embargo, deseaba cambiarla antes de que nos dieran la habitación. Mientras Caillen aparcaba y sacaba las maletas, me dirigí a recepción para intentar hacer el cambio, ya que la habitación que había pedido era de una sola cama.

—Buenas tardes, tengo una reserva para este hotel.

—Buenas tardes —dijo cogiendo el papel que había dejado sobre el mostrador—. Sí, efectivamente, aquí aparece su reserva.

En ese momento, Caillen apareció a mi lado, sobresaltándome por la llegada.

—Me gustaría cambiar la habitación, puesto que ahora no viajo sola.

El recepcionista torció el gesto y, antes de que hablara, ya me dio a entender que eso sería imposible.

—Ya veo que viaja con su novio, pero tenemos todas las habitaciones repletas y no podemos hacer cambios.

Apenas fui consciente de las últimas palabras, ya que solo me había quedado con lo primero: «su novio». Volví a sentir como si un gusanillo me recorriera el cuerpo, instalándose en mi estómago y provocándome náuseas y mareo por la emoción. Volví a la realidad al instante, aunque Caillen se me adelantó y alargó la mano para coger la llave que nos ofrecía el recepcionista.

—No se preocupe, señor —dijo—. Muchas gracias por su preocupación.

Lo miré asombrada y la verdad es que un poco malhumorada. Fui tras él, ya que se dirigía con paso firme al ascensor y lo aferré del brazo para detenerlo.

—Espera un momento. Podemos cancelar la reserva e ir a otro hotel.

—¿Por qué?

—Para pedir una habitación con dos camas.

Caillen rió a carcajadas y me miró de arriba abajo.

—Intentaré resistirme, Vera... Aunque va a ser difícil.

No supe si sentirme halagada o indignada. La verdad es que me sentía de ambas formas, pero me callé para no demostrarle lo que comenzaba a sentir por él y me adelanté a él para tomar el ascensor.

Al instante, pude sentir el cuerpo de Caillen justo detrás, tan pegado a mí que el corazón comenzó a latirme con fuerza.

—¿Y tú, podrás resistirte?

No contesté, ni jamás hubiera podido contestar a semejante pregunta. Yo tenía claro que no, pero no deseaba que él lo supiera. ¿Cómo iba a poder resistirme a dormir con Caillen en la misma habitación y en la misma cama? ¡Imposible! No podía pensar con claridad. Ni siquiera sabía a qué sentimientos me tendría que enfrentar. Las manos me sudaban copiosamente y las piernas me temblaban sin parar. Caillen sabía el efecto que provocaba en mí y me dijo al oído.

—Creo que no podrás resistirte.

Apreté las manos con nerviosismo y miré hacia otro lado. No quería que viera el sonrojo de mis mejillas.

—Tienes tu ego demasiado alto —le dije.

Caillen se encogió de hombros y se subió al ascensor cuando este se abrió para nosotros. Después entré yo y me situé delante de él, dándole la espalda. Esperé pacientemente a que subiera a la décima planta, pero a mitad de

camino, Caillen me agarró de la cintura y me sobresalté, pero aún me sorprendió más lo que hizo a continuación. Me empujó contra la pared y sentí toda su anatomía contra mí. Me sorprendió apreciar que su entrepierna estaba dura. Un intenso calor me recorrió el cuerpo. Pude sentir que una gota de sudor recorría mi espalda al tiempo que Caillen aproximaba su boca a la mía y la dejaba a tan solo unos centímetros de distancia.

Mi cuerpo deseaba que Caillen acertara la poca distancia que había dejado entre los dos y me besara con pasión. Quería sentir esa fama de apasionados de la que gozaban los escoceses. No obstante, vi que solo me miraba a los ojos mientras frotaba su cuerpo contra el mío.

—¿Y tu resistencia es tan alta como mi ego? —me preguntó en un ronroneo.

Deseaba que así fuera, que mi resistencia jamás se viera por el suelo, pero era tan alto mi deseo por él que no sabía si lograría resistirme a pesar de intentar mostrar confianza en mí misma.

No logré contestar nada. Tenía la garganta completamente seca y me resultaba imposible formular una respuesta coherente. El perfume de Caillen entraba por mi nariz, nublando mis sentidos como nunca nadie había logrado.

El pitido del ascensor al llegar a la décima planta nos devolvió de nuevo a la realidad. Caillen se separó de mí al tiempo que se abrían las puertas para nosotros. Un grupo pequeño de hombres estaba esperando al otro lado del ascensor. Todos dirigieron sus miradas a mi rostro, que seguramente estaba totalmente rojo por el momento vivido con Caillen. Los miré desorientada, como si aquello no fuera conmigo, pero Caillen, en un momento, agarró mi mano y me sacó del ascensor al ver que no reaccionaba para salir de allí. Me dejé llevar por su mano y en un minuto nos encontramos frente a la gran puerta de nuestra habitación.

Sentía en mi interior una maraña de nervios que no me dejaban pensar con claridad. No me podía imaginar cómo iba a dormir esa noche con mi cuerpo pegado al de Caillen e intentar resistir mis ganas de estrecharlo contra mí.

Respiré hondo mientras él abría la puerta de la habitación. Un olor intenso a limpio nos dio una bofetada antes de entrar. Con paso vacilante me interné en la estancia detrás de Caillen, que había entrado antes al ver que yo no reaccionaba. No pude evitar sorprenderme por la increíble habitación que tenía ante mí. Parecía una suite de que las que siempre había visto fotos en internet y jamás pensé disfrutar. Esta constaba de un pequeño salón donde había una barra americana dividiendo el espacio en el que me encontré por sorpresa un frigorífico. Al igual que en Pitlochry, nos habían preparado un calentador de agua y unas tazas para el té. Me adentré aún más y vi un baño muy amplio con una bañera que comenzó a reclamarme para calmar el dolor de mis huesos. Me sonrojé al ver el dormitorio. Una amplia cama reposaba en medio de este, además de un armario pequeño justo al lado de la ventana. Todo el suelo estaba enmoquetado y sonreí al quitarme los zapatos y poder caminar descalza sin sentir frío.

—Voy a darme un baño —le dije a Caillen, que se había sentado en un sillón mientras observaba la ciudad desde esa perspectiva.

Lo vi asentir en silencio y, con premura, me dirigí hacia el baño. Abrí el grifo y dejé salir el agua fría hasta que por fin un intenso vapor comenzó a salir. Me desnudé tranquilamente y me miré en el espejo de cuerpo entero que había tras la puerta. Divisé unas marcas en mi costado y deduje que serían los moratones que habían provocado las patadas de Patrick. Recé para que se me quitaran pronto y así olvidar ese incidente cuanto antes.

Me sumergí en el agua y suspiré agradeciendo la calma que llegó a mi

cuerpo en ese momento. Me dejé envolver por las burbujas que cubrían toda el agua y me relajé. Desde allí no se escuchaba nada más que un sonido lejano de los coches. Me dejé llevar por el agua durante más de quince minutos y cuando estaba a punto de salir, la puerta del baño se abrió de repente.

Volví a meterme en el agua con prisa antes de que Cailen viera mi desnudez, pero fue tarde, ya que lo vi mostrar una sonrisa pícaro en los labios.

—Me he preocupado porque has tardado mucho —dijo lentamente.

Era la peor excusa que había escuchado en mi vida. Y, de hecho, si me hubiera encontrado en otra situación, me habría hecho gracia, pero estaba desnuda en una bañera a la que gran parte de la espuma se había esfumado.

—Pues ya has visto que estoy bien. Puedes irte.

Lo vi apoyarse en la pared y cruzarse de brazos en actitud desafiante.

—¿Estás segura de que no necesitas ayuda?

—Totalmente.

Le señalé la puerta para que se fuera, pero permaneció en el sitio mirándome. No logré descifrar qué podría estar pasando por su cabeza, aunque la avidez con la que sus ojos me devoraban me decía mucho más que unas palabras.

—No —dijo con el ceño fruncido—. Creo que será mejor que me quede por si me necesitas.

—¿Cómo? —volví a señalarle la puerta—. Vete, por favor, me estoy quedando fría.

—Si quieres, puedo darte calor.

Cuando vi que se separaba de la pared suspiré aliviada. Me daba vergüenza que me viera en esa situación, aunque si hubiera sido al contrario, habría disfrutado de lo lindo al verlo completamente desnudo. Cuando creí que se marchaba, lo vi cerrar la puerta y quedarse dentro. Después se volvió con una sonrisa y se quitó la camiseta, dejando unos segundos para que yo fuera consciente de sus intenciones.

—No, no y no —para darle énfasis a mis palabras, hice el mismo gesto con el dedo para negar la idea que se había surgido en la mente—. No te vas a meter conmigo.

—¿Estás segura?

Al instante, se bajó los pantalones, quedándose en calzoncillos. Un intenso sofoco me atacó el pecho al ver la fortaleza de sus muslos. Se desnudaba despacio deleitándose con el sonrojo que se había instalado en mis mejillas. Intentaba no mirarlo, pero mis ojos se deslizaban hacia su anatomía completamente ajenos a mi voluntad. Me di cuenta de que balbuceaba sin llegar a emitir sonido alguno. Y la verdad es que no era para menos. Solo había tenido la oportunidad de verlo sin camiseta, pero ahora, casi desnudo, era aún más viril de lo que me imaginaba.

Sentí unas palpitaciones en mi entrepierna. Apreté los puños y me clavé las uñas en la carne para intentar sacar de mí esos sentimientos, pero debía estar hecha de otra pasta para no disfrutar con lo que tenía ante mis ojos.

Caillen se aproximó a la bañera y, cuando llegó a mi altura, sin dejar de mirarme a los ojos, dejó caer sus boxers, quedándose completamente desnudo ante mí. Yo no sabía a dónde dirigir mi mirada. A mi derecha, tenía un magnífico ejemplar de hombre y frente a mí y a mi izquierda estaba únicamente la fría bañera. Habría que ser tonta para no elegir la primera

opción. Sin embargo, una sensación de vacío e incomodidad me invadió dejando fluir en mi mente los recuerdos de los últimos meses y lo mal que lo había pasado tras la ruptura. Sin saber qué hacer, opté por la decisión más sensata y, a pesar de estar tan desnuda como él, me levanté casi de un salto de la bañera, agarré la toalla y salí del baño dando un portazo.

—Será mejor que me vaya —dije en un susurro apenas audible antes de abandonar a Caillen.

Necesité apoyarme contra la pared. Sin entender por qué me encontré respirando con dificultad, como si hubiera corrido kilómetros para salir del baño. Había disfrutado con el cuerpo de Caillen, pero mi mente no quería caer de nuevo en las garras de una relación que estaba avocada al fracaso a pesar de que mi corazón sentía algo completamente diferente.

Capítulo 7

Tal y como me esperaba, pasé casi toda la noche en vela. Tan solo conseguí dormir unos pocos minutos antes de que el alba se abriera paso en un nuevo día. No estaba segura de si Caillen había logrado vencer al sueño o se había quedado dormido, ya que apenas escuchaba su respiración y no se había movido durante toda la noche.

Una parte de mí se sentía mal con él, ya que parecía que lo había rechazado, sin embargo, había otra parte que me decía que había hecho lo correcto.

Nos levantamos al mismo tiempo. Caillen lo hizo con tanto silencio que pensé que estaba enfadado conmigo y me dejaría allí en Inverness para regresar a su casa en Pitlochry. Sin embargo, durante el desayuno se mostró tal y como era, y apenas quedaba rastro del incidente del día anterior en el baño de la habitación. Yo actué de la misma manera, aunque la tristeza había invadido de nuevo mi corazón al tener todo el rato en la mente los meses anteriores. Estaba segura de que Caillen sabía que me ocurría algo, pero se mostraba respetuoso y no deseaba meterse a pesar de que sus ojos no se separaban de los míos en todo momento.

—¿Está muy lejos de aquí el castillo Eilean Donan? —le pregunté para romper la incomodidad que sentía.

Cailen torció el gesto.

—Bueno, depende de cuánto quieras estar en carretera. En algo más de una hora estaríamos allí si quieres ir.

Me encogí de hombros. La verdad es que no me importaba que estuviera tan lejos. Era un castillo muy famoso y no podía irme de Escocia sin verlo, y esa era la mejor oportunidad que tendría para visitarlo.

—No pasa nada. Quiero ir a verlo.

—De acuerdo —comprobó que yo ya había terminado mi desayuno y se levantó—. ¿Nos vamos?

Asentí ilusionada y me levanté de mi asiento. Vi que me cedía caballerosamente el paso y me adelanté a él para llegar cuanto antes al aparcamiento donde nos esperaba el coche de Cailen.

—Oye —le dije—, quiero pagarte lo que estás haciendo por mí. Ya han restablecido la luz en los trenes y podrías volver a Pitlochry.

—¿Quieres que vuelva?

Sus palabras sonaron a una mezcla entre enfado y sorpresa. Por eso, me adelanté a contestar enseguida para evitar que se sintiera indignado.

—La verdad es que me lo estoy pasando mejor de lo que esperaba —le dije con sinceridad—. Viajar sola es más aburrido.

—Entonces prefiero seguir.

Asentí agradecida y le sonreí. Él me sostuvo la mirada durante unos segundos y después volvió los ojos hacia la carretera. Me sentía afortunada

por tenerlo conmigo, ya que estaba segura de que si hubiera viajado sola, todo sería diferente.

El viaje resultó bastante ameno. Estaba totalmente hipnotizada con las historias que me contaba Caillen del Lago Ness y del castillo. Las Tierras Altas me enamoraron a medida que cruzábamos por ellas. La carretera estaba desierta, apenas un par de coches iban en dirección contraria a la nuestra. Eso me permitía disfrutar aún más del viaje, sin ruidos, sin estar pendiente de nada más que de disfrutar y atender las explicaciones de mi acompañante.

Antes de internarnos en las montañas, Caillen se desvió de la carretera y se dirigió hacia un camino que se internaba en un bosque.

—¿A dónde vamos? —le pregunté intrigada.

—Quiero que veas una de las mejores vistas de esta zona de Escocia.

Sonreí y miré hacia adelante intentando divisar desde allí el lago Ness. Ante nuestros ojos apareció ese imponente y famoso lago, cuyo «monstruo» había dado la vuelta al mundo. Me maravillé con la tranquilidad y el sosiego que transmitía aquel lago.

Nos bajamos del coche y, enseguida, me aproximé al agua. Miré a nuestro alrededor y vi que estábamos solos. De hecho, el ruido de la carretera se escuchaba demasiado lejano, lo cual le daba un aspecto aún más misterioso al lago. Miré hacia nuestra izquierda y vi que el castillo que acabábamos de atravesar quedaba demasiado lejos de nosotros y el ruido de los visitantes no llegaba.

—Es precioso —le dije a Caillen, que se había mantenido totalmente callado durante todo el rato.

—Me alegra saber que te gusta, aunque aún no lo has disfrutado del todo.

Me giré hacia él, y solo me dio tiempo a ver sus manos aproximándose a mí para empujarme y tirarme al agua. Trastabillé con una piedra y caí al agua con gran estruendo. En ese momento, sentí como si miles de cuchillos me atravesaran el cuerpo. En esa época del año el agua estaba tremendamente helada y la sentí como si estuviera a bajo cero.

Cuando asomé la cabeza, lo primero que escuché fue la risa de Cailen en la orilla, que se carcajeaba sin vergüenza de mi casi estado de hipotermia.

—¿Está fresquita?

—¡Pero se puede saber por qué has hecho eso! —me aparté el pelo de la cara con enfado.

No podía creer que me hubiera tirado a propósito al agua y, para colmo, se riera de mí. Intenté salir del agua con presteza, pero mi ropa se había empapado de agua y pesaba muchísimo, dificultándome la salida y sumiéndome en el agua, no obstante, con fuerza conseguí nadar hasta la orilla.

—No me hace falta tu ayuda —le dije con ironía—. Estoy bien, gracias.

Por fin logré salir del agua y me escurrí la ropa. Lo miraba de reojo con el ceño fruncido. Él seguía riéndose, aunque ya más calmado. De repente, lo vi quitarse la ropa poco a poco.

—¿Se puede saber qué haces? —le pregunté con el corazón latiendo deprisa.

Me dedicó una sonrisa y terminó por quitarse totalmente la ropa.

—Me solidarizo contigo.

Miré hacia otro lado intentando aparentar calma y el enfado que hasta hacía unos segundos tenía, pero la visión de su cuerpo musculoso desnudo

era demasiada tentación y me llamaba en silencio para que desviara la mirada hacia él.

Tragué saliva con fuerza y casi me atraganté con ella cuando lo miré de nuevo. Como si no sintiera el frío del agua, poco a poco se metió en ella hasta cubrirse por completo.

—Para que veas que yo también me mojo por ti.

—Por mí como si te ahogas —le dije en voz alta para que me escuchara desde su posición.

—No digas eso, a ver si Nessie me va a comer.

—No caerá esa breva —contesté con una sonrisa.

—¿Y qué harías entonces perdida en medio de la montaña?

—Cogería las llaves de tu coche y me iría. Además, si te traga, no habría cuerpo, por lo que no podrían incriminarme.

Se rió por mi ocurrencia.

—¡Eres mala!

Asentí muy seria.

—Y tú gilipollas.

Me dedicó una sonrisa que me enamoró aún más y después me dio la espalda. Mientras yo me quitaba la chaqueta y el jersey para intentar secarme un poco lo vi nadar adentrándose en el lago y alejándose de mí varios metros. Durante unos segundos, sentí miedo, ya que me encontraba indefensa en medio del lago Ness y sin posibilidad de ayuda, pues por esa carretera parecía no pasar nadie, al menos en esa época del año. Cailen tenía razón, aunque no estaba dispuesta a darle a entender que tenía toda la razón. ¿Qué haría yo sola

en medio de aquel lugar con una lluvia que volvía a caer sobre nosotros y sin saber qué tipo de animales vivían en las montañas?

Miré a mi alrededor y vi que no había nadie. Después volví a dirigir mi mirada a Caillen, que se había alejado tanto de mí que estaba segura de que no podría oírme si le gritaba en busca de ayuda.

Chasquéé la lengua y me crucé de brazos. La verdad es que estaba segura de que dentro del agua hacía más calor que fuera con ese viento que me estaba dejando completamente helada. Deseaba coger las llaves y adentrarme en el coche para que el viento helado no me congelara. Sin embargo, decidí esperarlo y caminé de un lado a otro sin mirarlo, tan solo siendo consciente del sonido de los pájaros y el agua que apartaba Caillen a su paso para seguir nadando.

Durante unos momentos, cerré mis ojos y me concentré en la naturaleza. El hecho de vivir en la ciudad me impedía disfrutar del campo como a mí me gustaría, respirar su frescor y pureza. Sonreí cuando unos ligeros rayos de sol se filtraron entre las nubes y me dieron directamente en la cara. Aunque fuera en menor medida, calentaron ligeramente mi piel helada y mis huesos, devolviéndome el color original ligeramente bronceado del verano que acabábamos de abandonar.

Pasados varios minutos, volví a abrir los ojos y tuve que fruncir el ceño porque la luz me molestó un poco. Miré a mi alrededor y comprobé que no se escuchaban ruidos. Observé el agua y no vi aparecer a Caillen. Supuse que estaría buceando o buscando algo dentro del agua. Sin embargo, pasaron los segundos y Caillen no aparecía. Su ropa seguía cerca de mis pies, por lo que no había tenido oportunidad de salir sin que lo escuchara y marcharse, dejándome allí.

Con el corazón en un puño, me adentré poco a poco en el agua. Tenía

razón. Estaba más caliente que el aire de fuera. El corazón me palpitaba de auténtico terror. Sabía que había hecho mal con desearle que se ahogara y ahora me sentía fatal al no verlo aparecer entre las aguas del lago Ness. Nadé lo más deprisa que pude hasta el último lugar donde lo había visto bañarse. Tomé aire y me sumergí en las gélidas aguas del lago, sin embargo, no logré ver nada a mi alrededor, tan solo hojas que eran llevadas de un lado a otro con las corrientes internas del agua o por el movimiento de mis manos intentando nadar y mantenerme a flote hasta encontrar a Caillen.

Miré desesperada una vez más a mi alrededor intentando adivinar las ondas que se producían en el agua cuando la movía, pero, sin contar las mías, el agua estaba completamente quieta.

—¡Caillen! —vociferé.

Intenté hacer el menor ruido posible para intentar adivinar algún sonido que me indicara que estaba cercano a mí.

Se me hizo un nudo en la garganta al comprobar que estaba completamente sola, sin embargo, tenía que ser fuerte. Se lo debía a mi compañero de viaje, que muy amablemente y sin esperar nada a cambio me había llevado hasta allí. Volví a internarme en el agua, pero no conseguí ver nada.

—¡Caillen! —volví a gritar desesperada.

Sentía que las lágrimas pugnaban por salir y recorrer mis mejillas. ¿Qué podía hacer para socorrerlo? Podría llamar a la policía, pero cómo iba a explicar mi situación. En esas me encontraba cuando, de repente, sentí una caricia en mi pierna que desapareció al instante. Me giré asustada, ya que me había dado la sensación de que un animal me había tocado.

—Vera, el monstruo no existe —me dije a mí misma intentando

convencerme.

Desesperada por la desaparición de Caillen y por el pánico que me dio cuando sentí aquella cosa contra mi pierna, intenté nadar hasta la orilla para buscar desde allí una solución a mi problema. ¿Acaso aquella cosa había matado a Caillen y ahora iba a por mí? En mi delirio, estaba comenzando a creer que ese monstruo realmente existía o que había alguna otra cosa bajo esas aguas que parecían ser tan tranquilas.

De nuevo, algo rozó mi costado y grité asustada. Intenté nadar desesperadamente, pero, de repente, sentí unos brazos fuertes alrededor de mi cintura que me pararon en seco, impidiéndome seguir nadando.

—¡No!

Me revolví, pero no lograba soltarme cuando, al segundo, la cabeza y cuerpo de Caillen salieron de entre las aguas. Respiró fuertemente para llenar sus pulmones de aire, ya que había pasado demasiado tiempo bajo el agua.

—¿Qué pasa, me echabas de menos? —me preguntó con una sonrisa.

—¿Lo has hecho a propósito? —no daba crédito a lo que veían mis ojos.

Caillen sonrió y me apretó aún más contra su cuerpo desnudo, logrando sentir contra mi cuerpo la dureza de su entrepierna, que, a pesar del frío, parecía tener vida propia.

—¡Eres un imbécil! —intenté apartarle las manos y soltarme, pero fue en vano.

—Sí, pero te has vuelto a meter en el agua por este imbécil —dijo con orgullo hinchando el pecho.

—¡Has jugado con mis sentimientos! Pensé que te había ocurrido algo.

—Lo del monstruo son tonterías.

—No me refería al monstruo, sino que te hubieras enganchado en algo o... no sé —intenté explicar mientras me recuperaba del susto—. Y luego me has acariciado bajo el agua. No sabía qué coño era.

—Bueno, si los monstruos del lago se comen a mujeres tan sexys como tú, creo que yo también me voy a venir a vivir aquí.

Después escuché su risa y, al instante, me soltó. Se alejó unos metros de mí para aproximarse a la orilla. Entorné los ojos intentando buscar una manera para vengarme. No estaba dispuesta a dejar ese tema zanjado y que se fuera de rositas después del enorme susto que me había dado.

Llené mis pulmones con todo el aire que podía y fingí que algo me había atrapado el pie y me sumergía. Después, volví a aparecer y de nuevo simulé que algo me llevaba a las profundidades del agua. Fingí la mejor cara de susto que jamás había puesto y levanté mi mano derecha hacia él para pedir ayuda.

—¡Caill...!

Volví a sumergirme y tardé algo más en salir a la superficie. En ese momento, vi que el rostro de Caillen cambiaba de la risa a la preocupación y se lanzó hacia mí. Antes de que mi mano se sumergiera en el agua, Caillen la cogió y tiró de mí para sacarme a la superficie. Cuando mi cabeza emergió, no pude contener las risas al ver su rostro demudado en nerviosismo.

—¿Pero qué...? —comenzó preguntando Caillen.

No obstante, cuando este se dio cuenta de que había caído en su misma trampa, relajó el rostro y suspiró con tranquilidad.

—Sí que te preocupas por mí, Caillen Sinclair.

Comencé a nadar hacia la orilla y escuché que él hacía lo mismo, pero me detuvo y me obligó a mirarlo. Sentí su mano alrededor de mi cintura y un intenso calor me invadió, impidiéndome sentir el viento gélido que soplaba a nuestro alrededor.

—Joder, Vera. No vuelvas a hacer eso —dijo en un susurro sin dejar de mirar mis labios.

—Tan solo has bebido de tu propio veneno. No lo hagas tú tampoco.

Estaba tan cerca de mí que tuve la necesidad de unir mis labios a los suyos, pero después de lo que acabábamos de vivir creí que no era el mejor momento para besarlo. Nos miramos durante unos minutos que parecieron eternos y en los que nos hicimos promesas de que encontraríamos el momento propicio para ello.

—Eres diferente, Vera, muy diferente.

Me encogí de hombros y, antes de nadar de nuevo hacia la orilla, le dije:

—¡Qué pena que no vayas a conocerme a fondo! —le dije haciendo alusión al fin de mi viaje.

—Ya veremos, Vera, ya veremos —escuché que decía para sí mismo, pero logré oírlo con claridad.

Sonreí y por fin alcancé la ansiada orilla. El viento volvió a dejarme sin aliento por el frío que hacía y me abracé a mí misma para entrar en calor.

—En mi coche tengo una manta —me dijo Cailen cuando me alcanzó.

—¿Ah, sí? ¡Qué previsor! —me burlé de él.

—Uno nunca sabe cuándo se bañará en un lago.

—Seguro que esta bromita se la has hecho a muchas chicas —no sabía

por qué, pero una parte de mí se puso celosa al pensar que otra chica había vivido algo semejante con Caillen.

—Esta es la primera vez. Yo no tiro a damiselas al agua.

—¿Y yo qué soy, el monstruo? ¿Por eso querías devolverme al agua?

Mi ocurrencia hizo reír a Caillen, que se quedó sin aliento.

—Claro, he visto lo fea que eras y he querido librarme de ti en el agua.

—Pues no te ha salido muy bien el plan —le seguí el rollo con una sonrisa.

Caillen se encogió de hombros.

—Ya tendré otra ocasión.

—Puede ser...

Nos secamos con la manta que, efectivamente, había dentro del maletero. Después, secamos como pudimos nuestra ropa dentro del coche con la calefacción encendida. Aún húmeda, me la puse. No pude evitar sonreír recordando el momento vivido en el lago. Reconozco que me lo había pasado genial y había disfrutado como nunca a pesar del frío que nos helaba los huesos y las expectativas más que probables de tener el primer resfriado de la temporada de invierno.

Tras más de una hora de risas en el lago Ness, por fin nos volvimos a poner en marcha y recorrimos los pocos kilómetros que quedaban hasta el castillo entre bromas. No sabía cuánto tiempo había pasado cuando logré ver a lo lejos el impresionante castillo Eilean Donan. Me quedé prendada de su belleza al instante, y estaba segura de que aquello se me notaba en la cara, ya que Caillen no dejaba de mirar la expresión de mi rostro a medida que nos aproximábamos al aparcamiento. Lo vi fruncir el ceño al comprobar que no

había más coches además del suyo. La verdad es que a mí también me extrañó porque, por lo que tenía entendido, era uno de los castillos más visitados de Escocia.

—¿Qué ocurre? —le pregunté un tanto desilusionada.

—Me parece que está cerrado.

Mis sospechas se confirmaron, dejando que la decepción ganara camino en mi viaje.

—Joder. Hemos venido para nada.

Caillen me miró con una sonrisa y bajó del coche. Antes de cerrar me dijo:

—¿Estás segura?

Salí del coche y lo seguí expectante.

—¿A dónde vas? —le pregunté mientras me acercaba a él.

—No nos vamos a ir de aquí sin ver el castillo.

—¿Cómo? —me sorprendí.

Se volvió hacia mí y me agarró la mano. Tiró de mí hasta llegar a la valla. Lo vi saltar y girarse hacia mí tendiéndome la mano para ayudarme a hacer lo mismo.

—¿Estás loco? Es delito.

—Venga, Vera, no pasa nada por colarnos.

No sabía qué hacer. Por una parte, deseaba fervientemente entrar en él, pero, por otra, no debíamos colarnos en el castillo si estaba cerrado.

—¿Qué pasa, tienes miedo? —me picó.

—No, es solo que...

—Venga, gallina —me dijo con una sonrisa que me atrapó—. Será divertido.

Finalmente, me convenció no solo su mirada, sino también el nerviosismo de hacer algo que era ilegal por primera vez en mi vida. Salté la valla y corrimos a través del puente que nos conectaría con el castillo. Apenas soplaba el viento y el canto de los pájaros se escuchaba demasiado lejos. El silencio nos arropaba y nuestros pasos no se escuchaban.

Caillen me condujo a través de uno de los dos caminos que rodeaban el castillo hasta llegar a la que parecía ser la puerta de entrada: un gran portón de madera que parecía infranqueable.

—Está cerrado. No podemos entrar —insistí una vez más.

—¿Tienes una horquilla? —me preguntó sin hacer caso a mis palabras.

—Sí.

Me la quité del pelo y vi, con asombro, cómo abría la puerta en un abrir y cerrar de ojos. No dejaban de asombrarme las cosas que descubría de Caillen, aunque en lugar de asustarme, me hacían sentir viva por primera vez en mi vida.

Un chasquido se escuchó cuando la cerraja cedió y la puerta se abrió para darnos paso. Las bisagras chirriaron ligeramente, pero fue el único sonido que logramos escuchar. Caillen se giró hacia mí con una sonrisa que me animaba a seguir, aunque si éramos pillados, no quería imaginarme lo que podría sucedernos. No obstante, mi corazón latía con tanta fuerza que me empujaba a seguir adelante y ver el castillo en una ruta única. Sentía la

adrenalina por mis venas y no podía parar.

Cuando alcanzamos el vestíbulo, Caillen se dio la vuelta y con aire solemne me señaló una de las puertas:

—Señorita, detrás de esa puerta se encuentra el gran salón del castillo.

No pude aguantar la risa y ambos nos carcajamos al tiempo que nos dirigimos hacia todas y cada una de las habitaciones. Reconozco que había ciertas zonas en las que, debido al silencio y la soledad, se apoderaba de mí un ligero desasosiego, pero Caillen me acompañaba y apenas se separaba de mí.

Era un castillo muy acogedor que no tenía nada que ver con otros en los que la frialdad era el único acompañante. Parecía ser una vieja casa escocesa de piedra junto a un lago, pero la enormidad del castillo me devolvía al lugar en el que nos encontrábamos.

—En la zona de arriba hay dormitorios —dijo Caillen.

Lo vi dirigirse a las escaleras y comenzó a subirlas. Yo reparaba en todos y cada uno de los cuadros que colgaban de las paredes, así como otra decoración de época que representaba lo que había sido la vida en el castillo.

—Hay una leyenda sobre el castillo que cuenta que en él hay un fantasma de tu país —me miró de reojo.

—¿En serio?

—Totalmente. Al parecer, es un soldado que luchó junto a los escoceses contra los ingleses.

Le dediqué una sonrisa y levanté una ceja.

—Los escoceses no sabéis qué inventar para atraer a la gente.

Caillen se encogió de hombros y dijo:

—A ti no te he contado ninguna historia y te atraigo a rabiar.

Me quedé parada en el sitio. ¿Tan evidente era o es que no sabía disimular lo que sentía por él? Desde que lo conocí intenté ocultar que me atraía como nunca nadie lo había hecho, pero no pensé en ningún momento que se había dado cuenta. Solo tonteaba con él de la misma manera que él lo hacía conmigo. ¿Podría Caillen sentir lo mismo por mí? Deseaba preguntárselo con todas mis fuerzas, pero lógicamente no me atrevía a hacerlo.

Carraspeé y seguí mi camino sin contestar. Pasé por el lado de Caillen y no me atreví a mirarlo a pesar de que sabía que él estaba esperando una respuesta por mi parte. Cuando lo rocé, creí escuchar su voz, aunque era un susurro apenas audible:

—Quien calla otorga.

El pasillo por el que andábamos era muy amplio y bastante largo. Numerosas puertas a ambos lados del mismo nos indicaban los dormitorios en los que hacía años habían sido alojadas varias personalidades.

Cuando estaba a punto de llegar al final del pasillo, la mano de Caillen tomó la mía y tiró con tanta fuerza de mí que estuve a punto de caer al suelo de no ser porque con la otra mano me sujetó por la cintura. Abrió de golpe una de las puertas y me introdujo sin miramientos dentro de ella. Antes de saber lo que ocurría, me sentía indignada por el trato, por lo que me giré hacia él y le dije:

—¿Se puede saber qué coño haces? —casi chillé.

—Shhh.

Caillen acortó la distancia que nos separaba y puso una mano contra mi

boca. Después me empujó contra uno de los armarios empotrados que había en el dormitorio y, tras abrir la puerta, entramos en él.

Yo no entendía que pasaba. Al principio pensé que se trataba de algún tipo de juego para darle más morbo a nuestra visita al castillo, pero comencé a escuchar pasos por el pasillo que se aproximaban hacia donde nos encontrábamos. Fruncí el ceño asustada y sentí que mis piernas temblaban de pánico. ¡Nos habían pillado! Estaba segura de ello. Comencé a respirar con dificultad, miré a Caillen, que estaba tan expectante como yo a los pasos que escuchábamos.

Me miró y se llevó un dedo a los labios para pedirme silencio y bajó la mano que mantenía aún en mi boca. Yo me limité a asentir e intentar discernir el camino que llevaban los pasos. Durante un momento, nuestros corazones debieron de pararse al mismo tiempo que los pasos justo frente a nuestra puerta.

—Aquí no hay nadie —oímos una voz ruda al otro lado de la puerta.

Al instante, los pasos comenzaron a sonar de nuevo, alejándose de nuestra posición y dejando que pudiéramos respirar con tranquilidad. Suspiré con alivio y fue entonces cuando fui consciente de nuestra situación. El armario era un lugar demasiado estrecho, especialmente para la anatomía de Caillen, cuyo cuerpo estaba totalmente pegado al mío.

Lo vi levantar la mirada hacia mí. En ese momento, fui consciente también de que sus manos estaban en mi cintura. Comencé a notar un intenso calor en mi cuerpo. La adrenalina del momento provocó que no hiciera caso de mis pensamientos, sino de lo que sentía mi corazón. Nuestras miradas se cruzaron y ambos intentábamos alejarnos de lo que podía ocurrir en ese momento, pero no logramos conseguirlo.

Caillen subió las manos y acarició mi cuerpo con suavidad. Yo suspiré de

placer y fue en ese momento cuando me dijo:

—No sé tú, pero yo no puedo resistirme.

Antes de que me diera tiempo a archivar las palabras había acortado la distancia y unido su ardiente boca a la mía. Me mostré sorprendida, pero enseguida me uní a ese beso que estaba deseando desde que lo conocí. Subí mis manos a sus hombros y me apoyé en ellos, ya que mis piernas temblaban tanto o más que la primera vez que besé a alguien. Lo atraje aún más a mí si eso era posible y lo besé con pasión desmedida. Caillen profundizó el beso y apretó sus manos sobre mi cadera.

Gemí profundamente debido al deseo que ardía dentro de mí. Necesitaba más que un simple beso, y se lo hice saber a Caillen cuando levanté mis piernas para colocarlas alrededor de su cadera. Él llevó sus manos a mis nalgas y las apretó con deseo. Poco me importaba que estuviéramos dentro de un armario en un castillo en el que nos habíamos colado y había un vigilante que podría pillarnos. Solo pensaba en deshacerme del calor que me recorría el cuerpo y terminaba en mi clítoris.

—Te deseo, Vera —dijo antes de morder mi cuello.

—Hazme el amor, Caillen. Te necesito —le susurré.

Empujó la puerta del armario y me llevó sin descanso hacia la cama, donde reposaban unas sábanas que parecían tener años de antigüedad, pero que poco nos importaban en ese momento. Me depositó sobre ellas con suavidad, como si temiera romperme y aprovechó ese momento para quitarse la camiseta con rapidez. El deseo nos recorría sin descanso y no podíamos parar hasta que no nos saciáramos por completo.

Yo también me desvestí con prisa, intentando hacer el menor ruido posible para que el vigilante del castillo no nos escuchara. Reconozco que me

daba aún más morbo hacer el amor con la perspectiva del peligro. Mis sentidos estaban nublados por la pasión y el cuerpo de Caillen, que por fin podía verlo completamente desnudo ante mí. No sentí vergüenza por que viera mi cuerpo desnudo, aunque no pude evitar sonrojarme cuando analizó mi anatomía al dedillo con una intensa mirada que encendía a cualquiera.

—Eres preciosa —dijo antes de cubrirme con su cuerpo y volver a besarme.

Gemí de placer cuando sentí contra mí la dureza de su pene. Empujé mis caderas contra él para sentirlo más de cerca, pero Caillen no deseaba penetrarme aún. Acariciaba mi cuerpo sin vergüenza, deteniéndose en la redondez de mis pechos, cuyos pezones se pusieron erectos al contacto de su mano caliente. Lancé un suspiro de placer cuando comenzó a jugar con su lengua contra ellos, a rozarlos y chuparlos como nunca nadie lo había hecho.

Llevé mi mano hacia su pelo, interné mis dedos entre su cabellera y apreté la cabeza contra mí para evitar que dejara su contacto. Sin embargo, Caillen bajó aún más la cabeza hasta alcanzar mi vientre, donde dejó un rastro de besos hasta que por fin bajó hacia mi pubis.

Eché la cabeza hacia atrás cuando la lengua juguetona de Caillen llegó a mi clítoris y comenzó a succionarlo con fuerza. El placer que sentí fue indescriptible. Apreté las sábanas con fuerza ante esa delicia de lengua hasta que, sin esperarlo, acabé con un gemido sofocado por la mano de Caillen. De no haber sido por ese gesto, estaba segura de que el encargado de la seguridad me habría escuchado y habría vuelto a comprobar qué pasaba.

Mi corazón latía con fuerza y subía y bajaba el pecho ahogadamente. Caillen cubrió mi cuerpo sin darme un segundo de descanso y, dándome un beso, me penetró lentamente, permitiendo que sintiera el calor que invadía su entrepierna. Parecía como si una barra candente entrara dentro de mí,

proporcionándome un placer indescriptible. Comenzó a moverse lentamente, saboreando cada milímetro de mi piel. Me besaba con suavidad al tiempo que sujetaba mi cadera contra las sábanas.

Mis manos lo acariciaban primero con suavidad y después con desenfreno. No podía parar. Era tanto placer el que me proporcionaba que comencé a acelerar el ritmo para que me embistiera con más rapidez.

—Me encantas, Vera —dijo contra mis labios.

Yo le respondí con un beso intenso hasta que sentí que, tras un par de embestidas más, terminó dentro de mí con un gemido ahogado por mi propia boca que también estuvo a punto a punto de lanzar un suspiro al terminar con él.

Caillen estuvo unos minutos dentro de mí, arrojándome con su musculoso cuerpo mientras ambos recuperábamos la normalidad de nuestras respiraciones. A los pocos minutos, Caillen se retiró de mí y se tumbó a mi lado. Lo miré con una sonrisa y le dije:

—Al final has sido tú el que no te has resistido...

—No he visto que pusieras mucha resistencia...

Me encogí de hombros y me levanté acariciando su cuerpo y admirando su virilidad. Me sonrojé cuando dirigí la mirada hacia su entrepierna y comprobé lo bien dotado que estaba. Caillen se rió de mí, pero no hice caso. Me vestí ante su atenta mirada que volvía a devorar mi cuerpo con sus ojos. Aproveché esa oportunidad para volver a enloquecerlo y me contoneé ante él mostrándole lo que acababa de probar. Segundos después, volví a sentir sus ávidas manos sobre mi cuerpo, pero se las retiré con calma, recordándole que podíamos ser descubiertos por el vigilante.

Caillen aceptó a regañadientes, aunque no sin dirigirme una amenaza en

toda regla.

—Me guardo esta para la próxima ocasión.

Sonreí dándole la espalda y le contesté:

—¿Estás seguro de que va a haber una segunda oportunidad?

Lo miré de reojo y lo vi acercarse a mí por la espalda. Pasó sus manos por mi cintura y me empujó contra él. Después aproximó la boca a mi oído y me dijo con voz ronca:

—No te quepa duda. Querrás repetir...

Y tanto. Nunca antes había quedado tan satisfecha después de hacer el amor. Caillen era un amante excelente, pero el miedo que me asaltaba desde que lo conocí volvió a la carga con más fuerza, recordándome el daño sufrido y advirtiéndome de que podía salir quemada si jugaba con ese fuego. No obstante, era demasiado tarde, ya me había quemado...

Capítulo 8

Cuando terminamos de vestirnos, Caillen se asomó al pasillo para comprobar que allí no había nadie. Me chistó para que saliera con cuidado y ambos nos dirigimos hacia el otro lado del pasillo donde había otras escaleras. El silencio en el castillo era sepulcral, ni siquiera podían escucharse las pisadas del vigilante que antes casi nos descubrió. Caminábamos pegados a la pared. Caillen me apretaba la mano con fuerza. Ambos estábamos muy tensos, temerosos de hacer ruido en el último momento y ser descubiertos. No quería ni imaginarme dónde podíamos acabar.

Una puerta nos dirigió hacia las escaleras que había fuera del recinto. Caillen la abrió con la misma horquilla de antes y, tras comprobar que el camino estaba libre, salimos despacio. Comprobé que estábamos en el patio interior del castillo, rodeados de numerosas ventanas por las que podría vernos el vigilante. Mi corazón latía con fuerza deseando que lográramos escapar sin ser descubiertos.

Bajamos las escaleras con sumo cuidado.

—Mira dónde pisas —me advirtió Caillen.

Caía una fina llovizna y las piedras estaban muy resbaladizas. Un paso en falso y podríamos caer con gran estrépito. Sin embargo, la lentitud con la que nos movíamos nos permitía pisar con fuerza y no desestabilizarnos por el agua.

Cuando por fin llegamos al patio, el sonido de unas voces nos alertó. Caillen me empujó contra uno de los recodos más cercanos, ya que esa era una buena zona donde esconderse sin ser visto, y me protegió con su cuerpo. Las sombras nos resguardaron y no podríamos ser vistos aunque pasaran ante nosotros.

Las voces fueron aproximándose a nuestro escondite hasta que por fin vimos pasar a tres personas. Una de ellas parecía ser el vigilante del castillo, ya que lo habíamos escuchado con anterioridad, mientras que los otros podrían ser conservadores o visitantes privados. Sin embargo, el gesto que mostraba Caillen en su rostro y el temblor que invadió todo su cuerpo cuando los reconoció provocaron que yo también temblara de miedo. ¿Quién podría ser para causar ese efecto en Caillen? Lo miré y vi que tenía todo su cuerpo agarrotado.

Intenté escuchar la conversación para averiguar de quién se trataba.

—Aquí estarás a salvo. Nadie te buscará en el castillo —dijo el vigilante.

—Eso espero —contestó el otro—. No he escapado de la cárcel para que me encuentren y me enchironen otra vez.

Fruncí el ceño y volví a mirar a Caillen. Una idea espeluznante comenzó a formarse en mi interior, pero hasta que no estuviéramos solos de nuevo no podría comprobar si era cierto o no.

—No voy a parar hasta encontrar a ese malnacido —volví a escuchar su voz.

—Desde aquí podrá llevar a cabo todos sus planes, Kendrick. Cerraremos el ala este del castillo con la excusa de hacer una reforma.

—Confío en su discreción. Estoy seguro de que aún no saben que he escapado y no quiero que sus dedos señalen el castillo.

—Confíe en mí. Nadie sabrá nada.

Dirigí mi mirada hacia ellos y observé con atención al que llevaba la voz cantante. Vestía completamente de negro y caminaba con mucha seguridad, como si todo aquello fuera suyo. Medía alrededor de metro noventa y era tan musculoso como Caillen, aunque en su rostro podía verse el paso de los años. Calculé que podría tener alrededor de cuarenta años y se notaba a leguas que le gustaba cuidarse y mandar, ya que trataba a los demás como si fueran sus súbditos. Llevaba el pelo revuelto y ligeramente más largo de lo normal.

Sus voces se fueron alejando de nosotros y me resultó imposible seguir la conversación. El silencio volvió a invadirnos cuando los tres hombres se internaron al castillo por una de las puertas. Esperamos durante un par de minutos para asegurarnos de que nos habíamos quedado solos y Caillen se alejó unos pasos de mí con el rostro aún demudado por la sorpresa y el terror.

—¿Qué ocurre? —le pregunté en un susurro.

Lo miré preocupada. Respiraba trabajosamente y se le veía asustado, algo que me parecía totalmente impensable en él.

—Será mejor que nos vayamos.

Agarró mi mano en silencio y me condujo hasta la salida. Tuve que apretar el paso, pues él parecía querer correr para abandonar cuanto antes el castillo. Mientras cruzábamos el puente, eché la vista atrás y disfruté de la última visión del castillo más impresionante de Escocia.

Durante unos segundos estuve a punto de quedarme quieta y evitar que Caillen siguiera arrastrándome, pero sabía que lo que ocurría era más serio de lo que pensaba, por lo que lo seguí como pude hasta que conseguimos llegar al coche y alejarnos de allí sin mirar atrás.

Caillen se mantuvo en silencio durante un par de kilómetros. Lo miré y comprobé que estaba tan metido en sus pensamientos que no sabía si era realmente consciente de que estaba conduciendo. Finalmente, mis nervios me vencieron y lo encaré.

—¿Me vas a contar ya qué demonios ocurre?

—Era Kendrick —dijo como si quisiera autoconvencerse.

—¿Es el que te contrató para vender droga?

Caillen asintió al tiempo que apretaba los puños con rabia. Sabía que, además de contratarlo para la droga, había dado la orden de asesinar a sus padres. Mi corazón latía con fuerza y mi cabeza era una maraña de pensamientos que no lograba hilar con coherencia. ¿Qué ocurriría ahora? Una idea vino a mi mente.

—Dijiste que si salía de la cárcel te pondrían vigilancia.

—Sí, pero ya lo has oído. Aún no saben que ha escapado.

—Pero se darán cuenta cuando hagan recuento de presos. No puede estar en la sombra durante mucho tiempo.

—Seguro que ha untado a algún funcionario.

—¿Y si volvemos a Pitlochry y cuentas lo que hemos visto? Te ayudaré.

Caillen negó con la cabeza en silencio. Estaba segura de que su cabeza estaba tan hecha un lío como la mía. Se mantuvo callado durante unos minutos hasta que, por fin, dijo:

—No. Será mejor que nos separemos y regrese solo a Pitlochry.

Levanté la mirada de golpe. Abrí la boca asombrada sin saber qué decir, pero con el corazón a punto de volver a romperse en mil añicos. Apreté los puños con fuerza, no podía creer que volviera a ocurrirme lo mismo.

—¿Qué dices? ¿Por qué nos tenemos que separar? He visto lo mismo que tú y puedo ayudarte.

—No —dijo muy seguro—. Te expondrías al peligro. Es mejor separarnos y no volver a vernos.

—Me niego, Caillen —contesté intentando contener las lágrimas—. Me iré contigo y no podrás impedírmelo.

—Te llevaré a Inverness y volverás al hotel.

—No puedes hacerme esto, Caillen —ya no pude contener más las lágrimas—. No me puedes abandonar ahora.

Miró hacia otro lado y cambió el gesto.

—Mis padres murieron, y tú vas a acabar de la misma manera si sigues conmigo.

Alargué la mano para tocarle el brazo, pero Caillen se soltó de inmediato, dejando mi mano suspendida en el aire.

—Es mejor así.

—Pero lo que ha pasado entre nosotros...

—Eso no es nada —las palabras parecían ir a contrario que sus pensamientos—, un simple polvo, Vera.

Lo miré asombrada. No podía ni imaginar el alcance de sus palabras, ni el daño que había hecho con ellas. ¡Qué tonta me sentía! ¡Un simple polvo! ¿Cómo podía haber dicho eso si ya me había demostrado que sentía algo por mí en la alcoba del castillo? ¿Ya lo había olvidado? Lo miré expresando en mis ojos todo el dolor que sentía en mi corazón. Caillen intentaba evitar mirarme, parecía concentrado en la carretera. Me giré hacia adelante en silencio intentando encontrar una explicación a lo que acababa de escuchar, y me quedé callada la hora que quedaba para llegar a Inverness. No estaba dispuesta a rogar por él y humillarme como lo había hecho con mi ex. Me había prometido a mí misma no hacerlo y, a pesar de que sentía que mi corazón estaba roto, confiaba en mí misma para conseguirlo.

Miraba a través de la ventanilla cuando las primeras casas de Inverness cruzaron ante nosotros. No podía creer que todo acabara de aquella manera antes incluso de haber empezado. Me tragué las lágrimas. No estaba dispuesta a mostrarle más a Caillen mi debilidad. Si no quería estar conmigo y era un «simple polvo», lo mejor era cortar todo de raíz y cada uno por su lado. Ya me encargaría yo de volver a recoger los pedazos de mi corazón.

Llegamos al hotel a media tarde. Recordé la ilusión con la que había abandonado la habitación esa mañana, sin pensar que todo se torcería antes de lo previsto. Caillen dejó el coche aparcado en doble fila para subir

conmigo a la habitación y recoger sus cosas. Desde un rincón lo vi coger sus maletas con prisa y cuando por fin tenía todo listo, me miró por primera vez desde que habíamos dejado Eilean Donan.

—Ha sido un placer conocerte.

Un nudo en la garganta me impidió hablar. Me aproximé a él para estrecharle la mano que mantenía suspendida en el aire a la espera de que yo hiciera lo mismo. Como si fuéramos dos extraños, lo toqué y apreté sin ganas. No quise mirar a ese mar que tenía en los ojos, pues sabía que sería mucho más doloroso despedirme de él para siempre.

—Disfruta de tu viaje. Espero que seas feliz.

Asentí en silencio y me alejé un par de pasos. Le di la espalda y me dirigí a la ventana. Una lluvia intensa caía ahora sobre Inverness. Parecía haber adivinado lo que pasaba dentro de mí, ya que me sentía igual que el tiempo.

Escuché los pasos de Caillen, pero no se alejaban, sino al contrario, se aproximaron hasta quedarse a un par de pasos de mí. No me giré. Continué mirando por la ventana hasta que sentí sus manos sobre mi cintura. Creí escuchar un sollozo, pero no quise averiguarlo. Me crucé de brazos intentando no tocarlo porque temía que, si lo hacía, caería de nuevo en su red.

—Espero que puedas perdonarme —me dijo al oído como solía hacerlo.

Me abrazó por la espalda y no pude evitar romperme en silencio. Después, escuché sus pasos aproximándose a la puerta y el sonido de su maleta. Cuando la puerta se cerró a mi espalda, dejé salir todo lo que sentía y lloré hasta bien entrada la noche. No dejé de maldecirme en todo momento por mi mala cabeza, por haber pensado con el corazón en lugar de hacer caso a mis pensamientos.

—No aprenderás nunca, Vera.

Me abrazaba las piernas sentada en el suelo mientras derramaba un gran torrente de lágrimas. Finalmente, en mitad de la noche, me levanté del suelo y me di una ducha para despejarme y borrar de mi rostro las lágrimas derramadas.

Arrastrando los pies, me dirigí a la cama y allí, poco antes del amanecer, logré conciliar el sueño.

Tuve pesadillas durante las pocas horas que logré dormir un poco, y me desperté aún más cansada que antes de acostarme. Me dolía todo el cuerpo, ya que tenía todos los músculos agarrotados, pero el dolor más profundo era el que tenía en mi corazón. Me había enamorado sin pensarlo ni desearlo y ahora había vuelto a perder.

Durante unos largos minutos estuve pensando si era yo realmente la culpable de lo que me ocurría. Tal vez había hecho algo que le había molestado o mi forma de ser no era la adecuada para una relación de pareja. Sin embargo, yo me tenía por una persona normal, lógicamente con mis manías, pero con Caillen no me había dado tiempo a sacarlas a la luz, por lo que me convencí a mí misma de que no tenía tanta culpa como en un principio había pensado.

Me levanté de la cama después de desperezarme y me dirigí a la ventana. Divisé la ciudad durante unos minutos. El tiempo era tan desapacible como el día anterior y una lluvia fina caía sin pausa. Ese mismo día debía abandonar el hotel y dirigirme hacia mi próximo destino en Escocia. Sin embargo, no deseaba marcharme de allí, ya que tenía la esperanza de que Caillen volviera

a Inverness a por mí y nos fuéramos juntos, por lo que tuve una idea. Llamé a todos los hoteles en los que tenía reservada una habitación y cancelé todas. Estaba dispuesta a quedarme unos días más en Inverness porque estaba segura de que Caillen regresaría.

Bajé a recepción después de vestirme y les pregunté si podría quedarme un par de días más. Al parecer tenían casi todas las habitaciones reservadas, y como favor personal me aceptaron otro par de noches.

—Se lo agradezco de corazón. Es sumamente importante para mí quedarme unos días.

El recepcionista me sonrió y, ya con los planes cerrados, volví a mi habitación para recoger el bolso y marcharme a dar una vuelta por la ciudad y disfrutar de la lluvia. Me crucé con varias personas que se dirigían al comedor a tomar el desayuno, pero yo apenas podía probar bocado, tenía el estómago cerrado por la angustia, que se acentuaba después conociendo de primera mano que el que había asesinado a los padres de Caillen estaba suelto y podía hacerle daño.

Sacudí la cabeza para quitármelo de la cabeza. Caillen ya no era problema mío. Sin embargo, lo quería y no deseaba que le ocurriera nada malo. Suspiré y fui a la maleta para buscar mi chaqueta. En ese momento, alguien comenzó a llamar con insistencia a la puerta de la habitación. Pensé que se trataba del recepcionista para negarme las noches que le había pedido, aunque, por otra parte, mi corazón comenzó a latir con fuerza al creer que se trataba de Caillen que había regresado a por mí. Deseaba con fuerza que fuera esta última opción y no otra diferente.

Nerviosa, me miré en el espejo para ver mi aspecto. Dibujé una sonrisa en mi rostro y me dirigí a la puerta cuando esta volvió a sonar de nuevo. Sin preguntar de quién se trataba, abrí la puerta sin imaginar ni sospechando lo

que pudiera haber detrás y, al instante, mi sonrisa quedó congelada en mis labios. Ante mí tenía a las dos personas que menos esperaba encontrarme, y me miraban con tal intensidad que descubrí lo que querían antes de que abrieran la boca.

Capítulo 9

Mis piernas no me obedecían, ni siquiera mis manos cumplieron la orden que mi cerebro les había mandado para que cerrasen la puerta. Mis ojos saltaban de uno a otro, que me devolvían la mirada con cierto deje de sadismo. Patrick y el que había sido jefe de Cailen estaban ante mí con no muy buenas intenciones.

—Buenos días, preciosa —Patrick arrastró las palabras.

Cuando escuché su voz creí despertar y fue entonces cuando intenté cerrar la puerta de la habitación para ponerme a salvo. Estaba realmente aterrada y quería llamar a la policía para avisarles de que allí estaba el que había escapado de la cárcel. Sin embargo, ya era demasiado tarde y Patrick se interpuso poniendo su pie para evitar que cerrase. Después, empujó la puerta, lanzándome unos pasos atrás por el impacto y desestabilizándome.

Kendrick caminó despacio hacia el centro de la habitación mientras Patrick cerraba tras de sí. En un momento de lucidez y auténtico pánico, me lancé hacia la puerta y pedí auxilio, pero Patrick me atrapó, poniéndome la mano sobre la boca para evitar que emitiera algún sonido.

—¿A dónde crees que vas, putita? —me dijo al oído.

Kendrick sonrió y se aproximó a nosotros.

—¿Creíais que no me iba a dar cuenta?

Lo miré sin entender. Intenté quitar de mi boca la mano de Patrick, pero este apretó aún más, haciéndome daño en la mandíbula.

—Ayer vi el coche de Caillen en el aparcamiento del castillo Eilean Donan —le hizo un gesto a Patrick para que me soltara.

Cuando me vi libre, respiré hondo intentando aparentar calma, aunque me resultaba altamente difícil. Estaba completamente desprotegida y no sabía con exactitud lo que aquellos dos pretendían.

—Todos los que me han jodido han acabado en el fondo de un lago o han tenido un accidente. ¿Crees que Sinclair iba a escapar de rositas?

Tragué saliva y lo miré a los ojos.

—Caillen ya pagó con la vida de sus padres —dije en un hilo de voz.

Kendrick comenzó a reírse. Patrick lo secundó y este me agarró del pelo, echándome la cabeza hacia atrás. Colocó en mi cuello lo que parecía ser una navaja y la apretó contra mi piel.

Gemí de dolor al sentir la punta de la misma cortar ligeramente mi cuello. Después, una gota de sangre se deslizó desde mi garganta hasta mi pecho, perdiéndome entre mi camiseta.

—Por culpa de tu querido Caillen me encerraron en la cárcel —siguió Kendrick—. Y eso deberá pagarlo de nuevo. Sus padres murieron cuando me traicionó y salió de mis filas. Era muy rebelde y habría escalado puestos fácilmente, pero resultó ser un cobarde y prefirió huir.

—Yo no tengo nada que ver con él.

—¿Ah, no? —preguntó Patrick aumentando la presión de la navaja—. Pues las cámaras de seguridad del castillo decían otra cosa. Vimos cómo te lo follabas.

Cerré los ojos avergonzada. ¿Estaría diciendo la verdad o se trataba únicamente de una mentira para conseguir ablandarme? Pegó su pecho a mi espalda y recorrió con su navaja mi pecho hasta el vientre.

—Yo también querría probar lo que le diste a él.

Me solté de él y me alejé de ambos. Los miraba alternativamente intentando pensar cómo podría escaparme de allí sin resultar herida. Las manos me temblaban sin parar. Nunca antes había tenido problemas con nadie y no estaba preparada para lo que se me venía encima con aquellos traficantes de drogas.

—Os habéis equivocado. Caillen no está aquí, así que marchaos.

Les señalé la puerta, pero Kendrick negó chasqueando la lengua.

—Quiero que lo llames y venga a Inverness.

—¿Para qué quieres que venga? —sabía que era una pregunta estúpida, pues me imaginaba cómo acabaría Caillen si se presentaba allí sin la policía.

—Para que pague lo que debe.

Me alejé de ellos aún más negando con la cabeza.

—No pienso llamarlo.

—¿Estás segura? ¿Solo él podrá ayudar a su dama herida?

Fruncí el ceño al escuchar sus palabras. ¿Herida? No entendía a lo que se

refería, pero no me gustaba nada lo que me transmitían sus ojos. Kendrick le dirigió una mirada a Patrick, que la aceptó con un asentimiento. Después, este último me volvió hacia mí y, sonriendo sádicamente, se aproximó lentamente a mí como si fuera un gato a punto de coger a su presa.

Retrocedí lentamente asustada. Ahora comenzaba a entender las últimas palabras de Kendrick. Me tropecé con una silla, pero enseguida enderecé mi cuerpo y seguí retrocediendo hasta que me topé con la pared. En ese momento, vi que Patrick preparaba sus manos y hacía crujir todos sus dedos.

—Por favor, no —le supliqué a punto de estallar en lágrimas.

—Tranquila —puso cara de niño bueno—. Solo te dolerá un poquito.

Intenté sortearlo y correr hacia la puerta, pero me agarró por la cintura y me empujó. Lancé un grito cuando mi hombro chocó contra la pared, pero apenas me dio tiempo a más, pues Patrick me giró hacia él y, cuando estaba a punto de lanzar su puño contra mi costado como en Pitlochry, escuchamos la voz de Kendrick.

—¡No, espera!

Llevé mi mano a mi hombro, ya que un rayo de dolor me atravesaba por completo el brazo. Respiraba con dificultad y la habitación parecía dar vueltas a mi alrededor. Durante unos momentos, creí que perdería el conocimiento por el dolor, pero respiré hondo para llenar mis pulmones y cuando me llené de aire, lo expulsé despacio, logrando restablecerme.

Miré a Patrick, que giró su cabeza hacia Kendrick sin entender lo que quería su jefe. Este extendió la mano hacia mí y me dijo:

—Dame tu teléfono.

—¿Qué? —no entendí su petición.

¿Para qué querría mi móvil ahora? Negué con la cabeza, pero a una señal de Kendrick, Patrick se volvió hacia mí de nuevo y sacó la navaja del bolsillo de su pantalón. La aproximó a mi cuello y me dijo:

—¿Dónde tienes tu teléfono?

Me mantuve callada, mirándolo desafiante, aunque con el cuerpo temblando de arriba abajo.

—Mi paciencia tiene un límite, preciosa.

Patrick dirigió la navaja hacia mi pecho e hizo un corte. Aguanté el dolor apretando los dientes con fuerza. No estaba dispuesta a mostrarle debilidad. No obstante, en ese momento, mi teléfono sonó con fuerza dentro de mi bolso, que estaba en un sillón cercano a la posición de Kendrick.

—Has tenido suerte, preciosa —dijo Patrick en mi oído.

Kendrick corrió a coger el teléfono y comenzó a reír cuando vio el nombre que apareció en la pantalla.

—Vaya, vaya.

Me lo tendió y me dijo:

—Cógelo y contesta.

Con manos temblorosas, acepté el móvil y miré la pantalla. Allí aparecía el nombre de Caillen. Por una parte, deseaba aceptar la llamada y pedirle auxilio, sin embargo, sabía que si hacía lo contrario y contestaba, Caillen volvería para ayudarme y Kendrick lo mataría.

En un acto de locura, rechacé la llamada y tiré el móvil sobre la moqueta. Patrick me dio una bofetada y caí al suelo cerca del teléfono. Sentí en mi paladar el asqueroso sabor de la sangre que manaba de mi labio, pero no me

amedrenté. Me levanté y los encaré:

—Si queréis hacerle daño a Caillen, no contéis conmigo —ni siquiera yo me pude creer la valentía que desprendía mi cuerpo.

—Ya me he cansado —dijo Kendrick abalanzándose contra mí y el móvil. Le pasó este a Patrick y le dijo—: Graba.

Me agarró del pelo y me arrastró hacia el dormitorio. No descubrí sus intenciones hasta que me empujó contra la cama y lo vi abrir la bragueta del pantalón. Intenté apartarme y alejarme de él. Sentí tanto asco que mi estómago se revolvió, provocándome una arcada que casi acaba en vómito. Kendrick me sujetó bien del cuello contra las sábanas. Me faltaba el aire y, cuanto más me revolvió contra él, más me apretaba. Le daba manotazos en la mano para apartarlo, pero su fuerza era mayor y a mí se me iba por momentos. Apenas pude evitar que me quitara la ropa y se saliera con la suya. Sentía que me mareaba y me ardía el cuerpo de dolor. En ese momento, solo en ese momento, fui consciente de que el sueño que me había llevado a Escocia en busca de una nueva vida se había convertido en la peor de mis pesadillas.

Caillen miraba el teléfono extrañado. Sabía que le había hecho daño a Vera y por eso necesitaba escuchar su voz una vez más para intentar explicarse y pedirle perdón a la joven que, sin pensarlo, le había robado el corazón.

Frunció el ceño. Conocía el alcance de su decisión y supuso que Vera no querría saber nada más de él. Se sentó en el sofá de su casa y dejó el móvil

sobre la mesa de té. Quiso esperar unos minutos para volver a llamarla a ver si esa vez conseguía mejores resultados.

Pasó un cuarto de hora cuando su teléfono sonó con dos tonos. Había recibido un mensaje. Cuando vio en la pantalla el nombre de Vera no supo qué pensar. Por una parte, quiso creer que deseaba volver a verlo y escuchar de su boca que lo perdonaba, pero le extrañó que minutos antes le cortara la llamada y justo después le enviara un mensaje. Lo abrió y descubrió que se trataba de un mensaje doble: primero, un vídeo y, después, un mensaje de texto.

Abrió el vídeo con la esperanza de que apareciera Vera dedicándole unas palabras, sin embargo, lo que apareció ante sus ojos fue lo más espeluznante y asqueroso que había presenciado jamás. Las manos comenzaron a temblarle cuando vio aparecer junto a Vera a Kendrick. No podía imaginar cómo la había encontrado, ni siquiera que supiera de su existencia, aunque sospechaba del chivato que le había hablado a Kendrick de ella.

Supuso que los había seguido desde que habían salido de Pitlochry y estaba con Kendrick en el castillo el día anterior.

El móvil se le cayó de las manos cuando vio a su enemigo atacar de la peor manera posible a la mujer que amaba. El sonido de la violación llegó a sus oídos y, en ese momento, solo pudo llevarse las manos a la cara e intentar que parase el vídeo lo antes posible. Sintió que las lágrimas llegaban a sus ojos una vez más. La imagen de sus padres apareció en su mente y ahora Vera sufriría tanto como ellos por la peor decisión que había tomado en su vida.

Se maldijo a sí mismo por haber dejado sola a Vera, desprotegida y tan cerca de Kendrick que parecía habérsela puesto en bandeja. No debió haberse marchado de Inverness ni desligar su camino al de Vera solo porque había

tenido miedo de que le hicieran algo peor que a sus padres. Y acababa de comprobar que, con su marcha, había conseguido precisamente eso. No quería ni imaginar lo que había pasado la joven durante esa violación, y estaba seguro de que antes de eso había más que no había sido grabado.

—Mierda —susurró mientras se secaba las lágrimas con rabia.

Cailen se levantó del sofá. Los nervios se habían apoderado de él y la rabia iba invadiendo su sangre hasta que cogió una jarra de cristal que había pertenecido a su familia y la lanzó contra la pared, haciéndose añicos que se esparcieron por todo el salón.

—¡Joder, joder! —vociferó.

Se llevó las manos a la cabeza desesperadamente. Necesitaba pensar rápido para encontrar una solución cuanto antes y liberar a Vera del lío en el que la había metido. Miró el móvil y lo cogió. Buscó la segunda parte del mensaje intentando no mirar el vídeo de nuevo. Un mensaje de texto se abrió al instante: «Si quieres salvar a tu putita, ya sabes dónde encontrarnos. Nada de polis».

Cailen tragó saliva. Sabía que se refería al castillo de Eilean Donan, donde se guarecía Kendrick desde que escapó de la cárcel. La primera opción que barajó fue avisar al detective que lo había ayudado desde que comenzó todo. Sin embargo, Vera estaba metida en todo esto y no quería perjudicarla aún más, ya que conocía de primera mano cómo se las gastaba aquella chusma.

Con manos temblorosas, tomó la decisión de salir cuanto antes de Pitlochry y dirigirse hacia Eilean Donan Castle. Cogió las llaves de su coche y salió de su casa a toda prisa. Hubiera deseado tener una pistola o algún tipo de arma para hacer frente a Kendrick, pero estaba seguro de que no quería pelear, al menos al principio, sino sacar partido a su relación con Vera y

aprovecharse de ello.

Capítulo 10

Durante más de media hora, me quedé sentada en el frío suelo del hotel. Apenas escuchaba a mis violadores hablar de sus planes para irnos cuanto antes al castillo Eilean Donan. Tan solo había sido consciente cuando volvía a ponerme la ropa y me quedaba tendida en el suelo.

Las lágrimas ya no me salían, parecía que me había quedado seca de tanto llorar, pero aún me quedaban fuerzas para pensar escapar de ellos en cuanto tuviera ocasión. Deseaba que Caillen estuviera conmigo en ese momento. No lo culpaba de lo sucedido, ya que estaba segura de que se sentiría mal cuando conociese todo lo que había ocurrido en aquella habitación.

—Nos vamos cuanto antes, Patrick. Necesitamos tener todo listo para la llegada de Sinclair.

Cuando escuché el apellido de Caillen, levanté la mirada. ¿Había oído bien? ¿Estaba en camino? Sabía que habían enviado el vídeo a Caillen y que, seguramente, ya lo habría recibido y visto. Aunque una parte de mí deseaba que fuera a rescatarme, otra muy diferente quería que huyese y se librara del final que, de seguro, le habría preparado Kendrick por su traición. Ya encontraría yo la manera de escapar de ellos en cuanto pudiera, pero

¿cuándo?

Les dirigí una mirada cargada de odio. No me podía creer aún que hubiera sido víctima del acto más horrendo y asqueroso que se puede hacer a una mujer, pero mi corazón estaba curado de espanto y había aceptado esa parte que me había preparado el destino. Por suerte, ya había acabado y lo sacaría de mi memoria en cuanto me deshiciera de aquellos desgraciados para siempre.

Creí saber a dónde nos íbamos a dirigir, ya que el castillo era el único lugar donde seguramente no buscarían a Kendrick jamás mientras que estaba muy expuesto en aquel hotel de la ciudad. A los pocos minutos, Patrick entró en el dormitorio y me miró desde arriba. Elevé la mirada y esperé a que abriera su asquerosa boca.

—Levanta —me ordenó—. Tenemos que irnos.

—¿A dónde? —le pregunté con clara intención de entretenerlo.

—Eso no te incumbe —contestó mientras se agachaba para cogerme del brazo y levantarme del suelo—. ¡Vamos! No tenemos todo el día.

Hice un movimiento brusco para soltarme y lo encaré. Ya me habían violado y me daba absolutamente igual lo que pudiera venir después. Sabía que estaba jugando con traficantes de droga, pero había soportado muchas ofensas a lo largo de mi vida y, aunque aquella pudiera ser la última, no estaba dispuesta a ser recordada como una cobarde que no abrió la boca para protestar ni una sola vez.

—No me toques más. Me das asco.

El aludido sonrió.

—¿Qué pasa, no te ha gustado?

—Vete a la mierda.

Se llevó la mano al corazón en un gesto claramente teatrero.

—Me duele que digas eso.

—Pues a ver si te mueres del dolor.

Su gesto mudó al instante y me empujó hacia el salón, donde Kendrick nos esperaba pacientemente al lado de la puerta con una pistola en la mano. Cuando la vi, a quien le cambió el gesto fue a mí, ya que no sabía qué intenciones tenía hacia mí con ese arma, sin embargo, mantuve el rostro hierático a la espera de sus palabras para evitar mostrarle el pánico que me recorría de arriba abajo.

—Mira, bonita —dijo aproximándose a mí—, ahora vamos a salir de la habitación y vamos a ir a mi coche, donde nos está esperando un amigo mío para llevarnos a mi guarida. Espero que no intentes nada extraño que pueda delatarnos y te portes lo mejor posible, si no es así...

Chasqueó la lengua, levantó el arma hacia mi cara y dijo:

—Te pegaré un tiro y después te enterraremos en cal para que no te encuentren ni las ratas.

Tragué saliva.

—¿De acuerdo, bonita? —me preguntó simulando una voz inocente.

Apreté los puños con rabia. Aquella pistola era una buena razón para no llevarle la contraria a aquel desgraciado, y echaba por tierra mis planes de huida. Finalmente, tras un empujón de Patrick para llamar mi atención, asentí lentamente. Kendrick se dio por satisfecho con ese gesto y guardó la pistola en la parte trasera de su pantalón, se puso la chaqueta y me agarró del brazo.

—Ya sabes. No intentes nada o morirás.

Me mantuve callada y esperé a que abrieran la puerta de la habitación. En ese momento, cruzaba una pareja muy acaramelada y nos miraron durante un segundo. Deseé que vieran el terror reflejado en mis ojos y llamaran a la policía, pero Kendrick hizo lo que menos esperaba en ese momento: imitando a la pareja, pasó su asquerosa mano por mi hombro y me atrajo hacia él. La pareja nos sonrió y se marcharon hacia su habitación, donde seguramente disfrutarían más que yo en las últimas horas.

Cuando por fin nos encontramos solos, Patrick salió de la habitación y caminamos tranquilamente por el solitario pasillo. Me agarraba con fuerza del brazo y a veces, si nos cruzábamos con alguien, me apretaba aún más, clavándome los dedos en la carne. Yo deseaba vociferar, gritar para pedir ayuda y correr sin mirar atrás, aunque su pistola estuviera apuntándome. Sentía dentro de mi corazón una gran impotencia ante una situación que era incapaz de manejar y que jamás pensé estar inmersa en algo de ese calibre. Durante algunos segundos, creí estar un profundo sueño que se había convertido en pesadilla, pero no era así. Se trataba de la realidad más absoluta y mi viaje de ensueño era todo lo contrario a lo que había podido imaginar.

Cruzamos el hall y a punto de salir a la calle escuché mi nombre a nuestra espalda. Me paré en seco. Sentí que Kendrick se ponía nervioso y Patrick se colocaba a mi otro lado para impedir que huyera o pidiera ayuda.

—¡Señorita Medina! —volví a escuchar.

—No se te ocurra hacer una locura —me advirtió Kendrick en voz baja antes de que me diera la vuelta.

Vi que el recepcionista me alzaba la mano para llamar mi atención. Lo miré y esperé a que hablara.

—Ya he cargado a su cuenta los días que me ha pedido con anterioridad —dijo con una sonrisa.

Asentí sin saber qué decir.

—Estupendo, gracias —contesté casi tartamudeando.

El recepcionista miró a mis acompañantes y se dio cuenta de que no se trataba de Cailen. De reojo vi que Kendrick agachaba la mirada para evitar ser reconocido, ya que imaginábamos que su fotografía había sido enviada a todos los medios de comunicación. Después, me fijé en que el recepcionista fruncía el ceño contrariado o extrañado y me preguntó:

—¿Va todo bien, señorita Medina?

Deseé gritar que no era así, que me llevaban secuestrada y que en una de sus habitaciones me habían violado aquellos desgraciados, pero la mano insistente de Kendrick me advertía continuamente del peligro al que me enfrentaría si pedía auxilio a alguien, incluso puede que esa persona terminara también muerta por mi culpa.

Casi con lágrimas en los ojos, le contesté:

—Claro que sí —el tono de mi voz no me lo creí ni yo—. No se preocupe, muchas gracias.

Intenté sonreír, pero yo misma fui consciente de que solo pude hacer una mueca extraña. Me di la vuelta y nos dirigimos hacia la salida y hacia un destino incierto donde podría estar la tumba de Cailen y la mía propia.

Cuando el sonido de la calle nos arropó, Kendrick apretó el paso para llegar lo antes posible al lugar donde estaba esperando su coche. Allí estaba también, sentado sobre el capó, otro de sus secuaces, que se incorporó en cuanto nos vio aparecer. Me metieron en la parte trasera del vehículo, junto a

Patrick, que también sacó una pistola y la dejó sobre sus piernas para intimidarme.

Apreté los dientes. Tenía tanta impotencia que no sabía si sería capaz de controlar mis nervios y no dejarme llevar por la rabia para escapar, pero ¿qué podría hacer yo contra aquellos traficantes? Nada. Estaba en clara desventaja y no tenía ni la más mínima esperanza hasta que Cailen apareciera ante nosotros. Y deseé que lo hiciera cuanto antes.

Cailen intentaba mantener la calma mientras ponía los ojos sobre la carretera. Su vida había vuelto a ponerse patas arriba y no quería volver a sufrir como años atrás. Era consciente de que él había metido a Vera en ese problema y era él quien tendría que sacarla de allí. Y estaba dispuesto a hacer lo que fuera para evitarle más daño del que ya había sufrido en Inverness.

Las manos le temblaban sobre el volante. Deseaba llegar cuanto antes a Eilean Donan, pero no quería llamar la atención de nadie si conducía demasiado deprisa. Intentaba respirar hondo y calmarse. Sabía que en ese estado apenas podría pensar con claridad para salvar a Vera y salir de ese atolladero sano y salvo. Tenía la sensación de que no podría escapar esa vez de Kendrick, de que toda la vida que había construido desde que lo dejó se venía abajo por momentos, pero no quería ser negativo en ese momento, ya vería lo que ocurriría a medida que pasaran los acontecimientos.

Maldecía una y otra vez al que había sido su jefe. Aún no podía creer que hubieran violado a Vera y, para colmo, tuvieran la poca decencia de enviárselo para que lo viera. Le parecía demasiado cruel incluso para Patrick,

que lo conocía desde que eran pequeños y jamás pensó que cambiaría tanto a lo largo del tiempo.

Los kilómetros desde Pitlochry hasta el castillo se le estaban haciendo eternos. Las montañas que siempre había amado y adorado ahora le parecían un simple estorbo para llegar cuanto antes y reunirse con la mujer que había irrumpido en su vida y la había cambiado, llenándola de luz potente en unos días. Le había dolido en el alma dejarla en Inverness y ahora que la veía en peligro supo que era tan especial que, a pesar de la situación sea extrema, deberían haber permanecido unidos.

Recordó el momento que vivieron el día anterior en una de las habitaciones del castillo. Aún podía sentir el tacto de su piel desnuda bajo él y la suavidad y humedad con la que lo recibió en su cuerpo. Nadie se había entregado con tanta inocencia a él y eso había despertado en él un amor y unos instintos de protección que no pensó jamás que le ocurriría a él. Hasta ese día no había comprendido la palabra amor, tan solo conocía unos trazos que le habían mostrado las chicas con las que había estado con anterioridad, pero nada comparado con la electricidad que lo había recorrido de arriba abajo cuando besó por primera vez a Vera. Sabía que era diferente y no estaba dispuesto a abandonarla en esos momentos.

Su corazón se aceleró cuando en uno de los carteles de la carretera leyó por primera vez «Eilean Donan Castle». Estaba cerca de su destino y deseó tener más suerte que la última vez...

Capítulo 11

Llegamos al castillo antes de lo que pensaba. El conductor pisaba el acelerador sin miedo a que pudieran ser descubiertos y llegamos allí antes de una hora. Durante todo el trayecto me mantuve en silencio intentando captar algo de la conversación que mantenía Kendrick con el conductor, pero hablaban tan bajo que apenas pude escuchar nada.

Patrick me miraba de vez en cuando y me enseñaba la pistola, aunque casi llegaba a producir el efecto contrario y en lugar de miedo darme risa. Negaba con la cabeza mientras miraba hacia las montañas. Las que me habían parecido una maravilla mientras las recorría con Caillen ahora me producían un efecto extraño y casi no era consciente de que pasábamos ante ellas.

Cuando cruzamos por el camino que tomó Caillen para ir hacia el lago volvió a despertar en mí ese sentimiento que había provocado ese intrépido y atractivo escocés que se había cruzado en mi camino por casualidad en la estación de tren de Edimburgo. Las mariposas que creí olvidar hace meses volvieron a mi estómago para recordarme los bellos momentos vividos con él e infundirme fuerza para la situación que me tocaba vivir ahora. Nuestros continuos rifirrafes y piques entre nosotros me habían atrapado por completo

y habían provocado que me enamorara perdidamente de él. Poco me importaba su pasado, yo también tenía el mío, solo quería disfrutar con él la vida que deseaba quitarnos Kendrick.

Respiré hondo y me armé del valor que necesitaba para aguantar lo que estaba por venir. Cuando por fin dejamos el coche aparcado, Patrick bajó del coche y me arrastró hacia él. Bajé con prisa, como si al hacerlo todo aquello fuera a terminar antes. Me empujó con miramientos hacia el puente y nos alejamos de Kendrick, que se quedó ultimando los planes para la inminente llegada de Caillen.

—Vamos, camina más deprisa —me urgía Patrick.

En silencio, apreté el paso, pero sus pasos eran más largos que los míos y no podía seguirlo con la rapidez que él deseaba. Hice un guiño de dolor cuando clavó con más fuerza sus dedos en mi brazo y me arrastró. Miré a nuestro alrededor y me extrañó no ver a nadie más para visitar el castillo, ya que se trataba de uno de los más emblemáticos del país.

—¿Por qué no hay nadie para visitar el castillo?

Patrick sonrió de lado y me miró.

—¿Acaso quieres que nos descubran? Ya nos hemos encargado de eso...

Su risa falsa me descolocó. No entendí con exactitud a lo que se refería con eso, pero no me gustaba nada lo que le rondaba por la cabeza. Me parecía increíble el grado de influencia que tenía Kendrick para llegar a cerrar uno de los castillos más visitados de Escocia. Miré hacia atrás y vi que ya se aproximaban a nosotros por el puente, pero a un paso más lento para seguir hablando sin que yo llegara a conocer sus planes. No obstante, yo siempre había sido una persona a la que le había gustado conocer qué iba a ser de mi vida en los próximos minutos, por lo que no pude evitar preguntar:

—¿Qué vais a hacerle a Caillen?

—¿Tanto te preocupa la vida de ese traidor? —preguntó Patrick con cara de asco.

—Pues sí, tanto o más que mi propia vida —contesté con seguridad.

Mi interlocutor se rió de mí y siguió empujándome hacia el lado oeste del castillo, donde a lo lejos vi que nos esperaba el guardia de seguridad del día anterior.

—Me vas a hacer vomitar con tu enamoramiento.

—Siempre será más bonito vomitar por amor que no haberlo conocido. Como tú, que te vas a quedar solo muerto de asco.

Patrick paró en seco y me atrajo hacia él con brusquedad. Tropecé en una piedra y estuve a punto de caer de no ser porque él mismo se sujetó. Agarró con fuerza mi rostro y me obligó a levantarlo hacia él.

—Tú no sabes nada de mi vida —me dijo lentamente.

—Solo sé que odias el amor —contesté—. ¿Acaso te hirieron tanto que te refugiaste en el tráfico de drogas?

El rostro de Patrick se tornó blanco de golpe. Sin duda, había acertado, y no sabía si eso sería bueno para mí o no, ya que me agarró después del cuello y apretó con tanta fuerza que creí que llegaría a partírmelo al instante. El aire comenzó a faltarme. Mis pulmones exigían la entrada de oxígeno al tiempo que el corazón me latía con tanta fiereza que parecía querer salirse de mi pecho. Intentaba empujar a Patrick para que me soltara, pero las fuerzas me fallaban y la vida se me escapaba por momentos.

—¿Se puede saber qué haces? —la potente voz de Kendrick sacó a Patrick de su ensimismamiento y me soltó, dejándome caer al suelo mientras

tosía una y otra vez en busca del aire que pedían mis pulmones.

Tardé varios minutos en recuperar mi color rosado en las mejillas, además de que mi respiración fue haciéndose cada vez más normal. Me encontraba a los pies de las tres personas que habíamos compartido viaje y, de pronto, cuando mis oídos dejaron de pitar, comencé a escuchar la tremenda bronca que le estaban dando a Patrick, que intentaba por todos los medios disculparse por su torpeza. En su voz escuché un ligero deje de temor por lo que pudiera hacerle su jefe, ya que sabía cómo se las gastaba.

—Que sea la última vez que tomas decisiones de este tipo por tu cuenta. La necesitamos viva, ¿me oyes?

—Totalmente, jefe —la voz de Patrick temblaba—. Lo siento, no volverá a ocurrir. Es que la muy zorra me ha provocado.

—Pues te contienes para la próxima. Vamos, no perdamos tiempo.

Patrick volvió a tirar de mí mientras Kendrick se alejaba charlando con el conductor del coche. Me llevé la mano al cuello y lo acaricié. Me escocía ligeramente donde había puesto sus manos y apretado. La muerte me había rondado y entendí que Patrick no se andaría con tonterías para acabar con mi vida.

Caminábamos lentamente y cuando Kendrick estaba a suficiente distancia, escuché cerca de mi oído:

—Si vuelves a meterte en mi vida, la tuya acabará con un tiro en la cabeza y en el fondo del mar. ¿De acuerdo?

Levanté la mirada y vi que estaba dispuesto a saltarse las normas de su jefe si volvía a remover su conciencia, por lo que no tuve más remedio que asentir en silencio y mirar hacia otro lado.

Ya más tranquilo, me condujo hacia uno de los salones del castillo en el que Kendrick había montado un pequeño despacho. Numerosos papeles reposaban sobre una mesa de corte clásico con infinidad de dibujos florales en todas sus patas. Era realmente preciosa. Detrás de esta, una silla del mismo estilo acogió la figura del jefe mientras que sus subordinados se mantuvieron al otro lado de la mesa. Dirigí mi mirada hacia nuestro alrededor y me detuve en un par de cuadros que colgaban de la pared. A pesar de que el paso del tiempo los había envejecido, parecían mostrar la imagen de la misma persona. Por su atuendo, pertenecía a la alta nobleza de siglos atrás y seguramente aquel había sido su despacho. El resto del mobiliario correspondía a la misma época que el resto, aunque no me llamó tanto la atención como aquella maravillosa mesa torneada.

A mi derecha se encontraba el guardia de seguridad que vimos Caillen y yo cuando estuvo a punto de descubrírnos saltándonos el cierre del castillo. Vi que me miraba de reojo y paseaba su mirada por toda mi anatomía al tiempo que sonreía. Giré la cabeza y cerré los ojos. Sabía que estaba pensando en el momento que vio las cámaras de seguridad y nos descubrió a Caillen y a mí haciendo el amor en uno de los dormitorios. Su mirada me repugnaba y sentí asco al descubrir que parecía prometerse a sí mismo que haría lo que sus compañeros en mi habitación del hotel de Inverness. Temblé de miedo al verme tan débil en ese sentido y ser pasto de violadores.

La voz de Kendrick se alzó en ese momento y dio una palmada mientras se levantaba con la vista puesta aún en el ordenador que tenía ante sí sobre la mesa. Supuse que desde allí podía controlar el perímetro del castillo con alguna cámara colocada estratégicamente en el aparcamiento. Después me dirigió una mirada y sonrió.

—Ya está aquí tu Romeo.

Aquellas palabras las entendí como si fueran la sentencia de muerte de Caillen. Me asusté como nunca y quise gritar para alertarlo, pero Kendrick volvió a hablarme:

—Tranquila, querida, aún no voy a matarlo.

Ese comentario provocó las risas de los demás. Los miré con odio. Me hubiera gustado gritarles que dejaran de reírse de mí y se largaran de allí. Apreté los puños con fuerza y respiré con dificultad. Sentía como si comenzara a hiperventilar, por lo que intenté calmarme para que Caillen no se preocupara de mí más de lo que debería.

—Sal a buscarlo, Jeff —le pidió al guardia.

Este asintió en silencio y salió de la habitación en busca de Caillen. Todos en la habitación se mantuvieron callados, pero yo no podía aguantar más el nerviosismo y pregunté:

—¿Qué le vais a hacer?

—Lo que merece un traidor —contestó Kendrick.

Lo vi jugar con sus dedos sobre la mesa al tiempo que me miraba fijamente. Tragué saliva. Supuse que yo tendría el mismo final que Caillen y me tragué las lágrimas que pugnaban por salir de mis ojos. La impaciencia crecía dentro de mí a medida que pasaban los minutos y Caillen no aparecía por la puerta. Finalmente, el sonido de pasos aproximándose puso en alerta a todos en la habitación.

Levanté la cabeza cuando la puerta se abrió para dar paso a Caillen. Este entró trastabillando después de que el guardia de seguridad lo empujara. Este sostenía en su mano una pistola que dirigía a la cabeza del chico al que amaba por encima de todo. Caillen dirigió su mirada hacia mí para comprobar mi estado y yo intenté ir hacia él, pero Patrick me detuvo pasando

el brazo por mi cuello y colocando una pistola contra mi sien.

—¡Vera! —gritó Caillen—. ¡Suéltala!

—Tranquilo, Sinclair —intervino Kendrick—. No le haremos nada a menos que no colabores.

Rodeó su mesa y se aproximó a Caillen con la mirada fija en él. Cuando estuvo a su altura, le dio un puñetazo en las costillas que le hizo doblarse.

—¡No! —vociferé intentando soltarme—. ¡Caillen!

Lo vi toser arrodillado en el suelo. Tenía el rostro contraído de dolor, pero había algo en él que parecía estar resignado a su final. Después de unos segundos, volvió a levantarse con dificultad y me miró. Durante un momento, creí entender que me pedía tranquilidad, pero me resultaba imposible. Intenté soltarme, pero Patrick me agarraba con fuerza, por lo que le di una patada y aflojó el brazo. Al instante, sentí un intenso dolor en mi vientre cuando clavó su puño en mí. Un grito se escapó de mi garganta y caí al suelo retorciéndome de dolor.

—¡Hijo de puta! —gritó Caillen—. No la toques.

Intentó aproximarse a Patrick, que sonreía mostrando toda su dentadura, pero el guardia y el conductor de Kendrick lo detuvieron sujetándolo con fuerza.

—¡Déjala ir! —vociferaba Caillen intentando soltarse—. Ella no tiene nada que ver con esto.

—Tienes razón —contestó Kendrick—. No tiene nada que ver con esto, pero sí contigo. Y mientras ella esté aquí, harás lo que yo te diga.

—No pienso volver a servirte, malnacido. Mataste a mis padres.

—Sí, y lo volvería a hacer, pero ¿estás seguro de que no volverás a trabajar para mí?

Kendrick miró a Patrick y este, sabiendo lo que su jefe quería, clavó con saña sus botas contra mi costado. Aún no me había recuperado del puñetazo cuando un intenso rayo de dolor me sacudió el cuerpo.

—¡No la toques! —Caillen se desgañitaba por hacerse oír, pero los demás reían ante su sufrimiento y el mío.

—Si no quieres que sufra ningún daño, ya sabes lo que tienes que hacer.

Un silencio atronador siguió a las palabras de Kendrick. Yo intentaba recuperar el aliento para hablar, pero la voz desolada de Caillen se levantó por encima de mis sollozos.

—Júrame que la dejarás marchar.

—¡No! —grité—. Caillen, por favor, no lo hagas.

Sentí un tirón en mi pelo que me hizo levantar del suelo y entrechocar mi espalda con el pecho de Patrick. Su aliento me quemaba el cuello y me provocaba un intenso asco el olor que desprendía, pero yo solo estaba pendiente de Caillen, cuyo rostro estaba sumido en una inmensa pena y preocupación, aunque también podía ver la decisión en sus ojos.

—Caillen, no lo hagas.

—¡Cállate, zorra! —vociferó Patrick en mi oído.

Caillen dio un paso hacia nosotros para liberarme, pero Kendrick se interpuso entre nosotros y le contestó:

—Si haces todo lo que te diga, ella estará bien.

—Quiero que la liberes y la dejes marchar —insistió Caillen.

Kendrick chasqueó la lengua contrariado.

—No. No hay mejor manera que esta para que un traidor haga las cosas bien. Así, si se te vuelve a pasar por la cabeza marcharte, ella acabará como tus padres después de pasar por la cama de todos mis hombres.

—Cabrón —dijo Caillen intentando soltarse—. Como le vuelvas a tocar un solo pelo, te mato.

Kendrick sonrió.

—¿No te gustó el vídeo que te envié? —se giró hacia mí y se aproximó lentamente—. Tienes buen gusto, Sinclair. No ha duda de que es una buena fiera en la cama...

Intentó tocarme, pero le dio un manotazo para apartarlo. Me daba asco que volviera a intentar hacer lo mismo que en Inverness y mis piernas temblaban de pánico solo de pensarlo.

—No me toques.

Su carcajada me repugnaba.

—Una auténtica fiera, sí —se giró hacia Caillen—. Ella se quedará con nosotros mientras tú haces lo que tengo preparado para ti.

Caillen se mantuvo callado durante unos segundos. Me miraba como si fuera la última vez que nos veíamos y en su mirada había un fuego tan intenso que hubiera derretido hasta el último hierro sobre la Tierra. Apretaba los puños con tanta fuerza que los nudillos se quedaron totalmente blancos. Se debatía entre lo que había deseado durante tanto tiempo, su libertad, y los sentimientos que tenía hacia mí. Sabía que era una decisión muy complicada, pero no quería ser la responsable de su alma volviera a perderse por mi culpa.

—No lo hagas —susurré.

—¿Qué pasará cuando acabe con el trabajo que has dicho, nos dejarás marchar? —le preguntó.

Kendrick rió misteriosamente, pero enseguida se recompuso y fingió una falsa sonrisa.

—Preocúpate ahora de hacer lo que debes. Ya veremos qué ocurrirá después.

—No pienso esperar a que nos mates cuando dejemos de hacerte falta —insistió Caillen—. Debes darme una garantía de que Vera se salvará.

—¿Y tú? —intervine asombrada—. También debes salir de aquí.

Caillen me miró para pedirme que me callara, pero no podía dejar que tratara de salvarme mientras que él se pudriría en el fondo de algún lago. Negué con la cabeza para indicarle que no estaba de acuerdo y no estaba dispuesta a dejar pasar algo tan importante como su pellejo.

En la habitación podía respirarse la tensión del momento. Todos se mantenían en silencio, incluso Kendrick, que disfrutaba de nuestro rifirrafe con una sonrisa en el rostro.

—Vera...

—He dicho que tú también.

Kendrick carraspeó para llamar mi atención y me dijo mirándome a los ojos:

—¿Y tú qué estarías dispuesta a hacer por él?

—Sé que soy importante para ti porque si me retienes, Caillen colaborará contigo —el aludido asintió y esperó pacientemente—. Pero si no me tienes, Caillen no tiene por qué seguir tus órdenes, así que tú también pierdes.

Kendrick rió a carcajadas y, después de un par de minutos, me miró de nuevo y me preguntó:

—Me alegra saber que eres lista, pero el gran inconveniente que tienes es que no puedes escapar de mí, por lo que estarás bajo mi custodia hasta que yo diga.

Ahora fue mi turno para reír, y lo hice tan falsamente que a Kendrick se le borró la sonrisa irónica del rostro. Cuando vi que apretaba los puños con rabia, dejé de reír y le dije:

—Hay una forma en la que no puedes tenerme retenida.

Levantó las cejas con asombro y vi cómo se cruzaba de brazos a la espera de que le ilustrara esa manera. Yo, sin hacerlo esperar y en un giro totalmente inesperado, agarré con fuerza la pistola que Patrick guardaba en su cintura y me alejé de ellos unos metros. Cuando vi que Patrick se lanzaba contra mí, amartillé el arma y me apunté con ella a la sien.

Lancé una mirada a Caillen, que había intentado lanzarse también contra mí, pero lo mantuvieron retenido justo al otro lado de la habitación.

—¡Quieto! —gritó Kendrick a Patrick cuando vio sus movimientos por alcanzarme.

Intenté imprimir toda la seguridad de la que disponía en mi rostro para hacerles creer que estaba dispuesta a quitarme la vida si no nos daban la total seguridad de que ambos saldríamos vivos de allí cuanto antes.

Ni yo misma podía creer lo que estaba haciendo. Nunca podría haber imaginado que me enfrentaría de esta manera a unos traficantes para salvar al hombre que amaba. Ni siquiera había pensado que podrían dispararme o incluso yo misma sin querer al no saber cómo usar la pistola, tan solo deseaba que Caillen saliera vivo de allí y pudiera disfrutar de una vez por todas de una

nueva vida que había decidido cambiar hacía tiempo y que se había visto truncada por aquellas mismas personas.

Mis manos temblaban, pero agarré fuertemente la pistola y la apreté aún más contra mi sien.

—Si yo muerto, Caillen podrá ser libre y tendrás que buscar a otro para que te sirva.

Kendrick apretó los dientes y, desde mi posición, logré escucharlos rechinar. Dio un par de pasos hacia mí, adelantándose a Caillen y el resto de sus hombres.

—No te acerques más —le advertí—. Hace meses perdí a alguien, y ahora no estoy dispuesta a perder también a Caillen. Me parece un trato justo.

—Me sorprende que no me pidas que os deje marchar ahora mismo.

—No soy tonta. No cruzaríamos ni el puente antes de que nos matarais, pero quiero tener tu palabra de que nos dejarás marchar a ambos.

—Está bien —dijo finalmente tras pensarlo durante unos momentos—. Os dejaré marchar a ambos.

—Quiero que lo pongas por escrito y lo firmes —le pedí al tiempo que le apuntaba con la pistola.

—Me parece que estás pidiendo demasiadas cosas —dijo mientras se giraba lentamente—. Patrick...

El aludido, a la llamada de su jefe, comenzó a aproximarse a mí con la misma lentitud que Kendrick.

—¡No! —gritó Caillen—. ¡Intenta huir por la puerta, Vera!

—¿Qué? —susurré.

No entendía qué ocurría ni lo que pretendía hacerme Patrick. Estaba realmente asustada y me arrepentí al instante de mi temeridad al amenazar a Kendrick. Con los nervios, no me había dado cuenta de que justo a mi espalda había una puerta que estaba entreabierta y en la cerradura estaban introducidas unas llaves que llamaron mi atención y encendieron en mi mente una bombilla.

Caillen intentaba soltarse y gritaba desesperado para que huyera en ese mismo momento. Durante unos segundos, me debatí sobre lo que era correcto hacer: si debía huir y ayudar a Caillen desde fuera o mantenerme allí aun sabiendo que podríamos morir ambos.

—¡Vete, por favor! —gritó Caillen desesperadamente.

Lo miré a los ojos por última vez. Vi que me pedía con ellos lo mismo que sus labios. En estos creí leer un «te quiero», aunque no estaba segura de si me equivocaba. Con lágrimas en los ojos, y como si todo ocurriera a cámara lenta, me despedí de él. Sentí como si de nuevo mi corazón se rompiera en mil pedazos que jamás volverían a unirse. Vi que Patrick se aproximaba otorgándose la victoria, pero con rapidez me giré y salí de la habitación como una exhalación. Agarré el manajo de llaves y las giré para encerrarlos y no pudieran salir al pasillo.

El corazón me latía desbocado. Miré mis manos. En la izquierda llevaba las llaves y en la derecha, la pistola. Durante unos instantes quise deshacerme de esta última, pero sentí que podría hacerme falta para salir de allí. Sin saber hacia dónde debía dirigirme, corrí por el pasillo. No conocía el castillo, ni siquiera recordaba los pasillos por los que pasaba en ese momento. Tenía la sensación de que daría vueltas continuamente para encontrar la salida y, finalmente, me encontrarían a mí y darían fin a mi vida.

Decidí entrar en una de las habitaciones y descubrí que se trataba de una

antigua cocina. Mi corazón dejó de latir cuando vi las figuras representando la vida del castillo siglos atrás, incluso levanté la pistola para defenderme, pero no tuve más remedio que reírme de mí misma cuando descubrí que se trataban de meras figuras de cera.

—Joder, qué susto —susurré.

No tenía tiempo para detenerme a admirar el increíble trabajo del escultor y el decorador, por lo que, sorteando las figuras, me aproximé a la ventana y miré a través de ella para comprobar si podía salir por allí en lugar de estar buscando una puerta que no sabía dónde encontrarla. Además, recordé que habían dicho que nos habían visto a través de las cámaras, incluso en el aparcamiento había un par de ellas.

¿Qué podía hacer para salir de allí sin ser vista? Después de hacerme esa pregunta, escuché unos pasos aproximándose a la cocina. Maldije mi suerte, ya que supuse que habían visto las cámaras. Miré a mi alrededor para descubrir algún lugar donde esconderme y, al no encontrar nada, me metí debajo de una mesa. Recé lo poco que sabía para que no entraran en aquella habitación. Me arrebujé todo lo que pude para que no me vieran los pies por debajo del mantel, pero hubo algo que llamó mi atención. Al pisar las tablas del suelo, estas crujían de manera especial, como si no tuvieran nada bajo ellas e hicieran eco de mis pisadas. Fruncí el ceño y me aparté ligeramente. Descubrí que había lo que parecía ser una trampilla. Con cuidado, y expectante ante los pasos tras la puerta, levanté un poco la trampilla y vi que había unas escaleras. Sin dudar, me interné en ellas justo en el momento en el que la puerta de la cocina se abría lentamente.

Cerré la trampilla con cuidado y esperé a que las pisadas se alejaran de allí. Durante unos segundos de tremenda tensión, esos pasos caminaron cerca de donde yo me encontraba. Creí que aquella persona escucharía los latidos

de mi corazón y descubriría mi posición, sin embargo, al cabo de unos segundos, se alejó lentamente y cerró la puerta de la cocina tras de sí.

Respiré hondo y solté todo el aire contenido. Cerré los ojos y di mentalmente las gracias por haber salido bien parada de allí. Bajé los pocos escalones que aún me quedaban y me vi, de repente, en la inmensidad. Abrí los ojos con tanta intensidad que parecían querer salirse de mis órbitas. No podía creer lo que veía. Me encontraba en un pasadizo que parecía estar bajo el agua, ya que la humedad que desprendían las paredes hacía casi imposible la respiración normal. Miré hacia un lado y a otro y sentí pánico. ¿Hacia dónde debía ir? Me encontraba en la misma situación que dentro del castillo, pero con la gran diferencia de que allí no me buscarían.

El pasadizo estaba casi a oscuras, aunque la poca luz que había a mi alrededor procedía de la cocina y cuando me alejara de allí, me sumiría en la completa oscuridad. Eché un vistazo a mi alrededor y comprobé con entusiasmo que había en el suelo una antorcha. Recordé que en el bolsillo de mi cazadora llevaba siempre un mechero, ya que había adquirido esa manía desde que comencé con Carlos y vi que siempre perdía sus mecheros.

Encendí la antorcha y decidí tomar el camino que creía que me llevaría hacia una salida. Estaba deseando abandonar el castillo y correr hacia la primera comisaría cercana para avisar de dónde se encontraban Kendrick y todos sus hombres. Sin embargo, me sentía realmente mal por Caillen. No quería dejarlo allí a merced de los que lo habían amenazado tantas veces e incluso habían asesinado a sus padres. La culpa se abría paso en mi pecho, impidiéndome respirar. Me apoyé en el muro del pasadizo para intentar recuperarme y tragarme las lágrimas que luchaban por salir de allí.

—Joder —susurré.

Todo se había ido al traste en cuestión de horas. El día anterior estaba tan

contenta con Caillen e incluso haciendo planes para las próximas ciudades que visitaríamos y ahora nos encontrábamos metidos en el peor de los problemas, con una banda de traficantes detrás de nosotros y, para colmo, cabreados. Me maldije a mí misma por no haber pensado antes las consecuencias de mi huída, pero el propio Caillen estaba de acuerdo con ella, pues había sido él quien me había gritado para que me marchara.

Caminé durante lo que parecían ser horas, ya que el tiempo iba demasiado lento para mí, aunque realmente había pasado media hora desde que me interné en el pasadizo. El continuo goteo de agua me ponía nerviosa. Ese era el único sonido que podía escuchar y me crispaba los nervios.

Cuando ya había perdido la esperanza de encontrar una salida, unas voces me hicieron encogerme de miedo y soltar la antorcha para internarme en la oscuridad. El corazón no dejaba de latir aprisa, impidiéndome escuchar con claridad de dónde procedían las voces. Pasados unos minutos y tras comprobar que no había nadie en el pasadizo, volví a por la antorcha y me aproximé al lugar de donde se escuchaban las voces.

Para mi sorpresa, unas escaleras como las que había bajado con anterioridad me dieron la bienvenida. Supe que no eran las mismas que las de la cocina, por lo que había más de una entrada al pasadizo. No sabía si eso podía ser bueno para mí o no, pero me aproximé para escuchar mejor la conversación y así conocer el estado en el que podría encontrarse Caillen después de mi huida.

Dejé la antorcha a un lado y subí un par de peldaños de la escalera con tanta lentitud que perdía el equilibrio. Cuando por fin logré distinguir las palabras, me detuve a escuchar. Un rayo de luz penetraba entre las maderas del suelo de la habitación del castillo, por lo que me dejé caer contra la pared para evitar ser vista, aunque estaba segura de que jamás podrían saber que me

encontraba en el pasadizo.

—¿Dónde está? —la clara voz de Patrick exigiendo una respuesta llegó claramente a mis oídos.

Un silencio siguió a sus palabras y después escuché el crujido de unos huesos, seguido de un quejido que distinguí claramente. Abrí la boca y a punto estuve de desvelar mi posición para evitar que siguieran haciendo daño al hombre al que amaba. Apreté la mandíbula con rabia por no poder hacer nada por Caillen en ese momento.

—Estás agotando mi paciencia, Sinclair, más te vale que me digas de una vez dónde está tu putita.

—No lo sé —el tono rabioso de Caillen me indicó que, aunque ligeramente herido, se encontraba bien—. Y espero que sea la última vez que la insultas delante de mí, malnacido.

Patrick rió con fuerza.

—¿Sabes? Disfruté mucho de su cuerpo mientras me la follaba, no me extraña que te hayas enamorado de ella.

—¿También disfrutaste cuando encontraste a Mary follando a otro que no eras tú?

Fruncí el ceño al escuchar las palabras de Caillen y recordé mi encontronazo con Patrick cuando llegamos al castillo, que casi me mata después de echarle en cara algo parecido a lo que Caillen acababa de comentarle. El silencio se hizo en la habitación durante unos segundos que me parecieron eternos. Desde allí podía escuchar la respiración acelerada de Patrick, que parecía estar conteniéndose para no matarlo antes de tiempo, por lo que, al instante, oí cómo volvía a golpear a Caillen, esta vez con más saña que antes.

—Hijo de puta —le dijo antes de darle una patada—. Tú no sabes nada de Mary.

—¿Seguro? Solo sé que le gustaba follar con todos menos contigo —continuó malmetiendo Caillen para ganar tiempo—. Debiste de dejarla con ganas de más porque se acostó con muchos.

Un nuevo golpe volvió a escucharse y cerré los ojos como si con eso pudiera evitar que continuaran ensañándose con Caillen. Sabía que hacía aquello para ganar tiempo para mí, para que pudiera escapar del castillo sin ser vista. Sin embargo, estaba decidida a no salir jamás de allí si no llevaba a mi lado a Caillen sano y salvo.

El sonido de una puerta llamó mi atención. Unos pasos firmes y atronadores se aproximaban a mi posición y mi corazón se aceleró al pensar que abrirían la puerta al pasadizo de un momento a otro. Sin embargo, la voz de Kendrick se escuchó por encima de sus pasos.

—Ve con los demás a buscarla y déjalo aquí —escuché cómo escupía—. Sinclair, espero que tu estómago esté preparado para ver la cabeza de tu novia muerta, porque será lo último que veas de ella cuando la atrapemos.

Después de eso, los pasos de ambos se escucharon alejándose de allí y dejando solo a Caillen, que escuché cómo se dejaba caer sobre el suelo y sollozaba. Mi corazón no dejaba de latir con fuerza. Tras escuchar las palabras de Kendrick y la explícita promesa de acabar con mi vida cuando dieran conmigo, mis piernas temblaban sin parar. Sentía miedo y deseaba fervientemente que aquella situación llegara a su fin cuanto antes. No obstante, no podía quedarme paralizada por el pánico sabiendo que Caillen estaba a tan solo unos metros de mí.

Esperé hasta que estuve segura de que se encontraba solo. Había escuchado el cierre de un cerrojo y las llaves girando en la cerradura, por lo

que estaba más que segura de que Caillen estaba encerrado.

Me armé de valor y subí los pocos escalones que aún me quedaban. Toqué la puerta de madera y empujé con todas mis fuerzas hacia arriba. Las bisagras chirriaron ligeramente y me permitieron ver a través de un par de centímetros. Caillen estaba al otro lado de la habitación. Este parecía ser un pequeño salón con poco más que unas sillas alrededor de una mesa vieja y comida por la carcoma. Una triste chimenea presidía la estancia, aunque en ese momento estaba apagada.

Caillen estaba justo debajo de la ventana, desde donde aún podían verse unos rayos de luz, aunque el sol estaba comenzando a esconderse en el horizonte y la intensidad de la luz había disminuido considerablemente. La puerta al pasadizo estaba oculta bajo una pequeña mesa y era algo más estrecha que la de la cocina.

El ruido de las bisagras llamaron la atención de Caillen, que se puso en guardia al instante levantándose del suelo y acercándose unos pasos. Vi que se llevaba la mano al costado y un gesto de dolor apareció en su rostro. Sentí una pena inmensa por él y la culpa me atravesó el alma. Le habían golpeado por mi culpa y no me lo podría perdonar jamás.

—¿Vera? —me preguntó con el rostro descompuesto—. ¿Se puede saber qué haces aún en el castillo?

Cuando me reconoció, abrió los ojos sorprendido y miró después hacia la puerta para comprobar que todo seguía igual y nadie se aproximaba a nosotros. Se acercó a mí con rapidez e intentó abrir la trampa, pero negó con la cabeza.

—Debemos irnos ya, Caillen.

—Pero ¿cómo has entrado ahí? —preguntó intentando descubrir qué

había al bajar las escaleras.

—No tenemos tiempo para explicaciones. Entra conmigo y huiremos.

Caillen abrió la boca y miró hacia otro lado. Fruncí el ceño al verlo dudar, ya que pensaba que se lanzaría directamente al pasadizo para escapar de las manos de Kendrick. Y me sorprendió aún más cuando lo vi negar con la cabeza en silencio.

—Vete —dijo lentamente—. Si me quedo, tendrás la oportunidad de escapar con vida, Vera. Si descubren que nos hemos escapado los dos, sabrán que ha sido por aquí y ya no tendremos opciones.

No podía creer lo que escuchaban mis oídos. Salí un poco más del agujero y lo agarré del jersey para acercarlo más a mí.

—Caillen, si te quedas, te van a matar.

Se encogió de hombros.

—Me da igual. Al menos me quedará la satisfacción de que la única mujer a la que he amado en mi vida se ha salvado.

Un nudo en la garganta me impidió hablar. Las lágrimas corrían ya solas por mis mejillas al tiempo que negaba una y otra vez con la cabeza.

—Me niego a irme sin ti, Caillen. No podría perdonarme jamás que la única persona que me ha dado a conocer el verdadero amor muera por mi culpa. Te amo, Caillen —le dije en un susurro—. Nunca he amado así, y sé que jamás podría volver a hacerlo. Tienes que venir conmigo, por favor. Sálvate, por mí. Si morimos o salimos vivos de esto que seamos los dos. No podría vivir con la culpa de que murieras para salvarme.

Le supliqué con los ojos envueltos en lágrimas. Deseaba por encima de todo que me hiciera caso y viniera conmigo. Ya le había dado todos los

argumentos que tenía para convencerlo y esperaba que dieran su resultado para que saliéramos de allí en el menor tiempo posible.

Caillen me miraba a los ojos profundamente. En ellos logré ver el miedo con el que había convivido a lo largo de su vida y la culpa por la muerte de sus padres. Lo vi debatirse una y otra vez contra sus pensamientos para llegar a una conclusión en la que saliéramos vencedores ambos en ese problema que nos preocupaba.

—Está bien —cedió convencido—. Espera un momento que compruebe algo.

Se aproximó a la puerta de la habitación y esperó en silencio durante unos segundos para intentar escuchar algo detrás. Sin embargo, todos estaban buscándome por todo el castillo y no había nadie cerca de allí que pudiera descubrir la huida de Caillen durante al menos media hora, tiempo suficiente para encontrar la salida del pasadizo y alejarnos del castillo para pedir ayuda.

Después, corrió hacia mí y me instó a bajar la primera por las escaleras mientras él dejaba todo cerrado para evitar que sospecharan que habíamos huido por la trampilla.

—Será mejor que encontremos la salida cuanto antes. No tardarán en volver a por mí para sacarme dónde estás.

Cuando por fin terminamos de bajar las escaleras, saqué de mi pantalón la pistola que le había robado a Patrick y se la mostré a Caillen.

—Supongo que esto podrá protegernos —le dije.

—Sí, pero no es suficiente para salvarnos de todos —contestó mientras se la guardaba en la parte trasera del pantalón y se agachaba para coger la antorcha que me había iluminado el camino hacia allí.

—¿Por dónde has venido?

Le señalé el camino que había tomado antes.

—Iba a continuar hasta que escuché hablar a Patrick y me paré.

—De acuerdo, vamos —dijo Caillen tomando la iniciativa y encabezando la marcha por el pasadizo.

Yo seguí con dificultad su paso ligero, pero coincidía con él en que debíamos salir del castillo antes de que pudieran llegar a la conclusión de que debían bajar al pasadizo.

—Creo que estamos bajo el puente.

La voz de Caillen se escuchó en un susurro, pero pude oír perfectamente a lo que se refería. A mí también me había dado esa sensación, especialmente desde que la humedad había aumentado considerablemente y nuestras respiraciones se veían afectadas por ella.

—¿Crees que podría haber una puerta cerca?

Me dolía todo el cuerpo y no sabía cuánto tiempo más podría aguantar sin descansar. Habíamos sufrido tanto física y emocionalmente que estaba realmente exhausta. Jamás me había sentido como ese día y sentía que en cualquier momento caería presa del cansancio.

—Venga, Vera, seguro que estamos cerca del final.

Caillen se dio la vuelta y me miró durante unos instantes. Se había envuelto en una frialdad que desconocía en él y, en ese momento, él mismo fue consciente de ella, por lo que me sonrió y pasó su mano por mi cintura para después besarme con tanta ternura que me llenó por completo de fuerza. Le acaricié la cara mientras saboreaba despacio sus labios, aquellos que, durante unas horas, creí que jamás volvería a probar. Lo atraje aún más hacia

mí y me dejé llevar por la pasión. Después de lo ocurrido con Kendrick y Patrick en el hotel de Inverness, necesitaba limpiar mi cuerpo con los besos de Cailen y volver a sentirme limpia. Mi alma precisaba olvidar lo ocurrido anteriormente y volver a mirar hacia adelante, aunque jamás olvidaría nada...

—¿Tan pronto te rindes? —se burló de mí intencionadamente—. Te creía más valiente...

Me miró de reojo con una sonrisa de lado. Sabía que sus palabras eran para animarme y no decaer hasta que estuviéramos a salvo, pero la falta de respiración normal y el agobio que esto conllevaba estaban minando mi moral y resquebrajando la valentía que había demostrado desde que había escapado de Kendrick.

—Pensaba que la chica que me ha robado el corazón superaba todos los baches... —volvió a burlarse.

—Y yo pensaba que habías sido tú el que me había robado algo... como mi cartera...

Le devolví la sonrisa y apreté su mano, ya que en ningún momento la había soltado desde que nos habíamos reencontrado. Le agradecí con la mirada el gesto y la paciencia que mostraba conmigo. Después, volvió la vista hacia el camino y continuó caminando, aunque esta vez más despacio.

—¿Yo, robarte a ti? —simuló un gesto de sorpresa e indignación—. Creo que me confundes con algún ladrón de tres al cuarto.

Al fin logró su objetivo: hacerme reír en medio de aquella situación tan extrema en la que nuestra vida peligraba gravemente. Durante unos momentos, olvidé el motivo por el que estábamos allí y me centré únicamente en Cailen y en que deseaba seguir viviendo para compartir con él el resto de mi vida.

—Bueno, entonces pensaré que eres un ladrón experimentado y no uno sin importancia —le seguí la corriente—, porque no solo me has robado la cartera, sino también el corazón.

Sin esperarlo, Caillen se dio la vuelta y, sorprendiéndome, tiró a un lado la antorcha, acertó la distancia que nos separaba y me besó con tanta pasión que creí que iba a desmayarme. Me empujó con suavidad contra la pared del pasadizo mientras me acariciaba con prisas la cintura. Le devolví el beso con la misma intensidad que él. No era capaz de pensar en otra cosa que no fuera Caillen y su cuerpo. En ese momento, me traía sin cuidado que una banda de traficantes estuviera detrás de nuestra pista, sino que para mi mente era más importante disfrutar de él.

En un momento de lucidez, Caillen se separó y miró hacia otro lado.

—Podrían encontrarnos —dijo con la voz ronca.

Lo atraje más hacia mí y lo besé.

—Ahora mismo me da igual. Te deseo, Caillen.

Llevé las manos hacia su pantalón y lo desabroché con prisas. Quería aliviar toda la tensión acumulada durante todo ese tiempo, y sabía que él también lo necesitaba. En ese momento, pensaba que si nos pillaban y moríamos, al menos habríamos disfrutado de nosotros una vez más.

—¿Qué me has hecho, Vera? —susurró contra mis labios.

Sentí contra mi vientre la hinchazón de su miembro y una intensa ola de calor me inundó el cuerpo, provocando que una gota de sudor bajara lentamente por mi cuello.

—¿Yo? —pregunté inocentemente cuando mis labios quedaron libres de los suyos—. Lo mismo que tú, robarte.

—Pues si esto es el fruto de un robo —dijo mientras bajaba mis pantalones y dejaba caer los suyos—, puedes robarme las veces que desees.

Después, sin dejar de besarme, bajó sus manos hacia mis nalgas y las apretó con fuerza contra su caliente miembro. Gemí suavemente al sentir su calidez y, sin pensarlo, rodeé su cadera con mis piernas para dejarlo entrar dentro de mí. Sin necesidad de palabras, Caillen entendió lo que quería y me penetró suavemente, dejando que sintiera centímetro a centímetro la dureza de su carne y, cuando por fin sentí todo dentro de mí, ambos suspiramos aliviados y deseosos de continuar.

Caillen comenzó a mover acompasadamente las caderas al tiempo que mi espalda entrechocaba duramente contra la fría pared del pasadizo, pero no sentía otra cosa que no fuera el placer y el hormigueo dentro de mi sexo. Apretaba con fuerza su cuello y hundía mis dedos entre el cabello de Caillen. Lo besaba sin parar. El ritmo de nuestras respiraciones se hizo más intenso, al tiempo que las embestidas de Caillen se aceleraron hasta que ambos llegamos al mejor orgasmo de nuestra vida. Apretamos nuestras bocas para evitar gritar cuando conseguimos el deseado clímax.

Una sonrisa se escapó de mi boca cuando Caillen continuó bombeando en mi interior, aunque más lentamente, y saboreando cada recodo de mi cuello hasta que, agotados, nos separamos y nos miramos largamente en silencio durante unos momentos.

—Espero ser el único que roba tus besos, tus caricias... —se burló.

—¿Tú qué crees?

Se encogió de hombros.

—No sé —me besó—, dímelo tú.

Me acerqué tanto a él que solo me detuve cuando me encontré a solo un

palmo de su cara. Lo miré fijamente a los ojos y le contesté:

—Eres mi ladrón favorito.

Después le di la espalda y me vestí en silencio, aunque con una sonrisa de satisfacción y felicidad que no podría quitarme tan fácilmente.

Capítulo 12

Cuando al fin nos recuperamos y nuestros corazones volvieron a latir más pausadamente, Caillen y yo continuamos andando.

—¿Dónde estará la salida? —pregunté por enésima vez.

Caillen se llevó el dedo a la boca para hacerme callar. Mi corazón se sobresaltó al pensar que Kendrick y sus hombres nos habían descubierto, pero a mis oídos llegó el sonido de un goteo continuo que interpreté como si fuera la mejor de las melodías.

—El agua está cerca —dijo Caillen.

Anduvimos unos metros más hasta que, de la nada, apareció una pequeña abertura por la que caía un pequeño chorro de agua. Ese hueco era demasiado pequeño, aunque podríamos atravesarlo sin problemas. Nos aproximamos para ver qué había tras esa cortina de agua y nos sorprendimos al ver que se trataba de una cascada en medio de la montaña.

Fruncí el ceño para intentar adivinar dónde nos encontrábamos, pero todo me resultaba desconocido. Miré a Caillen y me sonrió. Eso me dio esperanzas

y esperé pacientemente a que me diera una pista sobre nuestro paradero.

—Si no me equivoco, estamos en una charca que hay cerca del castillo, pero lo suficientemente lejos para que no nos vean marchar.

Sonreí y suspiré aliviada. Veía un nuevo futuro para nosotros y una escapatoria satisfactoria con final feliz para nosotros. Sin embargo, una pregunta me martilleaba la cabeza y necesitaba una respuesta urgente.

—¿Cómo vamos a salir de aquí?

Cailen sonrió enigmáticamente y agarró mi mano. La besó delicadamente y me dijo:

—¿Confías en mí?

Una risa tonta me atrapó.

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

Sin contestarme, Cailen echó un último vistazo a la altura de la cascada y después me miró fijamente a los ojos. En ese momento, entendí lo que se proponía y di un paso atrás sin dar mi aprobación a lo que estaba pensando.

—No, no —intenté imprimir más seguridad en mis palabras negando al mismo tiempo con mi mano—. Ni hablar.

—Ya lo creo que sí.

En un movimiento tan rápido que fue imperceptible para mí, me agarró por la cintura y me llevó a tan solo un paso de lo que yo consideraba un abismo. Parecían ser poco más de cinco metros de altura, pero me daba tanto miedo y vértigo que no me veía capaz de tirarme.

—No voy a saltar —sentenció intentando soltarme de sus brazos.

—Lo siento, Vera.

Al instante, sentí cómo su cuerpo se pegaba al mío con tanta fuerza que ambos caímos a través del chorro de agua y, sin querer, lancé un chillido agudo de auténtico pánico al ver cómo el final de nuestra caída se aproximaba con extrema rapidez. Cerré los ojos para no ver lo que quedaba hasta el impacto, pero los abrí de golpe al sentir aquella agua tan helada contra mis huesos. Fue en ese momento cuando los fuertes brazos de Caillen me soltaron, perdiendo el contacto durante varios segundos.

Perdí totalmente el sentido de la orientación y no sabía hacia dónde debía dirigirme para salir del agua. Miraba hacia un lado y a otro, pero no lograba descubrir el camino correcto. Le comenzó a faltar aire a mis pulmones, sintiendo un escozor intenso en mi pecho, que exigía la entrada de aire.

Miré a mi alrededor para saber dónde se encontraba Caillen y pedirle ayuda, pero el agua estaba demasiado oscura y no veía nada más que lo que tenía ante mis narices. Pataleaba con fuerza, pero estaba tan aturdida por el impacto que apenas podía mantenerme en esa posición y mi cuerpo comenzó a hundirse aún más.

Me sentía mareada por la falta de aire. Estaba a punto de tirar la toalla y aceptar que aquel era mi destino cuando una mano apareció de entre la nada y tiró de mi brazo hacia él. Reuní las pocas fuerzas que me quedaban para patalear y salir cuando antes fuera del agua. La vista se me nublaba y se me hacía eterna la llegada a la superficie, pero, por fin, mi cabeza asomó de entre las aguas y cogí una bocanada de aire. Mi corazón latía con fuerza por el pánico al creer que me ahogaba, aunque logré tranquilizarme cuando poco a poco mi respiración se fue normalizando.

Sentí los protectores brazos de Caillen alrededor de mi cintura y tiró de mí hacia la orilla, donde la fresca hierba abrazó nuestros cuerpos cuando

caímos rendidos por el esfuerzo. Tumbados sobre la tierra, nos miramos en silencio. No hacían falta palabras en ese momento, sino transmitirnos con la mirada todo lo que sentíamos el uno por el otro, lo que había nacido entre nosotros en tan poco tiempo. Ambos teníamos un sentimiento protector hacia el otro que no pensábamos en nuestras propias vidas, solo en salvar a la persona que amábamos.

Le sonreí ampliamente para agradecerle lo que había hecho por mí. Caillen se giró hacia mí y me acarició las mejillas con amor. Yo cerré los ojos para sentirlo aún más y disfrutar de un momento de paz, aunque la sensación de peligro aún estaba metida en nuestros corazones.

—Te dije que no podrías resistirte a mis encantos —una ligera risa siguió a las palabras de Caillen.

Abrí los ojos de golpe y levanté una ceja irónicamente. Me encantaba saber que el sentido del humor no le había desaparecido a pesar de nuestra situación.

—Bueno, tú tampoco a los míos.

—Tampoco es para tanto —volvió a tumbarse bocarriba con una sonrisa—. Eres muy facilona...

Me incorporé de golpe y le pellizqué el costado.

—¿Perdona? Y tú, gilipollas...

Caillen se carcajeó al tiempo que se levantaba y se miraba la ropa totalmente empapada. Después, me observó y dijo:

—Me encanta verte enfadada. Frunces los labios de una manera muy sensual...

Me besó lentamente y mordisqueó mis labios. Yo no pude resistirme a las

caricias que iba dejando a lo largo de todo mi cuerpo y apoyé mi cuerpo contra el suyo, dejándome llevar en un frenesí que nos llevó a quitarnos las ropa mojada y tumbarnos nuevamente sobre la hierba para acabar haciendo el amor de una manera tan lenta y sensual que nos provocó un intenso orgasmo.

—Me gustas más así —dijo refiriéndose a mi desnudez—. La ropa dejaba entrever tus pezones y podrían verse perjudicados por la humedad...

Succionó uno de ellos con fuerza.

—Claro —contesté intentando no perder de nuevo el norte con su lengua—, por eso me has quitado la ropa.

—Por supuesto... —sopló contra mis pezones húmedos y hasta el último recodo de mi piel se me erizó por completo—. ¿Por qué sino iba a hacerlo?

—Porque no puedes resistirte a mí.

Lo aparté cuidadosamente con una sonrisa en mis labios y me levanté. Miré la ropa con disgusto y maldije la humedad que aún tenía. Estaba segura de que seguiría así de mojada el resto del día, ya que el cielo estaba nublándose y amenazaba lluvia. Me giré hacia Caillen, que se había levantado y ya estaba vistiéndose.

—¿Qué haremos con la ropa? No se secará tan fácilmente.

—No te preocupes. Un amigo mío vive cerca de aquí y en un par de horas habremos llegado a su casa. Allí nos dará ropa para cambiarnos y algo caliente para comer.

«¿Un par de horas?», me pregunté escandalizada. El cielo amenazante corría en nuestra contra, sin embargo, asentí no muy convencida, puesto que era lo único que teníamos. Miré a nuestro alrededor e intenté situarme, pero no se escuchaba absolutamente nada, tan solo el sonido de las ramas de los

árboles entrechocando entre sí y el canto de los pájaros en la lejanía.

—¿Dónde queda el castillo?

Caillen señaló una senda que partía de la cascada y se internaba en el bosque, perdiéndose en el horizonte.

—Si sigues ese camino, llegarás alrededor de una hora a pie.

—¿Nos hemos alejado tanto?

Asintió.

—Sí, parece ser que hicieron este pasadizo para salir del castillo y no ser vistos bajo ninguna circunstancia.

—¿Y Kendrick podría venir por esta zona a buscarnos?

—Puede ser. Es muy concienzudo cuando alguien le lleva la contraria, además, estoy seguro de que ya deben saber que me he escapado y que podría haber sido por el pasadizo, así que será mejor que nos vayamos rápidamente.

Terminé de vestirme a pesar de que la ropa se había enfriado tanto que me provocaba intensos escalofríos cuando esta rozaba cualquier parte de mi piel. Cuando por fin estuve lista, Caillen me señaló el camino que debíamos seguir para llegar a la casa de su amigo. Nos encaminamos hacia allí con prisas, sabedores de que Kendrick y sus secuaces podrían estar más cerca de lo que pensábamos.

Durante casi hora y media de camino, recorrimos una parte de las

montañas altas escocesas. Me maravillaban los ríos, cascadas y valles con los que nos cruzábamos y la asiduidad con la que estos aparecían en nuestro camino.

Caillen iba tan metido en sus pensamientos que apenas me miraba o me dedicaba palabras para hacerme partícipe de sus preocupaciones. Pero, la verdad, es que yo también estaba imbuida por mis propios pensamientos. No podía dejar de darle vueltas a las últimas horas vividas a manos de aquellos impresentables y el gran giro de tuerca que había dado mi vida. Siempre había tenido la vida tan calculada al milímetro y todo tan pensado con horas de antelación que aquella situación me descolocaba. Me irritaba no saber qué ocurriría de ahora en adelante y si sobreviviríamos a lo que Kendrick nos había destinado. De hecho, una parte de mí deseaba saber qué ocurriría con Caillen y conmigo una vez todo hubiera pasado y pudiéramos volver a nuestras vidas. ¿Volvería a dejarme para volver a Pitlochry como ya había hecho o me dejaría un pequeño hueco en su corazón para continuar con algo que ya habíamos comenzado la primera vez que hicimos el amor? Yo tenía claros mis sentimientos hacia él a pesar de que jamás pensé que pudiera enamorarme tan perdidamente de alguien a quien apenas conocía. No obstante, había momentos en los que no tenía muy claro lo que Caillen sentía por mí. Estaba claro que había atracción, pero ¿amor? ¿Amor de verdad?

Decidí cambiar de pensamientos y no darle más vueltas a lo que podríamos hablar cuando todo esto acabara. Miré su espalda y le pregunté:

—¿Y este amigo tuyo es de fiar?

Me miró de reojo como si lo hubiera sacado de un pensamiento tan profundo que ni siquiera recordaba que me encontraba allí.

—Claro que sí. Fuimos amigos en nuestra niñez, pero sus padres se mudaron al norte y nos separamos. Siempre hemos mantenido el contacto, e

incluso lo he visitado en varias ocasiones.

—¿Cómo se llama?

—Marcus. Seguro que te cae bien —dijo con una sonrisa—. Ha viajado en varias ocasiones a España y siempre me ha dicho que le encanta.

Aquello me provocó una sonrisa. Me alegraba saber que al menos tendría algún tipo de conversación con Marcus. Estaba segura de que haríamos muy buenas migas y nos ayudaría a salir de aquel caos en el que se había convertido nuestra vida.

Esa misma mención a mi país de origen provocó en mí una inquietud. No había llamado a mis padres ni me había comunicado con ellos de ninguna manera, ya que le había dicho con claridad que no quería que mi vida normal interfiriera en mi viaje ni me acribillaran a preguntas incómodas. No obstante, viéndome en esa situación no pude evitar preguntarme si estarían preocupados por mí y qué pensarían si en ese momento alguien les dijera que estaba metida en una red de traficantes y era perseguida por las montañas de Escocia junto con uno de los antiguos componentes de esa red que era el chico más sexy y atractivo que había conocido jamás. ¿Lo creerían? Incluso a mí me parecía infumable, excepto lo último, ya que Caillen era realmente el más guapo y atractivo que había conocido jamás. Desde mi posición, observé su retaguardia y una sonrisa pícaro apareció en mis labios. Pasé mi lengua juguetona por ellos al recordar todo lo vivido con él y lo que me gustaría vivir. En ese momento dejé de sentir el frío de la ropa que me calaba los huesos y me centré en el intenso calor que me recorría el cuerpo cuando detuve la mirada en sus nalgas. Estas se movían a cada movimiento de Caillen y llamaban tanto mi atención que ni siquiera me di cuenta de que había parado y me choqué estrepitosamente contra su espalda.

—Ups —solté intentando disimular y componerme.

—¿En qué vas pensando? —preguntó socarronamente.

—En mis cosas... —contesté dignamente, aunque sin conseguirlo.

Caillen levantó una ceja irónicamente y me dijo:

—¿Me ibas mirando el culo? —intentó aguantar la risa.

—¿Pero qué dices? —¿tanto se notaba?—. Tú te has fumado alguna hierba rara... No todo gira a tu alrededor.

—Pues yo creo que tus ojos sí giraban alrededor de mi culo.

Caminé unos pasos para adelantarlo, pero me sujetó el brazo. Sentí su mano tan caliente que casi quemó mi ya acalorada piel. Cerré los ojos antes de levantar mi mirada hacia él.

—Aún recuerdo cuando me dijiste que ni muerta caerías a mis brazos.

Me encogí de brazos y le sonreí. A cambio, Caillen me dio un beso rápido en los labios y me soltó. Después me indicó con la mano nuestro destino.

—Ya casi hemos llegado, preciosa.

Miré a mi espalda y comprobé algo en lo que apenas había reparado: ante nosotros había un extenso valle precioso sobre el que se levantaba un pequeño pueblo de apenas cien casas. Era un paisaje totalmente idílico, como si se tratara de un cuento en lugar de pertenecer a algo real. Sonreí con sinceridad, la verdad es que aquel paisaje me recordaba en cierta manera a mi niñez en mi añorada Soria, aunque el entorno era tan bonito que te envolvía haciendo olvidar lo anterior.

Le devolví la mirada a Caillen, que me contemplaba con una sonrisa en los labios. Sin duda, él estaba pensando lo mismo que yo y seguramente querría conocer mi opinión de mi propia boca.

—¿Te gusta? —me preguntó.

—Me parece precioso.

—A mi parecer, es uno de los valles más bonitos, además de ser uno de los más escondidos. Al estar entre las montañas, no es un lugar de paso para los turistas y la verdad es que se pierden un lugar realmente especial.

—Me alegro de conocerlo. No me hubiera podido perdonar perderme unas vistas como estas.

—A pesar de que he nacido en Escocia y siempre he vivido aquí, toda mi vida he pensado que este país tiene algo que enamora.

—Sí, te atrapa —contesté más para mí que para él.

—Vamos, anochecerá pronto y debemos llegar antes de la caída del sol.

Asentí y di las gracias mentalmente por haber llegado a nuestro destino. La verdad es que me dolía y escocía todo el cuerpo por llevar la ropa totalmente empapada. Apenas se había secado con el aire, pero llegó un momento en el que decidí que era mejor, ya que el viento se filtraba entre los poros de la ropa provocándome intensas sacudidas por el frío.

Mi cuerpo estaba adolorido por todo lo que había sucedido durante el día. Parecía que habían pasado días desde que Kendrick y Patrick se presentaron ante la puerta de la habitación del hotel y me habían llevado hasta Eilean Donan Castle. Deseaba con todas mis fuerzas darme una ducha caliente para templar el cuerpo y relajarlo. Y solo de pensar que faltaba poco para ello, mi ansiedad aumentaba a cada paso que daba. Supuse que Caillen pensaba lo mismo que yo al ver que sus pasos se hacían más rápidos y mantenía la vista fija en el pequeño pueblo.

Cuando nos internamos en el bosque que rodeaba el pueblo, una ligera

niebla cubría el suelo, impidiéndonos ver con claridad el camino que debíamos recorrer.

—Se acerca la noche —dijo Caillen.

—¿Pero llegaremos de día?

—Sí, sí.

De pronto, Caillen se paró en seco en medio del camino.

—¿Qué ocurre? —pregunté asustada.

Levantó una mano para mandarme callar y se mantuvo en silencio. Yo no escuchaba absolutamente nada, ni siquiera el sonido de los pájaros o el del cercano pueblo. Tan solo el viento era el responsable de que la tranquilidad no fuera total. Miré a Caillen a la espera de que dijera algo o terminara de comprobar lo que había escuchado.

—¿No lo oyes? —me preguntó.

Me encogí de hombros sin saber a lo que se refería exactamente, por lo que finalmente negué con la cabeza.

Caillen esperó durante unos segundos más, momentos en los que yo comencé a sentir como si el suelo temblara de repente. Miré mis pies y los vi envueltos bajo la fina capa de niebla, pero estaba segura de lo que estaba sintiendo en ese momento. Levanté la mirada para observar a Caillen, que parecía haber sentido lo mismo que yo.

—¿Se puede saber qué es eso?

Caillen giró la cabeza de golpe cuando el motor de un coche irrumpió en nuestro espacio. Al parecer se aproximaba a nosotros un coche de gran cilindrada a toda velocidad.

—¡Es Kendrick! —gritó Caillen antes de empujarme contra la espesura del bosque.

Trastabillé, pero recuperé el equilibrio al instante. Caillen me había tomado por la cintura y me empujaba con prisas hacia un pequeño arbusto que se escondía en la espesura del bosque. Este estaba bien disimulado gracias a la intensa niebla que afloraba por momentos, por lo que no seríamos vistos desde el coche que se aproximaba a toda velocidad.

—¿Cómo sabes que es él? —le pregunté cuando nos agachamos tras el arbusto.

—Durante mucho tiempo tuve que escuchar el sonido de ese coche, y lo conozco desde la distancia. Además, tiene el tubo de escape un poco suelto y suena de una manera muy especial. No me cabe duda de que es él.

—Pero ¿qué hace por aquí?

Caillen negó con la cabeza sin entender, al igual que yo, el motivo de la llegada de Kendrick al poblado. Aquello nos tenía desconcertados y mantenía nuestra mente en él cuando, de repente, el sonido fue haciéndose más fuerte y pasó ante nosotros como si se tratara de una exhalación.

—¿Es él?

—Sí.

Caillen suspiró derrotado. Lo vi llevarse las manos al rostro. La verdad es que yo también me sentía realmente desesperada. Parecía que sabían dónde nos encontrábamos y, sin duda, iban por el camino correcto.

Puse mi mano temblorosa sobre el hombro de Caillen. Tras comprobar que él no iba a rechazarme, me pegué más a él y lo abracé.

—Vamos a salir de esta. Ya lo verás.

—Kendrick siempre se sale con la suya.

—La policía debe de estar buscándolo. Así que cuando lleguemos a la casa de tu amigo, los llamamos para que vengan.

Después de un silencio que se me hizo eterno, y en el que aún podía escucharse el rugido del motor del coche de Kendrick, Caillen aceptó y levantó la mirada. En ella vi la misma determinación que hacía unos minutos, cuando aún desconocíamos que Kendrick conocía nuestro paradero.

Eché una mirada a mi alrededor y, comprobando que no había nadie más que nosotros, me levanté. Le di la mano a Caillen y se levantó conmigo, pero antes de soltarme, pasó su mano por mi cintura y me acercó a él. Nuestras miradas se encontraron entre los pocos rayos de sol que se podían filtrar entre los árboles y vi reflejado en sus ojos un amor incondicional que yo desconocía y en el que podía distinguir infinitas promesas que estaba segura de que no caerían en saco roto.

—Eres la mujer más especial que he conocido —confesó.

Sonreí brevemente. No estaba acostumbrada a los halagos y sus palabras se grababan en mi corazón a fuego.

—Cuando las chicas que he conocido descubrían mi pasado con Kendrick, no querían volver a saber nada de mí. Su «amor» se desvanecía como el viento. Pero tú, sin embargo, sigues aquí. ¿Por qué?

Puse la palma de mis manos sobre su pecho y lo miré a los ojos antes de contestar:

—¿No es obvio? Esas chicas no te querían, pero yo sí. Y me importa una mierda lo que hicieras en el pasado. Yo también tengo el mío, pero creo que hemos encontrado en el otro ese paño que llevamos a la cara para secar las lágrimas, vengan de donde vengan. Y ahí reside el verdadero amor. No sé si

esto va a funcionar con el tiempo o si saldremos vivos de esto, pero lo que sí sé es que quiero estar contigo y disfrutar de la vida como nunca antes.

—¿Aunque nos persiga una banda de traficantes?

Sonreí.

—Bueno, es lo más emocionante que he vivido en mi vida —mis palabras le sacaron una sonrisa—. Estoy segura de que esto va a acabar, así que vamos a ponernos de nuevo en marcha para llegar cuanto antes a la casa de Marcus.

Cailen asintió y me besó dulcemente. Sus labios me transportaron de nuevo a la cama del castillo Eilean Donan donde hicimos el amor por primera vez, y deseé en ese momento volver a sentir su cuerpo, pero la prisa apremiaba y no podíamos dejarnos llevar por nuestros cuerpos en ese momento.

Capítulo 13

Tras poco más de diez minutos caminando ahora con más cuidado de tener el oído a la espera de algún sonido, llegamos a las puertas del pueblo. El silencio se había adueñado del lugar y era el viento el que seguía acompañándonos incansable en nuestro camino.

—La casa de Marcus está cerca de aquí —dijo Cailen en un susurro.

Intentábamos no hablar demasiado alto para evitar que Kendrick o sus secuaces pudieran escucharnos e incluso mirábamos con cuidado en las esquinas por si el coche de Kendrick andaba cerca.

—Venga, queda poco —me animó Cailen al ver el tremendo cansancio que reflejaba mi rostro.

—Lo sé, pero ha sido mucho lo que hemos vivido en el día y necesito descansar.

—¡Allí es! —señaló una casa al final de la calle.

Agarró mi mano y tiró de mí para que me diera prisa. Aceleré mis pasos, que no sentían en ese momento el cansancio del viaje gracias al ánimo que

me produjo saber que pronto podríamos descansar. Sin embargo, un coche giró justo en la esquina de la casa de Marcus y enfiló hacia nosotros.

—¡Mierda! —dijo Caillen intentando controlar la voz para no gritar.

Yo también reconocí el sonido del coche y nos dirigimos aprisa hacia el murete que protegía el jardín de una casa que parecía encontrarse abandonada. La hierba silvestre crecía sin control en todo el espacio y logró hacernos invisibles para los que cruzaran delante de sus narices.

Nos mantuvimos en estricto silencio hasta que el sonido del motor nos sobrepasó y se alejó de nosotros, perdiéndose en la lejanía del pueblo.

Ambos suspiramos aliviados de habernos librado nuevamente de las garras de Kendrick y nos miramos con una sonrisa.

—Venga, Vera, no hay nadie en la calle. ¿Podrías correr hacia la casa de Marcus?

Lo sopesé durante unos momentos, ya que sentía en la planta de mis pies una ampolla que me cortaba la respiración a cada paso que daba. Finalmente, asentí con los ojos cerrados e inspiré fuertemente antes de levantarme y echar a correr detrás de Caillen, que esperó hasta que estuve preparada y ambos corrimos con prisa hacia la casa de la esquina: la que yo consideraba como nuestra salvación.

Cuando el jardín de Marcus nos dio la bienvenida, lloré de alegría. El dolor corporal era tremendo, aunque lo era aún más el mental, que estaba tan agotado que apenas podía pensar con claridad. Cuando el amigo de Caillen abriera la puerta y viera el estado en el que nos encontrábamos, ¿qué pensaría? ¿Nos pediría explicaciones detalladas de lo ocurrido? Y lo más importante: cuando supiera el motivo de nuestra visita, ¿dejaría que nos quedáramos aun sabiendo que su vida podría correr peligro?

Estas y otras preguntas se agolpaban en nuestras mentes, ya que estaba segura de que Caillen también había pensado en la posibilidad de que Marcus no quisiera verse envuelto en una red de traficantes y nos diera con la puerta en las narices.

Tras echarme una mirada con intención, Caillen me dio la mano y la apretó con fuerza. Le devolví el gesto y le sonreí, aunque por dentro estaba tanto o más asustada que él, ya que la noche se nos había echado encima y estábamos calados hasta los huesos.

Con un movimiento rápido de su mano, tocó el timbre y esperó pacientemente a que la luz se encendiera. Soltó todo el aire contenido cuando vimos que la luz del portal se encendía para dar paso a una silueta negra que se aproximaba pesadamente hacia la puerta de entrada. Esta se abrió lentamente. Supuse que no esperaba visitas a esa hora de la noche y asomó la cabeza con el ceño fruncido.

Me fijé en él y lo recorrí completamente de arriba abajo. Se trataba de un chico de mediana estatura. Parecía ser de nuestra edad, aunque nada que ver con Caillen en complejión. Se notaba a leguas que a Marcus le gustaba comer, ya que su barriga incipiente asomaba ligeramente tras la puerta. Tenía barba de varios días muy mal cuidada, nariz aguileña, cejas pobladas y ojos casi negros. A simple vista, llegué a la conclusión de que era el tipo de persona que me haría cambiar de acera si me lo cruzaba una noche tan oscura como esa. Sin embargo, en su rostro había cierto tono amable que me hizo olvidar todo lo demás.

—¿Marcus? —dijo Caillen con voz suave.

Este relajó los músculos de la cara y miró a Caillen sin comprender, como si fuera la primera vez que lo veía ante su puerta. Tras esto, su rostro pasó a la sorpresa y después a la alegría. Abrió la puerta totalmente y dio un par de

pasos para abrazar a Caillen.

—¡Amigo mío! ¡Cuánto tiempo sin verte! —su tono de voz era tan rudo que me costaba sobremanera entender sus palabras.

Se abrazaron durante un tiempo que me pareció eterno, pues del interior de la casa salía un aire caliente que me llamaba continuamente, dándome ganas de dejarlos allí en la puerta para adentrarme y correr hacia el fuego de la chimenea.

Sin embargo, esperé pacientemente a un lado mientras la pareja de amigos volvía a reunirse después de mucho tiempo. Cuando terminaron, Marcus se volvió hacia mí con una sonrisa al tiempo que recorría toda mi anatomía con lentitud, como si quisiera grabarla en su memoria para siempre.

—Bueno, bueno, Sinclair, ¿no me digas que esta es la novia que prometiste buscarme? —sin un ápice de vergüenza, dio un paso y me abrazó—. Quién me iba a decir que una belleza así iba a llamar a mi puerta justo cuando iba a acostarme...

Sus palabras provocaron la risa de Caillen, aunque a mí me hicieron sentir ligeramente incómoda. No obstante, me rendí a su encanto natural y le devolví la sonrisa y un apretón de manos.

—Soy Vera, encantada.

—Encantado me has dejado a mí, aunque me parece que mi amigo se me ha adelantado —chasqueó la lengua—. Por tu acento veo que eres española.

—Así es —contesté.

—Marcus —interrumpió Caillen preocupado—. ¿Podemos entrar a tu casa? Cuanto menos tiempo estemos en la calle, mejor.

El aludido mudó el rostro, sorprendido por la prisa y seriedad de su

amigo. Se hizo a un lado y nos dejó entrar. Cerré los ojos y aspiré ese típico olor que dejaba la madera al quemarse. Con permiso del dueño de la casa, me aproximé a la chimenea y me dejé caer a un lado para intentar que mis huesos entraran en calor.

Solo entonces fui consciente de la poca decoración que nos rodeaba. La casa era parecida a la de Caillen, aunque más descuidada y algo más vieja. Pocos eran los cuadros que decoraban las paredes, y los que había parecían ser tan antiguos que era imposible descifrar de qué se trataba. En el salón, la mesa principal era de caoba y la carcoma ya había comenzado su proceso de putrefacción por la poca dedicación a la limpieza y cuidado. Algo muy parecido le ocurría a las sillas, aunque estas se encontraban en mejor estado y podrían aguantar más tiempo que la mesa. Junto a mí se encontraba el único sofá de la habitación. Este era bastante grande, con cuatro asientos y un *chaislonge* en el lado izquierdo que me llamaba para tumbarme sobre él.

—¿Qué os trae por aquí, amigo?

El rostro de Caillen se tornó serio y antes de comenzar a explicarle, se sentó en el sofá.

—Espera un momento —dijo Marcus—. Perdonad mi educación, pero recibo tan pocas visitas que no estoy acostumbrado. Voy a por algo caliente.

Le agradecí el gesto con una sonrisa y me senté junto a Caillen a esperar pacientemente a que Marcus regresara con las bebidas. Por primera vez, me sentía protegida del mundo. Estábamos en un pueblo pequeño perdido en las montañas escocesas, pero tenía la sensación de que allí no lograrían encontrarnos. Miré a nuestro alrededor y vi que las cortinas cerraban las vistas a la calle, y viceversa, por lo que nadie podría vernos desde fuera.

Tras un par de minutos ausente, Marcus volvió al salón portando una bandeja con tres tazas de chocolate caliente. Se me hizo la boca agua cuando

el intenso olor llegó hasta mi nariz y esperé pacientemente a que dejara la bandeja sobre la mesa para tomar la taza y llevármela a los labios.

—Estamos metidos en un buen lío, Marcus —comenzó Caillen.

—¿Tan grave es? —se extrañó.

Caillen asintió y se retorció las manos con nerviosismo.

—¿Recuerdas que durante un tiempo trabajé para Kendrick?

—¿El traficante? Creo recordar que le robaste unos papeles y lo metieron en la cárcel.

—Exacto —confirmó Caillen—. Pues ha escapado y viene a por nosotros.

—¿Pero te ha localizado?

Caillen resopló.

—Es una historia demasiado larga, amigo. Pero necesito utilizar tu teléfono para llamar a la policía. Sabemos dónde se esconde y quiénes trabajan para él.

—Sabes que mi casa es la tuya, pero ¿por qué no huyes y dejas que sea la policía quien lo atrape?

—Porque están pegados a nuestros talones, Marcus. Conocen todos nuestros movimientos y quiero cortar con esto ya. Necesito pasar página y dormir con la tranquilidad que te da saber que nadie entrará en tu casa por la noche y te cortará el cuello.

Marcus asintió con seriedad. Parecía sopesar las escasas posibilidades que tendríamos de salir vivos y, al no encontrar ninguna, dio por finalizada la conversación. Se aproximó a una mesita que había junto a la puerta y cogió su teléfono. Volvió junto a nosotros y se lo pasó a Caillen.

—Ya sabes cuál es el número de la policía.

Caillen asintió y le agradeció su ayuda con una sonrisa.

—Marcus, no queremos meterte en problemas. Si quieres, mañana a primera hora nos iremos de tu casa.

—No te preocupes, amigo. A mí esa panda de hijos de puta no me da miedo.

Caillen le apretó el hombro en un gesto de complicidad y, al instante, marcó el número de la policía.

—Buenas noches, mi nombre es Caillen Sinclair. Hace años, su departamento arrestó a Kendrick Scott por tráfico de drogas en Pitlochry. ¿Lo recuerda?

—Por supuesto que lo recuerdo. Yo estuve al mando de aquella operación. Llevábamos años tras la pista de Scott. Y ahora el muy hijo de perra se ha escapado de la cárcel.

—Pues sé dónde se encuentra.

—¿Lo dice de verdad o es una broma? Le advierto que no estoy de humor para aguantarla.

—¡No, no! —se apresuró a contestar Caillen—. Kendrick pisó la cárcel gracias a unos papeles que les entregué.

—¡Ah, sí, ya recuerdo! ¿Y dónde dices que está?

—Se esconde en Eilean Donan Castle. El guardia de seguridad es uno de sus secuaces, entre otros.

—¿Y cómo ha descubierto su paradero?

—Porque lo vi por casualidad.

Al otro lado del teléfono se escuchó una respiración fuerte y un breve silencio.

—El departamento no puede hacer nada a menos que las fuentes sean realmente fiables.

Caillen me miró a los ojos sin entender.

—Pero mi vida corre peligro. Kendrick me persigue para vengarse por traicionarlo.

—Recuerdo que prometimos guardar tu seguridad, pero si no hay otra fuente, no enviarán a nadie.

Me adelanté y le quité el teléfono.

—Oiga, mi nombre es Vera Medina. Llevo unos días en Escocia y también me he visto envuelta en el ambiente de Kendrick. Me ha violado y secuestrado. Después, me llevaron al castillo y allí quisieron matarnos a los dos. Así que ya tiene usted a esa otra fuente. Le doy mi palabra de que se trata de Kendrick Scott.

Escuché un carraspeo al otro lado de la línea y sentí, al igual que todos, la tensión que comenzaba a palpase en el ambiente.

—Está bien. Sin embargo, no puedo dejar marchar a mis hombres a no ser que tenga la autorización del juez, y hasta mañana no podré hablar con él.

—¿Mañana? —se me crisparon los nervios—. ¿No puede ser esta misma noche?

—Lo siento, es lo máximo que puedo hacer.

—Pero Kendrick nos pisa los talones.

—¿Dónde estáis ahora?

Balbuocé, pero no pude decirle dónde nos encontrábamos con exactitud, ya que era una zona que no conocía. Le pasé el teléfono a Cailen para que le diera él la dirección del pueblo.

—Está bien, Sinclair. Apunto este número y mañana os llamo para deciros algo. Mientras tanto, será mejor que no salgáis de donde estáis.

—Descuida —contestó Cailen desesperado.

Después de esto, cortó la conversación y le devolvió su teléfono a Marcus. Vi que en su mirada había desolación. Se llevó las manos al rostro y lo cubrió con ellas. No me podía imaginar cómo se sentía en lo más hondo de su ser. Me había comentado con anterioridad que le habían prometido que lo protegerían de Kendrick cuando este saliera de la cárcel, y ahora veía cómo esa promesa se esfumaba entre sus manos cuando más la necesitaba.

La verdad es que yo tampoco me podía imaginar cómo era posible que, aun sabiendo que se había escapado de la cárcel, no pudieran actuar por su cuenta para ir a atraparlo, y más cuando el más vulnerable estaba amenazado por él.

—Tranquilo, amigo —intentó calmarlo Marcus—. Ya verás como todo se soluciona.

Cailen asintió, pero en su mente solo había una cosa, y era poder sacarnos del lío lo antes posible.

—No me puedo creer cuánto puede cambiar la vida en poco tiempo. Ahora tengo claro que ha sido Patrick quien no ha parado de hablarle de mí y de mi vida.

Marcus negó con la cabeza apenado y le dijo:

—No me puedo creer cuánto ha cambiado Patrick. Jamás me imaginé que acabaría en manos de alguien así.

—Cambió desde lo de Mary.

—¿Quién es esa chica? Escuché que la nombrabas y le dolió —no pude evitar preguntar.

—Mary fue la novia de Patrick desde que éramos pequeños —me explicó Caillen—. Antes de eso, habían sido amigos desde la niñez y jamás se separaban. Por eso, no nos sorprendió que acabaran saliendo juntos. Patrick la quería muchísimo, pero Mary acabó liándose con medio instituto porque se cansó de él. Patrick acabó muy mal después de eso y Kendrick se aprovechó de su debilidad para añadirlo a sus listas. Después de aquello, se perdió por completo.

—Ahora entiendo por qué te engatusaron a ti también.

—Patrick y yo habíamos sido amigos, y me fié de sus palabras. Ya no queda nada de la persona que fue —se lamentó.

—¿Erais tan amigos?

Esta vez fue Marcus quien habló.

—Lo éramos. Era un pueblo muy pequeño y nos hicimos amigos enseguida. Yo tuve que venirme cuando entramos en el instituto porque mis padres cambiaron de trabajo. Perdí la pista de Patrick, pero con Caillen siempre he hablado por teléfono o nos hemos visitado.

Sonreí ligeramente. Me encantaba conocer más cosas de Caillen y la verdad es que me hubiera pasado toda la noche allí, pero no había otra cosa que me apeteciera más que darme una ducha, por lo que le pregunté a Marcus dónde se encontraba su baño.

—Es la segunda puerta a la derecha. Si quieres, puedes usar la ropa de mi hermana. Su dormitorio es el que hay al lado del baño.

—Gracias, Marcus, de verdad. No sé cómo podremos pagarte tu hospitalidad.

—Bueno... Caillen ya me perdonará una deuda que le debía, pero tú... si me dejas entrar al baño mientras te duchas, igual me lo cobro así...

Caillen le dio un golpe en el hombro y Marcus chasqueó la lengua contrariado.

—Vaya, me temo que tendré que pensar otra forma para que me pagues.

Sus palabras me sacaron una carcajada y, tras despedirme con la mano, le sonreí agradecida y me fui directamente a la ducha. Los dejé hablando tranquilamente de sus recuerdos y me dediqué todo el tiempo del mundo.

Cuando cerré la puerta del baño tras de mí, estuve a punto de gritar de felicidad. Abrí el grifo de ducha mientras me quitaba la ropa húmeda que aún tenía pegada al cuerpo. Me parecía casi increíble estar ante un grifo con el que poder calentarme los huesos que tanto habían padecido a lo largo del día. Un humo intenso comenzó a subir por el plato de ducha y, sin borrar la sonrisa de mis labios, aparté de un empujón la ropa y me metí dentro. Cerré la mampara y con un suspiro me deleité con el agua caliente. Sentía cómo iba calentándome poco a poco a pesar del escozor que sintió mi piel al primer contacto. Sin embargo, después de eso, solo notaba cómo se relajaban mis doloridos músculos, que estaban tan agarrotados por el penetrante frío y la tensión acumulada de todo el día. Al moverme, parecía que todas mis articulaciones estaban rotas, pero cuando se soltaron sentí un inmenso placer.

Suspiré de alivio cuando el jabón fue limpiándome toda la mugre acumulada en la piel. Y no solo eso. No podía olvidar lo que había sucedido

con Kendrick y Patrick en el hotel de Inverness, y sentía aún más la suciedad acumulada. Pero sabía que para esa suciedad no había jabón capaz de arrancarla, sino que tendría que ser mi propia mente la que intentara borrar esos recuerdos. Solo entonces me sentiría limpia del todo...

Cuando por fin mi cuerpo se hubo relajado, salí de la ducha para dejar paso a Caillen, que seguramente estaba helado como yo hasta hacía unos minutos. Agarré una toalla y me sequé con rapidez. Me miré en el espejo y sentí que no me reconocía. Parecía que había envejecido con demasiada rapidez durante un solo día, pero estaba segura de que no era así, sino que se trataba de mi mente, que estaba tan agotada que era incapaz de mirar con objetividad a través del espejo.

Me enrollé la toalla al cuerpo y me dirigí hacia la puerta del baño. Sin embargo, esta se abrió antes de que llegara, dejando paso a Caillen, que mostraba una sonrisa tan pícaro que me hizo dar un paso hacia atrás.

—¿Ya has terminado? —simuló una voz lastimera.

—Pues sí —intenté hacerlo a un lado para marcharme, pero una sonrisa me delató—. Y será mejor que tú también te des una ducha.

Interceptó mi paso y me abrazó por detrás. Después depositó un beso húmedo sobre mi cuello y fue subiendo lentamente hacia mi oreja, intentando ponerme nerviosa, aunque mi piel ya estaba respondiendo a sus caricias y besos.

—Pensaba que querías bañarte conmigo.

—Tus expectativas eran muy altas... —dije en un susurro casi sin aliento para poder hablar.

—Bueno... siempre se han cumplido contigo. Y lo han hecho con creces...

Giré levemente la cabeza, lo justo como para poder besarlo. Sus labios me supieron a gloria después de la ducha. Estaban tan fríos que me provocaban escalofríos por todo el cuerpo.

Cailen me giró lentamente hacia él al tiempo que me acariciaba el cuerpo con cariño y dulzura. Sabía que teníamos todo el tiempo del mundo, pues su amigo no nos interrumpiría en ningún momento. Lentamente, fue bajando la toalla que me envolvía el cuerpo, disfrutando de todos los recodos de mi piel mientras sus ojos me devoraban como si fuera el único bocado sobre la tierra.

—Eres preciosa... Nunca me cansaría de mirarte.

Mi mente estaba embotada por la algarabía de sentimientos que me en ese momento me atenazaba el pecho y apenas podía escuchar sus palabras. Sus manos aún estaban frías y el efecto que provocaban en mi cuerpo era pura atracción.

—¿Y qué pasaría si te cansaras?

—¿Tienes miedo de mí? —me preguntó sorprendido.

Lo miré a los ojos con intensidad.

—Jamás, pero...

—Shh —me puso un dedo en los labios—. Nunca me canso de lo que me gusta y me ha costado tanto trabajo conseguir.

—¿Tanto trabajo te he dado? —le pregunté en un susurro.

—Bueno... llevo toda la vida esperándote, así que veinticinco años creo que son más que suficientes para encontrar al verdadero amor.

Sonreí al tiempo que pasaba mis brazos desnudos por encima de sus hombros.

—Son muchos años...

—Sí, así que déjame demostrarte todo lo que he estado guardando durante toda mi vida.

Selló mis labios con los suyos prometiéndome, con ese simple gesto, amor eterno. Me transmitía tanta seguridad y, al mismo tiempo, tanto miedo que causó en mí tal dulzura que me rendí a él. No podía luchar más contra lo que sentía mi corazón. Lo admitía, estaba enamorada de Cailen hasta lo más profundo de mi ser. Y yo también sentí miedo. Carlos me había prometido también amor, pero jamás me lo había demostrado tanto como Cailen en pocos días.

Algo dentro de mí me decía que siguiera adelante, que no me equivocaba. Y le hice caso sin pensar. Me tiré a la piscina de cabeza, aunque aún nos quedaban bastantes metros para llegar a tocar el agua de la fuente que uno a otro nos prometimos.

Capítulo 14

La noche fue demasiado larga y corta al mismo tiempo. Caillen y yo apenas nos dimos tiempo para descansar más que un par de horas después de haber hecho el amor durante toda la noche. No obstante, había algo que nos mantenía inquietos y con la mira puesta en la ventana de la habitación. No podíamos estar tan tranquilos sabiendo que Kendrick estaba allí buscándonos y Caillen estaba seguro de que Patrick le había contado a su jefe la relación que mantenía con Marcus desde que eran niños. Ni siquiera nuestro protector podía estar tranquilo en su propia casa.

Tras levantarnos y contarle nuestras inquietudes a Marcus, este no se dio por aludido y sentenció que estaba completamente seguro de que Patrick no se acordaba de él, ya que apenas mantuvo relación con él desde que se marchó de Pitlochry. Aun así, Caillen le pidió que mantuviera los ojos bien abiertos ante cualquier cosa extraña que pudiera rodearlo.

—Sois muy pesados —dijo con una sonrisa—. Si las tías no desean este cuerpo serrano, aún menos los traficantes. Soy demasiado pesado para llevarme sobre los hombros.

—De todas formas, lleva cuidado. No quisiera llevar sobre mi espalda el peso de tu muerte.

Marcus se carcajeó durante un largo rato y, cuando por fin, se recuperó dijo:

—¿Veis a lo que me refiero? Nadie podría llevarme sobre sus hombros.

Su buen humor me sacó una sonrisa y no pude resistirme a darle un fuerte abrazo. Le estaba tremendamente agradecida por su ayuda, ya que sin él no habiéramos podido aguantar una noche tan fría como la que acabábamos de dejar.

El día había vuelto y, con él, las dudas sobre nuestro incierto destino. La fatiga y la preocupación eran más que evidentes en nuestros rostros y teníamos una necesidad acuciante por saber cuándo acabaría todo aquello.

La voz de Marcus nos devolvió a la realidad del momento y escuché que nos decía:

—Debo irme a trabajar, pero a la vuelta me pasaré por comisaría para intentar averiguar algo sobre la investigación.

—De acuerdo, amigo. Ten cuidado.

—Sí, pesado. Tenéis comida en la nevera y, si necesitáis algo, esperad a que regrese para ir a comprarlo.

Ambos asentimos y observamos cómo se marchaba de casa. Suspiré cuando nos quedamos solos. Aunque Marcus nos había recibido como si fuera nuestra propia casa, no podía evitar sentirme incómoda y tener la sensación de haber allanado su hogar con nuestras preocupaciones y problemas. No era un problema cualquiera, sino uno bastante gordo en el que no nos perseguía una cuadrilla de muchachos, sino toda una banda muy bien

organizada.

Suspiré y me senté en el sofá, necesitaba estar bien preparada para lo que vendría a lo largo del día, aunque ni siquiera podría llegar a imaginarme lo que viviríamos antes de que la noche volviera a cubrirnos con su manto...

Los nervios de Caillen comenzaron a hacerse visibles a lo largo de la tarde. Marcus aún no había aparecido por su casa y ya nos estábamos impacientando por tenerlo allí cuanto antes.

—Estoy seguro de que le ha pasado algo —dijo Caillen por enésima vez al tiempo que recorría el salón de un lado a otro intentando controlar sus incansables ansias por salir a la calle y buscar a su amigo.

—Tranquilo, Caillen. Seguro que Marcus solo se ha retrasado en comisaría tal y como dijo antes de salir.

Durante todo el día, nos habíamos asomado a través de las ventanas para intentar descubrir si Kendrick seguía en el pueblo y si sabía que estábamos en la casa, pero no pasó ni un solo vehículo en todo el día por esa calle.

—No sé —dijo mientras se aproximaba de nuevo a la ventana—. No quiero meterlo en problemas. Además, el comisario no me dio muchas expectativas...

Frunció el ceño cuando algo pasó ante el jardín de la casa de Marcus. Yo vi la sombra proyectada contra la pared contraria y lo miré directamente para averiguar qué ocurría, aunque enseguida soltó la cortina para cubrir la ventana y se separó de los cristales un par de pasos, pero sin dejar de mirar

hacia la calle.

—¿Qué ocurre? —le pregunté preocupada.

—No estoy seguro —contestó misterioso—, pero he visto a dos hombres totalmente de negro y me ha parecido ver que llevaban pistolas en las manos.

Tragué saliva ruidosamente y apreté los puños para contener el miedo y no dejarme llevar por él. Me aproximé a Caillen por detrás y puse mi mano sobre su hombro.

—Tranquilo, de verdad. Puede que te hayas sugestionado por el momento y crees haber visto algo.

Una nueva sombra llamó mi atención, pero esta vez me sacó una sonrisa y le señalé a Caillen hacia la calle para que dirigiera su mirada preocupada hacia la calle.

—Mira, ahí está Marcus.

Caillen se giró hacia él y dibujó una sonrisa de alivio en sus labios. Sin poder evitarlo, se lanzó hacia la puerta para abrirla y recibirlo con un fuerte abrazo cuando un par de sombras más apareció en el jardín, justo detrás de Marcus.

—¡No! —grité cuando vi que Caillen llevaba razón y ambos portaban armas en sus manos.

Sin pensarlo, la puerta de la casa se abrió al mismo tiempo que una descarga de balas cayó sobre la espalda de Marcus, cuya sonrisa se vio congelada cuando la primera bala impactó a la altura de sus riñones. Su cara dibujó un rictus de dolor y sorpresa al verse atacado por la espalda. Apenas tuvo tiempo de moverse del sitio, tan solo la descarga lo movía de un lado para otro al tiempo que numerosas gotas de sangre salpicaban por todas

partes.

—¡Caillen, no! —grité intentando hacerme entender en medio del sonido de las balas.

Corrí hacia él y lo alcancé justo cuando intentaba salir de la casa para ayudar a Marcus, que estaba de rodillas mirándonos como si pidiera perdón mientras su pecho se movía al son de las balas. Cerré la puerta de un portazo y empujé a Caillen hacia dentro de la casa, en un lugar seguro alejado del foco de los hombres de Kendrick.

—¿Qué haces? —vociferó—. ¡Marcus está ahí fuera!

Intentó soltarse de mis manos, pero apreté con fuerza para evitar que el desastre fuera aún mayor y Caillen también muriera.

—¡No puedes hacer nada por él! Está muerto.

—Sí puedo —dijo desesperado—. ¡Suéltame!

—¡No! —grité—. No voy a dejar que tú también mueras, Caillen. Marcus no ha podido sobrevivir a tantas balas.

Lo abracé fuertemente mientras un par de lágrimas caían por sus mejillas. Sabía que estaba estupefacto por lo que acaba de ver, pero también vi auténtico terror en sus ojos, ya que fue totalmente consciente de lo que aquella gente era capaz para encontrarlo.

—Marcus, no —dijo llevándose las manos a la cabeza—. Es culpa mía, Vera. Ojalá nunca hubiéramos venido aquí.

—La culpa no es tuya, Caillen, sino de esa chusma.

Nos aproximamos a la ventana despacio, intentando no dejarnos ver por los que había fuera esperándonos. Estaba realmente sorprendida por la

descarga que habían realizado. ¿Acaso no pensaban o temían que los iban a oír los vecinos? ¿Tan desesperados estaban que no pensaban en las consecuencias de ese acto?

Cuando mis ojos vieron el charco de sangre sobre el que reposaba el cuerpo muerto de Marcus, me recorrió un escalofrío. Aún no podía creer lo que había ocurrido. Sentía que había caído dentro de una película de acción y aquello no era real, sin embargo, sí lo era. Estábamos viviendo en la realidad esa película y lo peor de todo es que éramos los protagonistas...

—¡Sinclair!

La voz de Kendrick se hizo oír, aunque no logramos verlo hasta que apareció tras la reja del jardín. Sonreía ampliamente, consciente de que sus presas estaban cazadas y acorraladas. Se adelantó y pasó por delante del cuerpo de Marcus, al que le dedicó una gesto como si su muerte no tuviera importancia. Después miró hacia las ventanas, consciente de que estábamos mirando a través de ellas.

—¡Venga, Sinclair! Ya ha muerto tu amigo. No te hagas el remolón.

Miré a Caillen, que apretaba las cortinas con fuerza y desesperación, como si estas fueran su única salvación.

—Hijo de puta —dijo en voz baja dirigiendo su mirada más allá de Kendrick.

Yo también giré mi cabeza para descubrir a quién insultaba, y allí vi que había aparecido Patrick, caminando tan tranquilamente que me crispó. ¿De verdad no sentía la más mínima pena por el que había sido su amigo en la infancia? ¿Tan negro tenía el corazón que no sentía nada? Se adelantó a los demás y paró cuando estuvo a un paso por detrás de Kendrick. Durante unos momentos, me dediqué a observarlo con atención, y me dio la sensación de

que miraba de reojo el cuerpo de Marcus y torcía el gesto apenado, sin embargo, cambió rápidamente de mueca a una hierática.

—¡Sinclair, estás agotando mi paciencia!

Caillen se volvió hacia mí y le pregunté:

—¿Qué podemos hacer? Ahora no hay pasadizos que nos ayuden a escapar.

Con el rostro serio, dio unos pasos hacia mí y puso sus manos sobre mis mejillas. Me observó atentamente, como si quisiera grabar en su mente mi imagen para no olvidarla jamás. Unió sus labios a los míos y me besó largamente. Un par de lágrimas se escapó de mis ojos, sabedores de lo que estaba dispuesto a hacer. No obstante, lo agarré por su jersey y lo detuve.

—No me hagas esto, Caillen. Llamemos a la policía.

Sonrió amargamente.

—Recuerda que el único teléfono lo tenía Marcus. No hay nada que hacer.

—Siempre hay otra salida —miré a todos lados desesperada.

—Hoy no.

El sonido de unos nudillos llamando insistentemente a la puerta nos despistó.

—No me arrepiento de haberte conocido, Vera. Has sido lo más bonito de mi vida. Únicamente me arrepiento de haberte arrastrado a este destino.

Cerré los ojos amargamente.

—Pues yo no me arrepiento de nada, Caillen, porque si muero, será al

lado de la única persona a la que he amado con todo mi corazón. Te amo, y te amaré siempre.

Caillen asintió y volvió a besarme mientras el sonido contra la puerta era aún más fuerte. Estaban dando patadas para abrirla, y justo la luz nos iluminó cuando ambos nos separamos para recibir nuestro destino.

—Vaya... pensé que la putita se había marchado sin ti, Sinclair —dijo Kendrick con una sonrisa mientras recorría mi cuerpo con su asquerosa mirada.

—A ella déjala en paz. Permite que se vaya.

Kendrick rió y miró a Patrick, este le devolvió la sonrisa, aunque cuando su jefe apartó la mirada, dejó de sonreír. Ese gesto no pasó desapercibido para mi, aunque sí para Caillen, que solo era consciente de la presencia de Kendrick.

—¿Que se vaya? Estás loco. No, lo mejor es que se quede para presenciar el espectáculo.

Kendrick sacó una pistola de su chaqueta y la levantó para encañonar directamente a la frente de Caillen. Este me dio un apretón en la mano y se puso delante de mí para protegerme.

—Ya me has hecho perder demasiado el tiempo, Sinclair. Nadie que haya estado entre mis filas ha llegado tan lejos como tú. Había pensado en darte una oportunidad más, pero ya se me ha agotado la paciencia.

Cuando estaba a punto de disparar, Patrick se adelantó y sujetó la mano de su jefe. Este se mostró tan sorprendido como nosotros, aunque no lo disimuló tan bien:

—¿Se puede saber qué coño haces, desgraciado? —vociferó con el rostro

desencajado.

—Siento interrumpirlo, jefe, pero me gustaría que me concediera el honor de ser yo quien acabe con su vida.

Kendrick reflexionó durante unos instantes y, finalmente, le cedió la pistola y dio un par de pasos hacia atrás.

—Maravilloso. Pensaba que querías salvarlo.

—Para nada, jefe —contestó mientras amartillaba el arma y apuntaba a Caillen.

Caillen elevó aún más la cabeza y le escupió en la cara.

—Eres un hijo de puta. Maldito sea el día que te conocí —dijo entre dientes.

Patrick lo miró en silencio y no contestó. Tan solo se limpió la saliva de la cara y la restregó en su camiseta. Sin embargo, después hizo un movimiento que nadie más pensaba que haría. Fue algo tan asombroso para todos que ni siquiera Kendrick fue consciente hasta que fue demasiado tarde.

Patrick se giró como un rayo hacia su jefe con la pistola aún en alto y dijo antes de disparar:

—Marcus era mi amigo, hijo de perra.

Aquellas palabras fueron las últimas que escucharon los oídos de Kendrick antes de que una bala impactara directamente en su frente. Yo no pude evitar un gesto de sorpresa y me llevé las manos a la boca para impedir que un grito saliera de ella y llamara su atención.

El resto de hombres que seguían a Kendrick se quedaron tan sorprendidos que no fueron conscientes de lo que se les venía encima hasta que varios

agentes de la policía aparecieron detrás de ellos y les encañonaron con sus pistolas. No tuvieron otra opción más que rendirse y fueron detenidos ante nuestros ojos.

Sin embargo, Caillen y yo no respirábamos tranquilos. Aún estábamos a merced de Patrick, cuyas manos y rostro estaban salpicados de sangre, incluso mi blusa tenía gotas de la sangre de Kendrick. Caillen me empujó ligeramente hacia atrás, y caminamos despacio para alejarnos de Patrick. No obstante, este se volvió y nos miró. En sus ojos solo había pena por todo lo ocurrido y auténtico terror porque sabía que su destino sería la cárcel para toda la vida.

—¡Policía! Tire el arma al suelo y levante las manos.

Varias pistolas se dirigieron a la espalda de Patrick, pero este parecía encontrarse en estado de shock y no era consciente de otra cosa más que de nuestra presencia.

—Repito, tire el arma y levante las manos.

Vi rodar una lágrima por su cara antes de abrir la boca y dirigirse a Caillen.

—Marcus y tú fuisteis los únicos que aceptasteis mi amistad cuando éramos pequeños. Fuisteis capaces de ver más allá de mis gafas mientras los demás se reían.

—Lo haría una y mil veces, pero ya no eres el mismo, Patrick.

—Tienes razón. Antes era un monstruo solo por llevar gafas. Ahora el monstruo lo tengo por dentro —dijo llorando—. Lo siento, amigo. No he hecho otra cosa más que fallar a todo el mundo.

—Puedes redimirte y cambiar, Patrick. Entrégate a la policía y poco a

poco cambiarás.

El aludido sonrió amargamente.

—Te equivocas. Lo mejor es que el monstruo desaparezca.

Sin darle tiempo a Caillen para contestar, Patrick levantó la mano y la puso sobre su nuca.

—¡No! —gritó Caillen.

—Adiós, amigo —dijo antes de disparar.

El sonido retumbó por toda la casa. Miré hacia otro lado para no ver el cuerpo de muerto de Patrick, aunque sí lo escuché chocar contra el suelo. En ese momento, la policía acordonó la casa de Marcus y solicitó refuerzos para sacar los tres cadáveres que había en el perímetro.

Caillen se giró hacia mí y me abrazó con fuerza. No pude evitar dar rienda suelta a mis lágrimas y lloré como una niña. No me importaba que los policías me vieran o escucharan, tan solo tenía la necesidad de soltar todo lo que tenía dentro de una vez por todas para volver a respirar tranquila.

—Ya ha terminado, Vera —dijo Caillen contra mi pelo—. Ya ha terminado.

—Por fin —susurré.

Uno de los policías se aproximó a nosotros y nos pidió que abandonáramos la casa para ir con ellos a comisaría y explicar todo lo que había ocurrido tanto en la casa como nuestro recorrido hasta que Kendrick dio con nosotros. Necesitaban saber si había alguien más implicado que no estuviera allí ese día, además de facilitarles cualquier otros datos.

Habían sido unos días demasiado largos para nosotros, aunque me

alegraba saber que todo había acabado. No obstante, estaba más que segura de que jamás olvidaría todo lo que mis ojos habían presenciado, aunque viviera muchos años. Mi corazón estaba marcado para siempre, sin embargo, no solo estaba marcado por esa tragedia, sino que el amor había hecho una brecha tan grande que jamás podría cerrarse. Se había colado muy dentro de mi ser y nunca me arrancaría a Caillen.

Epílogo

Cuando llamé a casa para decir que mi viaje se alargaría más de la cuenta, mis padres sospecharon el verdadero motivo de mi retraso, pero no quise dar detalles para evitar que me asediaran a preguntas.

Había pasado una semana desde que acabó toda nuestra pesadilla y habíamos decidido volver a Pitlochry para descansar, aunque Caillen prometió llevarme a todos los lugares que quisiera cuando nuestros corazones hubieran reposado.

Me encontraba tremendamente feliz. Por primera vez en mi vida, me sentía totalmente libre. Amaba a Caillen por encima de todo, y era correspondida con el mismo entusiasmo. No temía lo que los vecinos pudieran cuchichear, ni lo que pensara mi familia de mí. Aunque pudiera sonar egoísta, por primera vez en mi vida pensaba en mí, en lo que yo realmente deseaba y quería. Y lo mejor de todo era que Caillen me secundaba en esa idea. Estaba dispuesta a disfrutar al máximo de su compañía y sus caricias amorosas, aunque no regresara jamás a España. Me daba igual todo lo demás. Vivía el momento y no quería que se terminara. Lo demás en mi vida formaba parte de un pasado que estaba comenzando a olvidar. Sin lugar

a dudas, había conseguido el objetivo de mi viaje: las heridas de mi corazón habían sanado. Y aunque se hubieran abierto otras, estas ya estaban curadas. El amor de Caillen me hacía olvidar todo lo demás. Sabía que no me había equivocado cuando mis ojos se posaron sobre él por primera vez, y ahora, a pesar del tiempo, sigo pensando lo mismo.

Me acerqué a él por detrás. Nos encontrábamos en el mismo puente colgante que habíamos visitado cuando me enseñó los mejores lugares de Pitlochry. Lo abracé mientras nuestros ojos se mantenían ocupados en la belleza de la naturaleza.

Caillen me besó la mano y la posó sobre su pecho. Ahí sentí los fuertes latidos de su corazón.

—Te amo, Caillen.

Se giró para abrazarme y colocarme delante. Ahora fue él quien me abrazó por la espalda y al oído me dijo:

—Yo también te amo.

Dejó pasar unos minutos y antes de marcharnos me preguntó:

—¿Tienes miedo por el futuro?

Sonreí al recordar que me hizo una pregunta parecida en ese mismo lugar.

—Contigo nunca.

Sonrió satisfecho por mi respuesta y me besó mientras el viento rozaba nuestros cuerpos y mecía el puente que siempre fue testigo del amor que nos profesábamos.